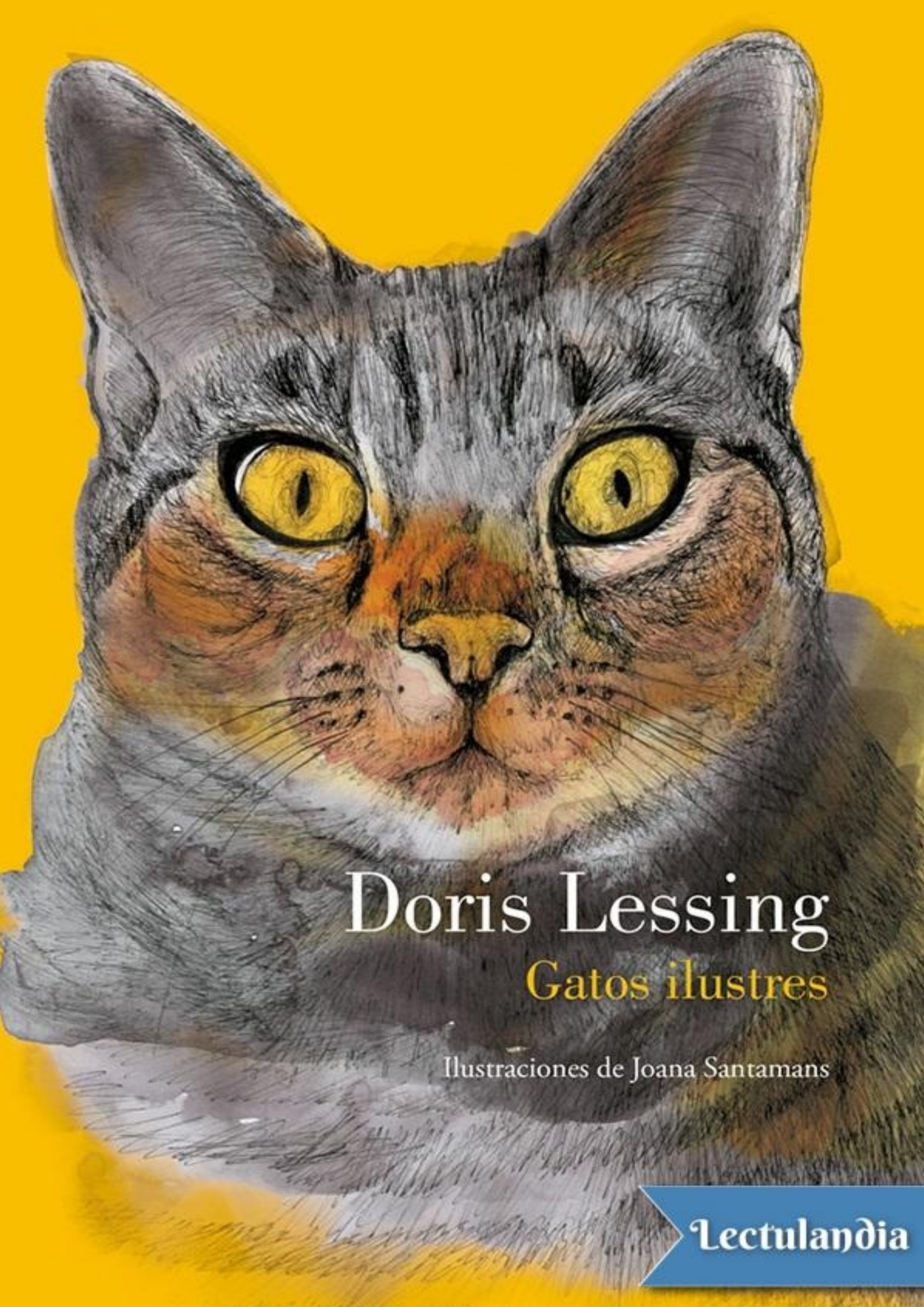




Doris Lessing
Gatos ilustres

Ilustraciones de Joana Santamans

Lectulandia

El amor de Doris Lessing por los gatos viene de lejos. *Gatos ilustres* se abre con las experiencias de la gran autora en la granja africana donde se crió y nos lleva hasta su vida adulta en Londres, en un viaje a través de los continentes y de los años que tiene como hilo conductor a muchos de los gatos que formaron parte de su vida. Agresivos algunos, muy dignos otros, todos en busca de atención, estos animales corrientes se convierten en criaturas extraordinarias bajo la mirada atenta de Lessing. Las espléndidas ilustraciones de Joana Santamans complementan esta delicia literaria.



Lectulandia

Doris Lessing

Gatos ilustres

ePub r1.0

Titivillus 26.03.17

Título original: *Particularly Cats*
Doris Lessing, 1967
Traducción: Helena Valentí
Ilustraciones: Joana Santamans
Diseño de cubierta: Joana Santamans

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Capítulo 1

Como la casa se alzaba en lo alto de una colina, los halcones, las águilas, las aves rapaces, que suspendidas en las corrientes de aire, daban vueltas sobre los matorrales, a menudo quedaban a la altura de los ojos, a veces más abajo. Posábamos la vista en las alas negras y pardas —una extensión de seis pies—, destellantes con el sol, que se inclinaban cuando el pájaro describía una curva. Abajo, en los campos, nos tumbábamos inmóviles en un surco, a poder ser donde el arado se había hundido más al girar, bajo un manto de hierbas y hojas. Había que sepultar o recubrir de tierra las piernas, cuya palidez, pese al bronceado, resaltaba contra el pardo rojizo del suelo. A cientos de pies de altura, una docena de aves volaba en círculo, al acecho del menor movimiento de un ratón, un pajarito o un topo. Elegíamos una, tal vez la que se cernía sobre nosotros; y quizá por un instante teníamos la impresión de que se producía un intercambio de miradas: los ojos fríos y penetrantes del ave, y los ojos fríamente curiosos del ser humano. En la parte inferior del estrecho cuerpo en forma de bala, entre las inmensas alas suspendidas, las garras estaban ya preparadas. Al cabo de medio minuto, o de veinte segundos, se abatía sobre el animalillo que hubiera escogido; acto seguido se elevaba para alejarse con un pausado batir de alas dejando tras de sí un remolino de polvo rojo y un intenso olor fétido. El cielo continuaba como siempre: un espacio azul, alto y silencioso, salpicado de bandadas de pájaros que daban vueltas. De todas formas, en lo alto de la colina era habitual ver un halcón precipitarse oblicuamente desde el círculo de aire donde había permanecido hasta seleccionar la presa: una de nuestras gallinas. E incluso volar ladera arriba por una de las pistas abiertas en la espesura, con cuidado de proteger las inmensas alas de las ramas salientes: ¿no era sin duda un ave que actuaba contra su instinto natural al recorrer veloz la avenida aérea entre los árboles en vez de lanzarse en picado sobre la tierra?

Nuestras gallinas constituían, o cuando menos así las consideraban sus enemigos, una provisión siempre renovada de carne para los halcones, búhos y gatos salvajes de varias millas a la redonda. Del alba al atardecer correteaban por la desprotegida cima de la colina, convertida en destino de los predadores por el relucir de plumas negras, pardas y blancas y el continuo cloqueo, cantar de gallos, escarbaduras y contoneos.

En las granjas africanas es costumbre recortar las tapas de las latas de parafina y petróleo y colgar al sol estos destellantes cuadrados de metal. Para espantar a las aves, dicen. Pero yo he visto un halcón descender de un árbol para arrebatarse una gorda clueca adormilada de encima de los huevos que empollaba, y eso a pesar de estar rodeada de perros, gatos y personas, negras y blancas. Y una vez, tomando el té sentadas delante de la casa, una docena de personas presencié cómo un veloz halcón arrancaba de la sombra de un arbusto un gatito bastante crecido. Durante el largo y caluroso silencio del mediodía, un chillido, cacareo o revuelo de plumas repentinos

podía significar tanto que un halcón se había llevado un pollo como que un gallo había cubierto una gallina. De todos modos, había aves de corral en abundancia. Y tantos halcones que carecía de sentido dispararles. Siempre que mirábamos al cielo desde lo alto de la colina divisábamos a menos de media milla un pájaro volando en círculos. Y un par de cientos de pies más abajo un diminuto retazo de sombra se deslizaba sobre los árboles, sobre los campos. Sentada en silencio bajo un árbol, he visto animales que se quedaban paralizados o corrían a refugiarse cuando la amenazadora sombra de unas alas desplegadas en el cielo les rozaba u oscurecía por un momento la luz sobre la hierba, sobre las hojas. No se trataba nunca de un pájaro solitario. Eran dos, tres, cuatro que daban vueltas arracimados. ¿Y por qué ahí precisamente?, se preguntaba una. ¡Pues claro! Porque se servían, a distintos niveles, del mismo remolino de aire. Un poco más lejos, otro grupo. Una mirada más atenta... y el cielo aparecía salpicado de manchitas negras; o de manchitas relucientes, si les daba el sol, como las motas de polvo en un haz de luz que entra por la ventana. ¿Cuántos halcones habría en aquellas millas de aire azul? ¿Centenares? Y todos capaces de llegar hasta nuestras gallinas en cuestión de minutos.

Por eso no se disparaba a los halcones. Salvo en un ataque de rabia. Recuerdo que cuando aquel gatito desapareció en el cielo maullando entre las garras del halcón mi madre descargó el rifle contra él. Inútilmente, por supuesto.

Mientras que las horas diurnas eran del halcón, el alba y el atardecer pertenecían a los búhos. Las gallinas se metían en los corrales al ponerse el sol, y los búhos no faltaban a la cita en las ramas de los árboles; y en ocasiones un soñoliento búho rezagado se apoderaba de un pollo al amanecer, cuando se abrían los corrales.

Halcones a la luz del sol; búhos en el crepúsculo; y gatos, gatos salvajes, por la noche.

Y con ellos sí tenía sentido usar el rifle. Las aves eran libres de recorrer miles de millas de cielo. Los gatos tenían una guarida, un compañero, gatitos; por lo menos una guarida. Cuando uno decidía vivir en nuestra colina, lo matábamos de un tiro. Los gatos iban de noche a los corrales, se colaban por agujeros increíblemente pequeños del muro o de la alambra. Los salvajes se apareaban con nuestros gatos, arrastraban a pacíficos mininos domésticos a la azarosa existencia de la sabana, para la cual no nos cabía la menor duda de que no estaban preparados. Los gatos salvajes ponían en entredicho la condición de nuestros tranquilos animales.



Un día el hombre negro que trabajaba en la cocina dijo que acababa de ver un gato salvaje en un árbol que se hallaba en mitad de la ladera. Mi hermano no estaba; por tanto, cogí el rifle de calibre veintidós y salí a buscar al felino. Era mediodía: no era la hora de los gatos salvajes. En un árbol a medio crecer, estirado sobre una rama, estaba el gato, bufando. Sus ojos, de color verde, echaban chispas. El gato salvaje no es un animal bonito. Tiene un feo pelaje marrón amarillento y áspero. Además, huele mal. Aquél había capturado una gallina en las últimas doce horas. En la tierra al pie del árbol se veían plumas blancas y pedacitos de carne que ya olía mal. Aborrecíamos a los gatos salvajes, que gruñían, arañaban, bufaban y nos odiaban. Aquél era un gato salvaje. Le disparé. Cayó de la rama a mis pies, se retorció un poco entre las plumas blancas movidas por el viento y se quedó inmóvil. En otras circunstancias hubiera cogido el cadáver por la sarnosa cola hedionda para arrojarlo al pozo en desuso más cercano. Pero aquel gato me llamó la atención. Me agaché a mirarlo. La forma de la cabeza no era la de un gato salvaje; y el pelo, aunque áspero, era demasiado suave. Tuve que reconocerlo. No se trataba de un gato salvaje, sino de uno de nuestros

mininos. En aquel feo cadáver reconocimos a Minnie, una encantadora gatita que había desaparecido dos años atrás; presa, creímos, de un halcón o un búho. Minnie era medio persa, una criatura suave que daba gusto acariciar. Y ahí estaba, convertida en una comedora de pollos. No muy lejos del árbol en que la maté, encontramos una camada de gatos salvajes; pero éstos eran salvajes de verdad, y los seres humanos, sus enemigos: buena prueba de ello es que nos mordieron y arañaron los brazos y las piernas. De modo que acabamos con ellos. O mejor dicho, mi madre se cuidó de eliminarlos; porque, según una ley de nuestro hogar sobre la que no reflexioné hasta muchos años más tarde, la encargada de aquella desagradable tarea era ella.

Pensándolo bien, siempre hubo gatos en casa. Sin más veterinario que el de Salisbury, a setenta millas de distancia. Sin «esterilizaciones» de gatos que yo recuerde, y mucho menos de gatas. Una gata implica crías, numerosas y frecuentes. Alguien tenía que deshacerse de los gatitos no deseados. ¿Tal vez los africanos que trabajaban en la casa y la cocina? Recuerdo cuán a menudo oía las palabras *bulala yena* (¡mátalo!). A los animales y aves heridos o enfermos de la casa y la granja: ¡*bulala yena*!

Pero en la casa había un rifle, además de un revólver, y los usaba mi madre.

De las culebras, por ejemplo, solía ocuparse ella. Aparecían sin cesar, lo que dicho así suena dramático, y supongo que lo era; pero nos resignábamos. A mí me daban mucho más miedo las arañas: enormes, de diversas clases y numerosísimas, me amargaban la vida. Había cobras, mambas negras, víboras bufadoras y víboras nocturnas. Y una especialmente desagradable llamada serpiente de árbol, que tiene la costumbre de enroscarse en las ramas, en los postes de los porches, en cualquier cosa que se eleve un poco del suelo, y de escupir al rostro de quien la moleste. A menudo se encuentra a la altura de los ojos de las personas, que por tanto quedan ciegas. Sin embargo, durante veinte años de culebras la única desgracia sucedió una vez en que una serpiente de árbol escupió a los ojos de mi hermano. Un africano le salvó la vista con un remedio indígena.

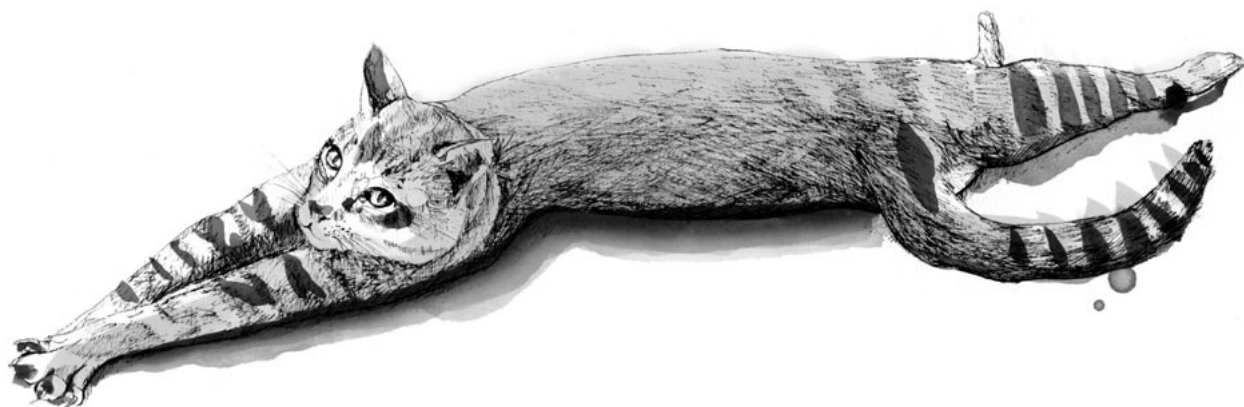
Pero la voz de alarma se daba a cada momento. Hay una serpiente en la cocina; o en el porche; o en el comedor; en cualquier sitio, por lo visto. En una ocasión estuve a punto de coger una víbora nocturna pensando que era un ovillo de hilo de zurcir. Por suerte ella se asustó primero y su silbido nos salvó a las dos: yo eché a correr y ella escapó. Otra vez una culebra se metió en el escritorio, un conjunto de papeles apilados en pequeños compartimentos. Mi madre y los criados tardaron horas en hacerla salir para que ella pudiera descerrajarle un tiro. Otro día una serpiente, una mamba, se metió debajo del recipiente del grano que teníamos en la choza que servía de despensa. Mi madre tuvo que tumbarse de lado y disparar a un pie de distancia.

Una serpiente en la pila de leña nos puso en vilo a todos; y yo causé la muerte de uno de nuestros gatos preferidos al decir que la había visto escurrirse entre dos leños. Lo que había visto era la cola del gato. Mi madre disparó contra algo gris que se movía; y el gato salió chillando, con el costado reventado, todo rojo y en carne viva.

Se retorció y gritó sobre las virutas de madera, con el corazoncito sangrante a la vista entre las frágiles costillas destrozadas. Murió en las manos de mi madre, que lloraba y lo acariciaba. Entretanto la cobra se hallaba a un par de yardas, enroscada en un leño.

En una ocasión, un gran alboroto de gritos y advertencias; en un camino rocoso bordeado de hibiscos y coronas de Cristo, un gato en pleno combate con una serpiente danzarina, delgada y oscura. La serpiente se metió en el seto espinoso, de una yarda de anchura, y ahí se quedó, con los ojos brillantes fijos en el gato, que no se atrevía a acercarse. El gato permaneció allí toda la tarde, dando vueltas al seto que la protegía, bufando hacia ella, maullando. Y al anochecer la serpiente escapó sana y salva.

Retazos de recuerdos, historias sin principio ni fin. ¿Qué le ocurrió al gato que maullaba de dolor tendido en la cama de mi madre, con los ojos hinchados por el escupitajo de una serpiente? ¿Y a la gata que entró llorando en casa, con el vientre colgando hasta el suelo por la cantidad de leche? Fuimos a ver a los gatitos en la caja vieja del cobertizo de las herramientas, pero habían desaparecido; y el criado escudriñó las huellas en el polvo de alrededor y dijo: *Nyoka*. Una serpiente.



En la infancia, las personas, los animales, los hechos llegan, se aceptan, se desvanecen, sin que se ofrezcan ni se pidan explicaciones.

Pero ahora, al recordar gatos, siempre gatos, un centenar de incidentes con ellos, años y años de gatos, me sorprende el mucho trabajo que debieron de representar. Ahora, en Londres, tengo dos gatos, y a menudo digo: qué tontería buscarse problemas y preocupaciones por dos animalitos.

Todo el trabajo debió de correr a cargo de mi madre. Las labores de la granja para el hombre; las domésticas para la mujer, aunque en la casa hubiera muchos más quehaceres que en una casa de ciudad. Además, era su trabajo porque cada naturaleza da con la tarea para la cual está hecha. Ella era comprensiva, sensata, astuta. Pero sobre todo, y en todos los aspectos, era una persona práctica. Más aún: era uno de esos seres humanos que entienden cómo funcionan las cosas; y se adaptan a ellas. Menuda papeleta.

Mi padre lo entendía bastante bien; era un hombre de campo. Pero su actitud se

manifestaba en forma de protesta; cuando había que hacer algo, adoptar alguna medida, se tomaba una decisión definitiva..., y quien la tomaba era mi madre. «¡No hay más que hablar, supongo!», decía él con una cólera irónica que era también de admiración. «La naturaleza —decía capitulando— está muy bien, siempre que se mantenga en su sitio».

Pero mi madre, para quien la naturaleza era su elemento, incluso su deber y su cruz, no perdía el tiempo en sentimentalismos filosóficos. «A ti todo te parece bien, ¿eh?», decía; de buen humor, de buen humor por mucho que le costara; pero con resentimiento, por supuesto, pues no era mi padre quien ahogaba los gatitos, disparaba a la serpiente, mataba a las gallinas enfermas y quemaba azufre en el nido de las hormigas blancas: a mi padre le gustaban las hormigas blancas, disfrutaba observándolas.

Por lo tanto me resulta aún más difícil comprender qué condujo a aquel espantoso fin de semana en que me quedé a solas con mi padre y unos cuarenta gatos.

De aquella época sólo recuerdo, a modo de explicación, el comentario: «Se le ha ablandado el corazón y se niega a ahogar gatitos».

Comentario pronunciado con impaciencia, con irritación y —por mi parte— con una furia fría y dura. En aquella época yo estaba en guerra con mi madre, una lucha a muerte, una lucha por la supervivencia, y tal vez aquello tuviera algo que ver con eso, no lo sé. Ahora me pregunto, con estupor, qué clase de derrumbe se produjo en su valor. ¿O quizá fuera una forma de protesta? ¿Qué tristeza íntima se expresaba de ese modo? ¿Qué quiso decirnos aquel año en que se negó a ahogar gatitos y a matar gatos que pedían a gritos morir? Y, por último, ¿por qué se marchó y nos dejó a los dos solos, sabiendo perfectamente —pues debía de saberlo, ya que la amenaza se había proferido con frecuencia y a voz en cuello— lo que iba a pasar?

Un año, quizá menos, de negativa de mi madre a desempeñar su papel de reguladora, árbitro y equilibrio entre la sensatez y la insensata proliferación de la naturaleza tuvo la consecuencia de que la casa, los cobertizos en torno a ella, los matorrales que circundaban la granja quedaron infestados de gatos. Gatos de todas las edades; gatos domésticos y salvajes y de estadios intermedios; gatos sarnosos y con conjuntivitis, gatos tullidos y lisiados. Peor aún, había media docena de hembras a punto de parir. Nada impediría que, en cuestión de unas semanas, nos convirtiéramos en campo de batalla para un centenar de gatos.

Había que hacer algo. Lo dijo mi padre. Lo dije yo. Lo dijeron los criados. Mi madre apretó los labios, calló, pero se fue. Antes de marcharse se despidió de su minino favorito, una vieja gata atigrada que era la madre de todos. La acarició con ternura y lloró. Me acuerdo muy bien de mi sensación de inutilidad por no poder entender la impotencia de aquellas lágrimas.

En cuanto se marchó, mi padre dijo varias veces: «En fin, hay que hacerlo, ¿no?». Sí, había que hacerlo; y por eso pidió una conferencia con el veterinario de la ciudad. Tarea nada fácil. El teléfono estaba conectado a una línea compartida por otros veinte

granjeros. Había que aguardar a que terminaran el cotilleo y el intercambio de noticias entre las granjas; luego comunicar con la centralita; después pedir línea con la ciudad. Te llamaban cuando una línea quedaba disponible. En ocasiones tardaban una hora, dos. Aquella espera forzosa resultó aún peor mirando a los gatos, deseando que aquel desagradable asunto acabara de una vez. Sentados juntos a la mesa del comedor, aguardamos a que sonara el teléfono. Por fin conseguimos hablar con el veterinario, que nos dijo que la forma menos cruel de matar gatos adultos era el cloroformo. La farmacia más cercana se hallaba en Sinoia, a veinte millas. Fuimos a Sinoia, pero la farmacia estaba cerrada porque comenzaba el fin de semana. En Sinoia telefoneamos a Salisbury y pedimos a un farmacéutico que nos enviara un frasco grande de cloroformo en el tren del día siguiente. Dijo que lo intentaría. Aquella noche nos sentamos delante de la casa bajo las estrellas; así solíamos pasar las veladas cuando no llovía. Nos sentíamos tristes, furiosos, llenos de mala conciencia. Nos acostamos temprano para que el tiempo pasara más deprisa. El día siguiente era sábado. Fuimos a la estación, pero el cloroformo no llegó en el tren. El domingo una gata parió seis crías. Salieron todas deformes: a cada una le pasaba algo. Endogamia, dictaminó mi padre. De ser así, llama la atención que en menos de un año unos cuantos animales sanos se transformaran en un ejército de tullidos roñosos y enfermizos. El criado se deshizo de la camada y nosotros pasamos otro día de desasosiego. El lunes fuimos a la estación, esperamos el tren y regresamos con el cloroformo. Mi madre volvía esa noche. Cogimos una caja grande de galletas, metálica y hermética, y metimos en ella a un viejo gato triste y enfermo, junto con algodón empapado en cloroformo. No recomiendo este método. El veterinario aseguró que era instantáneo, pero no lo fue.



Al final acorralamos a los gatos y los encerramos en una habitación. Mi padre entró en el cuarto con su revólver de la Primera Guerra Mundial, más seguro que el rifle, afirmó. El arma disparó un tiro, otro, otro, otro. Los gatos que seguían en

libertad habían presentido su destino y corrían chillando furiosos por la sabana, perseguidos por la gente de la casa. En cierto momento mi padre salió de la habitación, muy blanco, con los labios apretados de rabia y los ojos húmedos. A vomitar. Luego blasfemó un rato, volvió al cuarto y continuó disparando. Por fin salió. Los criados entraron y llevaron los cadáveres al pozo en desuso.

Algunos gatos consiguieron escapar. Tres de ellos no regresaron jamás a la casa asesina, de modo que debieron de volverse salvajes y aventurarse al peligro. A la vuelta del viaje, una vez que se marchó el vecino que la había acompañado, mi madre recorrió en silencio la casa, sin el menor comentario; ahora había un solo minino, su favorito, la gata vieja, que dormía en su cama. Mi madre no había pedido que la salváramos porque estaba vieja y no muy sana. Aun así, la buscó; y estuvo largo rato acariciándola y hablándole. Luego salió al porche, donde estábamos sentados mi padre y yo, los asesinos, y como tales nos sentíamos. Ella tomó asiento. Él liaba un cigarro. Todavía le temblaban las manos. La miró y dijo: «Esto no debe volver a suceder nunca más».

Y supongo que así fue.

El holocausto de los gatos me enfureció porque su necesidad había sido evitable, pero no recuerdo que me apenara. Estaba vacunada contra ese sentimiento por la angustia que me había producido la muerte de un gato años atrás, cuando yo tenía once. Aquella vez dije ante el cuerpo pesado y frío en que, inexplicablemente, se había transformado el animal ligero como una pluma del día anterior: nunca más. Había pronunciado ese mismo juramento en el pasado, y lo sabía. Cuando tenía tres años, según contaban mis padres, salí a pasear con la niñera por Teherán y, a pesar de sus protestas, recogí de la calle un gatito hambriento y me lo llevé a casa. Es mi gatito, contaban que dije, y luché por él cuando el resto de la casa se negó a acogerlo. Lo lavaron con permanganato porque estaba muy sucio, y en adelante durmió en mi cama. No permitía que me separaran de él. Aunque debieron de hacerlo, porque la familia se marchó de Persia y el gato se quedó. O tal vez muriera. Tal vez..., pero ¿cómo saberlo? En fin, en algún lugar de aquel país, una niña muy pequeña había luchado, con éxito, por tener un gato que le hiciera compañía día y noche; y luego lo perdió.

Pasada determinada edad —que para algunos de nosotros puede ser muy temprana—, no hay personas, animales, sueños, rostros ni hechos nuevos; todo ha ocurrido ya, ha aparecido antes, bajo una máscara distinta, con ropa diferente, con otra nacionalidad, otro color; pero siempre es lo mismo, y todo es eco y repetición; y no hay siquiera dolor que no sea la repetición de algo, olvidado ya hace tiempo, que se manifiesta a través de una angustia increíble, días de llanto, soledad, sentimiento de traición, y todo por un gatito flacucho y moribundo.

Aquel invierno caí enferma. Fue de lo más inoportuno porque había que

enjalbegar mi habitación, que era grande. Me instalaron en el cuarto pequeño del fondo. La casa, situada casi en lo alto de la colina pero no del todo, siempre daba la impresión de estar a punto de deslizarse hacia los maizales de abajo. El cuartito, no mayor que una tajada cortada de la parte posterior de la vivienda, tenía una puerta, siempre abierta, y ventanas, abiertas siempre, a pesar del viento y el frío de aquel julio, cuyos cielos fueron una extensión interminable de azul claro. El cielo, lleno de sol; los campos, soleados. Pero hacía frío, mucho frío. La gata, una persa gris azulada, llegó ronroneando a mi cama y se acomodó para compartir mi enfermedad, mi comida, mi almohada, mi sueño. Al despertarme por las mañanas volvía el rostro hacia la ropa de cama medio congelada; la parte exterior de la manta de piel estaba fría; el olor de la habitación contigua, recién enjalbegada, resultaba frío y antiséptico; el viento que levantaba y dejaba caer el polvo al otro lado de la puerta era frío; pero en el hueco de mi codo, una leve calidez ronroneante: la gata, mi amiga.

Detrás de la casa, una tina de madera empotrada en la tierra, delante del cuarto de baño, recogía el agua sucia de la bañera. No había tuberías que condujeran agua a los grifos de la granja: cuando se necesitaba iban a buscarla, en un carro tirado por bueyes, a un pozo situado a un par de millas. Durante los meses de la estación seca la única agua disponible para regar el huerto era esa agua sucia. La gata se cayó en la tina un día en que estaba llena de agua caliente. Chilló, la sacaron al aire frío, la lavaron con permanganato, pues la tina estaba muy sucia y tenía hojas de árboles y polvo además de agua jabonosa, la secaron y la metieron en mi cama para que entrara en calor. Pero comenzó a estornudar y a respirar con dificultad y pronto ardió de fiebre. Había cogido una pulmonía. Le dimos los medicamentos que teníamos en casa, pero en aquel entonces todavía no había antibióticos, de modo que murió. Pasó una semana en mis brazos ronroneando, ronroneando, con una vocecita ronca y temblorosa que fue debilitándose, hasta el silencio; me lamía la mano; abría sus enormes ojos verdes cuando yo pronunciaba su nombre y le rogaba que continuara viviendo; luego los cerró, murió y la arrojaron al pozo —hondo, de más de cien pies de profundidad— que se había secado porque un año las corrientes subterráneas cambiaron de curso, de modo que lo que creímos un pozo seguro se convirtió en un rocoso hoyo seco y resquebrajado, que no tardó en llenarse de basura, latas y cadáveres.

Se acabó. Nunca más. Y durante años comparé los gatos que veía en casa de mis amigos, en tiendas, en granjas, en la calle, los gatos encaramados a los muros, los gatos del recuerdo, con aquel dulce ser gris azulado y ronroneante que a mis ojos era el gato, el Gato, insustituible.

Además, durante algunos años en mi vida no cupieron extras, lujos, accesorios decorativos. Los gatos no tienen lugar en una existencia que transcurre de un lado para otro, de una habitación a otra. Necesitan un sitio fijo tanto como una persona que los convierta en suyos.

Por eso hasta veinticinco años después no hubo en mi vida lugar para un gato.

Capítulo 2

Fue en un piso feo y grande de Earls Court. Lo que se necesitaba, decidimos, era un gato fuerte e independiente que no creara complicaciones, capaz de defenderse por sí solo en la despiadada batalla por el poder que, según veíamos cada vez que mirábamos por la ventana de atrás, se libraba en las tapias y los patios traseros. Tenía que cazar ratones y ratas y, si no, comer lo que le pusiéramos. No debía ser de pura raza, es decir, delicado.

Esta fórmula nada tenía que ver con Londres, por supuesto, sino que correspondía a África. Por ejemplo, en la granja alimentábamos a los gatos con leche caliente de los cubos de ordeño; a los favoritos les dábamos sobras de la mesa; pero nunca les dábamos carne: se la conseguían ellos. Cuando enfermaban y no mejoraban a los pocos días, los matábamos. Además, en una granja se puede tener una docena de gatos sin pensar en buscarles una caja con serrín. En cuanto a las luchas y a los equilibrios de poder, se libraban en torno a un cojín, una butaca, una caja en un rincón del cobertizo, un árbol, un retazo de sombra. Conquistaban su territorio por sí mismos batallando con los demás, con los gatos salvajes y con los perros de la granja. Una granja es un espacio abierto y por tanto surgen muchas más peleas que en la ciudad, donde un gato, o una pareja de gatos, es dueño de una casa o un piso que defiende de visitas o asaltantes. Lo que ocurra entre los dos dentro de esos límites es otra cuestión. La barrera de defensa contra los extraños es la puerta trasera. En una ocasión, en Londres, una amiga tuvo que entrar la caja del serrín en casa y tenerla dentro durante semanas porque el gato sufría el asedio de otros doce que, encaramados en la tapia y los árboles del jardín, acechaban la oportunidad de echársele encima. Hasta que el curso de la guerra cambió y pudo volver a ser amo y señor de su jardín.

Mi gato fue una hembra blanca y negra aún no adulta, de raza común. Me garantizaron que era limpia y dócil. Era un animal agradable, pero nunca llegué a quererla; jamás me rendí a ella; en suma, me protegí a mí misma. Me parecía neurótica, demasiado nerviosa, maniática; pero se trataba de una opinión injusta, porque la vida de los gatos de ciudad es tan poco natural que nunca adquieren la independencia de que disfrutaban los de granja. Me molestaba que esperara a que llegáramos a casa, como un perro; que tuviera que estar en la misma habitación que nosotros y exigiera atención, como un perro, que para parir necesitara ayuda humana. Respecto a su alimentación, ganó la batalla en la primera semana. Nunca, ni una sola vez, comió nada que no fuera hígado de ternera sofrito o pescadilla ligeramente hervida. ¿De dónde había sacado esos gustos? Se lo pregunté a su antigua propietaria, quien por supuesto lo ignoraba. Le puse comida enlatada y sobras de la mesa; pero hasta que comimos hígado no mostró ningún interés. Hígado tuvo que ser. Y frito con mantequilla. Una vez decidí darle una lección haciéndole pasar hambre. «Es ridículo

tener que dar de comer a un gato, etcétera, etcétera, cuando en otras partes del mundo hay gente que muere de inanición, etcétera». Durante cinco días le di comida de lata, sobras nuestras. Durante cinco días ella miraba con ojo crítico el contenido del platillo y se alejaba. Cada noche yo tiraba la comida revenida, abría otra lata, le llenaba el cuenco de la leche. Ella se acercaba con paso lento, inspeccionaba lo que yo acababa de ponerle, bebía un poquito de leche, se marchaba. Adelgazó. El hambre que debió de pasar. Pero al final fui yo quien cedió.



En la parte posterior de aquella casa grande, una escalera de madera comunicaba el rellano del primer piso con el patio. La gata se sentaba en ella, desde donde podía observar media docena de patios, la calle, un cobertizo. El primer día acudieron gatos de los alrededores a examinar a la recién llegada. Ella permaneció en el peldaño de arriba, lista para entrar en casa de un salto si se acercaban demasiado. Tenía la mitad del tamaño de aquellos machos grandotes al acecho. Demasiado joven, pensé, para quedar preñada; sin embargo, lo estuvo antes de desarrollarse del todo, y no le hizo ningún bien tener gatitos sin haber dejado de serlo ella misma.

Lo cual me lleva a... nuestra vieja amiga la naturaleza. Que tan sabia dicen que es. En estado natural, ¿quedan preñadas las gatas antes de ser adultas? ¿Paren cuatro, cinco veces al año, seis gatitos en cada camada? Por supuesto que una gata no es sólo una cazadora de ratones y pajaritos; también sirve de alimento a los halcones que sobrevuelan los árboles donde ella se esconde con sus crías. Un gatito recién nacido

que, en su primer impulso de curiosidad, salga del refugio desaparecerá entre las garras de un halcón. Lo más probable es que una gata enfrascada en buscar comida para ella y sus crías logre proteger sólo a una, tal vez a dos. Llama la atención que si a una gata doméstica que haya parido seis, cinco gatitos, le quitan dos apenas lo nota; se quejará, los buscará durante un tiempo breve y luego se olvidará. Pero si ha tenido dos gatitos y uno desaparece antes de lo debido, es decir, antes de las seis semanas, enloquecerá de angustia y lo buscará por toda la casa. ¿Acaso una camada de seis gatitos metidos en una cálida canasta en una casa de ciudad puede considerarse alimento de halcones y águilas fuera de lugar? En ese caso, qué rígida es la naturaleza, qué inflexible: si los gatos son amigos del hombre desde hace siglos, ¿no podría la naturaleza haberse adaptado un poco, haber prescindido de la fórmula de cinco o seis gatitos por parto, cuatro veces al año?

El primer parto de aquella gata se anunció con numerosas quejas. Intuía que algo iba a ocurrir, y quería asegurarse de que alguien se encontrara presente cuando sucediera. En la granja, las gatas se iban a parir a un rincón oscuro y bien escondido; reaparecían al cabo de un mes con las crías para enseñarles dónde estaban los cuencos de la leche. No recuerdo que nunca tuviéramos que proporcionar a alguna un sitio donde parir. A la gata blanca y negra le ofrecimos cestas, armarios, el fondo de los roperos. Por lo visto no le satisficieron, y durante los dos días anteriores al parto nos siguió a todas partes, frotándose contra nuestras piernas y sin parar de maullar. Los dolores le comenzaron en el suelo de la cocina, porque en la cocina había gente. Un frío linóleo azul, y sobre él, una gata gorda maullando para llamar la atención, ronroneando nerviosa, vigilando que no la dejaran sola. Le llevamos una canasta, la metimos dentro y fuimos a ocuparnos de nuestros quehaceres. Nos siguió. Estaba claro que debíamos permanecer a su lado. El parto duró horas y horas. Cuando por fin asomó el primer gatito, resultó que salía al revés. Uno de nosotros agarró a la gata, el otro tiró de las escurridizas patas posteriores del gatito. Conseguimos sacarlo, pero la cabeza quedó atascada. La gata mordió, arañó y gritó. El gatito salió despedido por una contracción y de inmediato la gata, medio loca, se dio la vuelta y lo mató de un mordisco en el cogote. Cuando nacieron los otros cuatro, vimos que el muerto era el más grande y el más fuerte. La gata tuvo seis camadas, de cinco crías cada una, y en todas ellas mató a la primera por el dolor que le había causado. Por lo demás, fue una madre excelente.

El padre era un gato negro muy grande con el que ella, cuando estaba en celo, retozaba por el patio y que, si no, se lamía el pelo sentado en el peldaño inferior de la escalera mientras ella se lamía el suyo en el último. La gata no le permitía entrar en casa; lo echaba. Cuando los gatitos comenzaban a aventurarse solos por el patio, se sentaban en los escalones —uno, dos, tres, cuatro, con todas las combinaciones de blanco y negro— y miraban atemorizados al gato grandote de actitud vigilante. Al final la madre bajaba primero, con la cola levantada, sin dignarse a mirar al macho negro. Las crías la seguían, pasaban por delante de él. En el patio ella les daba

lecciones de higiene mientras el otro los observaba. Luego subía la escalera, y sus hijitos la seguían, uno, dos, tres, cuatro.

No comían nada más que hígado sofrito y pescadilla ligeramente hervida; detalle que oculté a sus futuros propietarios.

Para aquella gata y sus gatitos, los ratones eran meros objetos de curiosidad.

En aquel piso había una cosa que no he visto en ninguna otra vivienda londinense. Alguien había arrancado una docena de ladrillos de la pared de la cocina y había puesto una reja en la parte exterior y una puerta por dentro; servía para guardar alimentos, de manera poco higiénica, eso sí, pero reemplazaba a esa pieza tan necesaria y ahora anticuada: la despensa. El pan y el queso se mantenían frescos, sin los excesos del frigorífico, y no se secaban. Sin embargo, a esta diminuta fresquera acudían los ratones. Vivían en las paredes y habían perdido el miedo a los humanos, del que sólo les quedaba un mínimo vestigio. En ocasiones entraba en la cocina de sopetón y me encontraba un ratón, que me miraba, con los ojos muy brillantes, y esperaba a que yo saliera. Si me quedaba en silencio, continuaba buscando comida como si no me hubiera visto. Si yo hacía un ruido fuerte o le tiraba algo, se escabullía hacia el interior de la pared, aunque sin excesivo temor.

Ante seres tan confiados me faltaba el valor para poner una trampa; en cambio me parecía que recurrir a un gato era jugar limpio, por así decir. Pero la gata había hecho caso omiso de los ratones. Un día entré en la cocina y la vi tumbada en la mesa, mirando dos ratones que estaban en el suelo.

¿Acaso la prole despertaría su supuesto instinto? Poco después de que pariera, cuando los gatitos ya sabían bajar por la escalera, la dejé con ellos en la cocina, retiré todo alimento sólido y cerré la puerta para que pasaran la noche dentro. A eso del amanecer bajé a por un vaso de agua, encendí la luz y vi la gata tendida en el suelo, amamantando a las crías, una, dos, tres, cuatro; entretanto, a escasa distancia, un ratón se enderezó, asustado de la luz, no de la gata. Ni siquiera huyó, sino que aguardó a que yo saliera.

A la gata le gustaba, o por lo menos no le molestaba, la compañía de los ratones; y desarmó a un perro bastante tonto del piso de abajo, el cual, cuando estaba a punto de darle caza, capituló porque ella, por lo visto sin saber que perros y gatos son enemigos, se le enroscó en las patas ronroneando. El perro se hizo amigo suyo, y también de los gatitos. En cambio la gata dio muestras de auténtico pánico en una ocasión en que, de ser verdad que los gatos son criaturas nocturnas, que se sienten a gusto en la oscuridad, debería haber conservado la calma.

Una tarde, la noche cayó sobre Londres. Yo estaba cerca de la ventana de la cocina, tomando café con una visita que había venido a almorzar, cuando de repente el aire se volvió oscuro y sucio y se encendieron las farolas. De la luz del día a una espesa oscuridad total en cuestión de diez minutos, menos. Nos asustamos. ¿Acaso habíamos perdido el sentido del tiempo? ¿Habría explotado la famosa bomba y cubierto la tierra de una nube de suciedad? ¿Alguna de las fábricas de la muerte

desperdigadas por nuestra bonita isla habría soltado accidentalmente gas venenoso? En definitiva, ¿era el fin? A falta de información, nos quedamos junto a las ventanas, a observar. Era un cielo denso, sulfuroso, sin vida; una oscuridad amarillenta y negruzca; el aire nos quemaba la garganta, como ocurre en las minas después de una explosión.

Reinaba un silencio extraordinario. En momentos de crisis, la espera silenciosa es el primer síntoma en Londres, el más inquietante.

Entretanto la gata temblaba sentada sobre la mesa. De vez en cuando profería no un maullido, sino un gemido, un lamento interrogante. Cuando la levantamos de la mesa y la acariciamos, se revolvió, saltó al suelo, subió las escaleras, arrastrándose más que corriendo, y se escondió debajo de la cama, donde permaneció temblando. Como un perro, sí.

Al cabo de media hora la oscuridad abandonó el cielo. Unas corrientes de viento de direcciones opuestas habían mantenido los sucios humos de la ciudad, que casi siempre se dispersan hacia arriba, bajo un techo de aire tenazmente inmóvil. Luego sopló otro viento, movió la masa y la ciudad volvió a respirar.

La gata continuó debajo de la cama toda la tarde. Cuando por fin la convencimos de que bajara, a la luz clara del crepúsculo, se sentó en el alféizar de la ventana y contempló cómo caía la noche: la noche de verdad. Luego se lamió y recompuso el pelo, alborotado del susto, tomó un poco de leche, volvió a ser ella.

Poco antes de mudarme de piso, tuve que ausentarme un fin de semana y dejé la gata al cuidado de una amiga. Cuando regresé me la encontré en manos del veterinario, con la pelvis fracturada. La casa tenía un tejado plano al que daba una ventana, uno de sus sitios favoritos para tomar el sol. Por algún motivo se cayó de ese tejado, de tres pisos de altura, a un callejón. Algo debió de asustarla. El caso es que hubo que sacrificarla, y yo decidí que era un error tener gatos en Londres.

En la siguiente casa donde viví era imposible tener gatos. Se trataba de un inmueble de seis apartamentos minúsculos, uno encima del otro a lo largo de una fría escalera de piedra. No había patio ni jardín; la extensión de tierra más cercana debía de encontrarse en Regent's Park, a media milla de distancia. Una zona inadecuada para gatos, pensaréis; sin embargo, un enorme ejemplar rubio atigrado adornaba la ventana del colmado de la esquina; y el tendero aseguraba que el animal dormía en el local, y que cuando él se iba de vacaciones lo dejaba en la calle para que se las apañara solo. Era inútil regañarle, porque te preguntaba: ¿No se le ve sano y contento? Sí, así era. Hacía cinco años que vivía de aquella manera.

Durante unos meses un gran gato negro vivió en la escalera de los apartamentos; sin dueño, al parecer. Quería que alguno de nosotros se convirtiera en su dueño. Esperaba a que una puerta se abriera al entrar o salir alguien y entonces se ponía a maullar, con timidez, como quien está acostumbrado a los rechazos. Bebía leche, comía restos de comida, se enroscaba en las piernas, pidiendo que le dejáramos quedarse, pero sin demasiada insistencia ni mucha esperanza. Nadie le ofreció

quedarse. El problema era, como siempre, el de las cacas de gato. A nadie le apetecía bajar esas escaleras con cajas de serrín apestosas que vaciar en los cubos de la basura. Además, al propietario del inmueble no le habría gustado. Y además, nos decíamos para acallar la conciencia, seguramente pertenecía a una de las tiendas y venía al edificio sólo de visita. Así pues, nos limitábamos a darle de comer.

Durante el día se sentaba en la acera, a contemplar el tráfico, o entraba y salía de las tiendas: un viejo gato de ciudad; un gato dulce; un gato sin pretensiones.

En la esquina había un solar donde se detenían tres carretas de fruta y verduras que pertenecían a tres ancianos: dos hermanos, uno delgado y otro gordo, y la mujer de éste, también gorda. Eran bajitos, de cinco pies de estatura, siempre hacían chistes y siempre sobre lo mismo: el tiempo. Cuando el gato les visitaba, se metía debajo de una carreta y comía pedacitos de sus bocadillos. La señora rechoncha, de mejillas coloradas, tan coloradas que eran casi negruzcas, quien estaba casada con el hermanito rechoncho, decía que se llevaría el gato a casa si no fuera porque al suyo, Tibby, no le gustaría. El hermano delgadito, que no se había casado y vivía con ellos, decía en broma que se lo quedaría él, para que le hiciera compañía, y que lo protegería de Tibby: a un hombre sin mujer le vendría bien un gato. Yo creo que lo habría hecho; pero murió súbitamente de un golpe de calor. Fuera cual fuere la temperatura, los tres iban envueltos en bufandas, chaquetas, jerséis, abrigos. El delgado llevaba siempre un abrigo puesto sobre un montón de otras prendas. Cuando la temperatura superaba los dieciocho grados, se quejaba de que había llegado una ola de calor y de que sufría terriblemente. Yo le indicaba que con menos ropa tendría menos calor. Pero saltaba a la vista que esta actitud respecto al atuendo le era del todo ajena: le incomodaba. Un año tuvimos una larga temporada de buen tiempo, una auténtica ola de calor londinense. Cada día bajaba a una calle que era alegre, cálida, cordial, con gente vestida de verano. Pero los tres viejecitos continuaban llevando pañuelos en la cabeza, bufandas, jerséis. No paraban de hacer chistes sobre el calor. A sus pies, a la sombra de las carretas, el gato se tumbaba entre ciruelas caídas y pedacitos de lechuga mustia. Hacia el final de la segunda semana de calor, el hermano soltero murió de una apoplejía, y el gato perdió así su oportunidad de encontrar un hogar.

Durante unas semanas le sonrió la suerte y le dejaron entrar en el *pub*. Se debió a que Lucy, la prostituta que vivía en el apartamento de la planta baja de nuestro edificio, iba a aquel local por las noches. Lo llevaba consigo y se instalaba en un rincón junto a la barra, sentada en un taburete, con el gato al lado, sentado en otro. Era una mujer simpática, muy querida en el *pub*; y cualquiera a quien decidiera llevar consigo era bien recibido. Cuando yo entraba a comprar cigarrillos o una botella, veía a Lucy y al gato. Sus admiradores, numerosos y de todas las partes del mundo, clientes antiguos y nuevos, y de todas las edades, la invitaban a copas y convencían al camarero y a su mujer de que dieran leche y patatas fritas al gato. Pero la novedad de un gato en un bar debió de pasar pronto, porque Lucy no tardó en trabajar en la barra

sin él.

Cuando llegaron el frío y las noches en que oscurecía temprano, el gato se instalaba en lo alto de la escalera antes de que cerraran las puertas de abajo. Dormía en el rincón más cálido que lograba encontrar en aquel inhumano tramo de escalones de piedra sin enmoquetar. Cuando hacía mucho frío, uno de nosotros lo dejaba entrar; y por las mañanas nos daba las gracias enroscándose en las piernas. Hasta que un buen día, adiós gato. El portero nos dijo a la defensiva que lo había llevado a la RSPCA, Real Sociedad para la Prevención de la Crueldad contra los Animales, para que lo mataran. Una noche las horas de espera a que la puerta se abriera habían resultado demasiado largas y el minino había hecho sus necesidades en un rellano. El portero no estaba dispuesto a tolerar eso, dijo. Bastante tenía con limpiar lo que ensuciábamos nosotros, para encima limpiar también las porquerías de un gato.



Capítulo 3

Me mudé a una casa en el país de los gatos. Las viviendas son viejas y tienen estrechos jardines tapiados. Por nuestras ventanas de atrás se ve una docena de muros a un lado y una docena de muros al otro, de todas las medidas y niveles. Árboles, hierba, arbustos. Hay un teatro pequeño con tejados de distintas alturas. Los gatos crecen bien aquí. En las tapias, en los tejados y en los jardines hay siempre gatos que llevan una vida secreta y complicada, como la de los niños del barrio, regida por inimaginables normas particulares que los adultos no llegan ni a barruntar.

Comprendí que en la casa acabaría habiendo un gato. Del mismo modo que cuando una casa es demasiado grande se sabe que vendrá más gente a vivir en ella, hay casas en las que tiene que haber gatos. Aun así, durante una temporada espanté a los que se acercaron a husmear qué tipo de lugar era aquél.



Durante el espantoso invierno de 1962, un macho viejo de pelaje blanco y negro visitó el jardín y el tejado de la galería trasera. Se sentaba en la nieve fangosa del tejado; caminaba sigiloso por el suelo helado; cuando la puerta trasera se dejaba

abierta un momento, se sentaba delante, a contemplar el cálido interior. Era de lo más feo, con una mancha blanca sobre un ojo, una oreja desgarrada y la boca siempre entreabierta y babeante. Sin embargo, no era un gato callejero. Tenía una buena casa en esa misma calle, y al parecer nadie se explicaba por qué no se quedaba en ella.

Aquel invierno significó una especie de curso superior sobre los extraordinarios sufrimientos voluntarios de los ingleses.

La mayor parte de las viviendas son de propiedad municipal, y la primera semana de frío las cañerías se helaron y reventaron, de modo que la gente se quedó sin agua. No se hizo nada por descongelarlas. Las autoridades abrieron un grifo en una esquina, y durante semanas las mujeres de la calle fueron en zapatillas a buscar agua con jarros y recipientes por aceras con varios pies de nieve congelada. Las zapatillas las llevaban para mantener el calor. Nadie retiraba la nieve ni el hielo de la acera. Sacaban el agua del grifo, que se rompió varias veces, y contaban que no tenían más agua caliente que la que calentaban en el fogón; eso durante una semana, dos semanas, y luego tres, cuatro y cinco semanas. No había agua caliente para bañarse, claro está. Cuando se les preguntaba por qué no se quejaban, puesto que, al fin y al cabo, al pagar el alquiler pagaban el agua, la fría y la caliente, contestaban que el municipio ya estaba al corriente de lo de las cañerías y no hacía nada. El municipio había señalado que se trataba de una ola de frío: diagnóstico con el que ellas coincidían. Sus voces eran lúgubres, pero rezumaban satisfacción, como acostumbra a suceder en este país cuando sufre calamidades divinas de muy fácil remedio.

Un anciano, una mujer de mediana edad y un niño pequeño pasaron los días de aquel invierno en la tienda de la esquina. Dentro, a causa de los frigoríficos, la temperatura era más fría que los grados bajo cero decretados por la naturaleza; la puerta estaba siempre abierta a los cúmulos de nieve helada de la calle. No tenían calefacción. El viejo cogió una pleuresía y pasó dos meses en el hospital. Al no recuperar del todo las fuerzas, en primavera tuvo que vender la tienda. Sentado en el suelo de cemento, el niño no paraba de llorar de frío y recibía cachetes de su madre, que estaba detrás del mostrador con calcetines de hombre, un fino vestido de lana y una rebeca, quejándose de lo horrible que era todo, con los ojos llorosos, la nariz goteando y los dedos hinchados de sabañones. El anciano de la casa vecina, que trabaja de conserje en el mercado, resbaló en el hielo de delante de su puerta, se lesionó la espalda y tuvo que vivir del subsidio de desempleo durante unas semanas. En aquella casa, donde vivían nueve o diez personas, entre ellas dos niños, sólo disponían de una estufa eléctrica de una barra para combatir el frío. Tres acabaron en el hospital, uno con pulmonía.

Y las cañerías siguieron rotas, obturadas por dentadas estalactitas de hielo; las aceras continuaron siendo pistas de hielo; y las autoridades no hicieron nada. En las calles de los barrios burgueses, la nieve se retiraba apenas caía, por supuesto, y las autoridades eran sensibles a los airados ciudadanos que reclamaban sus derechos y amenazaban con interponer demandas. En nuestra zona la gente aguantó hasta la

primavera.

En este entorno de seres humanos paralizados por el invierno como si fueran cavernícolas de hace diez mil años, pierden fuerza las extravagancias de un gato viejo que eligió un tejado cubierto de hielo para pasar las noches.

En pleno invierno de aquel año, a unos amigos les ofrecieron una gatita. Unos amigos suyos tenían una siamesa que se había quedado preñada de un gato callejero, y estaban regalando la híbrida prole. Mis amigos vivían en un piso diminuto y trabajaban los dos todo el día; pero al ver a la gatita no pudieron resistirse. El primer fin de semana le dieron de comer sopa de langosta enlatada y *mousse* de pollo, y les fastidió sus noches conyugales porque se empeñó en dormir bajo el mentón de H., el marido, o por lo menos en contacto con su carne. S., la mujer, me contó por teléfono que estaba a punto de perder el amor de su marido por una gata, como en el relato de Colette. El lunes se fueron a trabajar dejando sola a la gatita, y al regresar la encontraron llorando y triste por haber pasado el día sin compañía. Anunciaron que nos la traerían. Y así lo hicieron.

La gatita tenía seis semanas. Era encantadora, un delicado minino de cuento, cuyos genes siameses se manifestaban en la forma de la cara, de las orejas, de la cola, así como en las sutiles líneas del cuerpo. Tenía el lomo atigrado: vista desde arriba o desde atrás, era una preciosa gatita atigrada, gris y ocre. En cambio, la parte delantera y el vientre eran del ocre dorado grisáceo típico de los siameses, con rayas negras en el cuello. Tenía la cara delineada de negro: finos redondeles alrededor de los ojos, rayas oscuras en las mejillas, una diminuta nariz color crema con la punta rosa, perfilada de negro. Desde delante, cuando se sentaba con el lomo erguido, sobre las delgadas patitas, era un animal de belleza exótica. Se sentó, chiquitina, en el centro de una alfombra amarilla, rodeada de cinco admiradores, sin miedo. Luego recorrió ese piso de la vivienda, inspeccionando cada pulgada, se encaramó a mi cama, se metió debajo del pliegue de una sábana y se sintió como en casa.



S. se marchó con H. diciendo: Justo a tiempo; de lo contrario, pierdo el marido.

Y él se fue refunfuñando, asegurando que no hay nada más exquisito que ser despertado por el contacto delicado de una lengua rosa en la cara.

La gatita bajó, o mejor dicho saltó, por la escalera, cuyos peldaños eran el doble de altos que ella: primero las patas delanteras, luego paf, las traseras; patas delanteras, paf, patas traseras. Inspeccionó la planta baja, se negó a comer el contenido de la lata que le ofrecí y maullando me pidió una caja donde hacer sus necesidades. No quiso serrín, pero aceptó el papel de periódico en vista de que, según me dio a entender con su pose de animal delicado, no había nada mejor. No, no lo había: la tierra del jardín estaba congelada.

Rechazaba las latas de comida para gatos. Rotundamente. Y yo no estaba dispuesta a darle pollo y sopa de langosta. La solución intermedia fue carne picada.

Con la comida ha sido siempre tan maniática como un *gourmet* solterón. Empeora con los años. Ya de gatita era capaz de expresar irritación, contento o determinación para enfurruñarse, de modo que se lo comía todo, comía a medias o se negaba a probar. Su conducta alimentaria es un lenguaje de lo más elocuente.

Yo creo que quizá la apartaron de la madre demasiado pronto. Si se me permite señalárselo con todo respeto a los especialistas en gatos, es posible que se equivoquen al afirmar que un gatito puede abandonar a la madre a las seis semanas. Aquella gatita tenía seis semanas, ni un día más, cuando la separaron de su madre. La base de su sofisticación con la comida es la hostilidad y la suspicacia neuróticas respecto a ella que muestran los niños con trastornos de alimentación. Tenía que comer, suponía ella; y comía, sí; pero nunca lo ha hecho con verdaderas ganas, por el mero placer de comer. Y comparte otra característica con las personas que no han recibido suficiente cariño materno. Incluso ahora muestra una tendencia instintiva a meterse en el pliegue de un periódico, o dentro de un cajón o una cesta; cualquier objeto que la proteja, que la esconda. Más aún, está demasiado dispuesta a sentirse insultada; demasiado dispuesta a enfurruñarse. Y es una cobarde de mucho cuidado.

Los gatitos que permanecen con la madre siete u ocho semanas comen bien y poseen seguridad en sí mismos. Aunque, claro está, resultan menos interesantes.

De pequeña esta gata jamás durmió fuera de una cama. Aguardaba a que yo me acostara y entonces caminaba sobre mí barajando las posibilidades. Se colaba entre las sábanas para acomodarse a mis pies o arrimada a mi hombro, o bien se metía debajo de la almohada. Si yo me movía demasiado, cambiaba de sitio malhumorada, procurando que su irritación no pasara inadvertida.

Cuando yo hacía la cama, le gustaba quedar atrapada dentro; y permanecía, un mero bultito, tan contenta bajo las mantas, a veces durante horas. Si acariciábamos el bulto, ronroneaba y maullaba. Y no salía hasta que no tenía más remedio.





El bulto atravesaba la cama y vacilaba al llegar al borde. En ocasiones se oía un maullido desesperado cuando caía al suelo. Malparada su dignidad, se apresuraba a lamerse, fulminando con sus ojos amarillos a los espectadores, que cometían un error

si se reían. Una vez con los pelos en su sitio, caminaba hasta el centro de un escenario imaginario.

Llegaba el momento de lucir sus remilgos con la comida. El momento de hacer las necesidades en la caja con tierra, una actuación de lo más exquisita. El momento de poner los pelos ocre en su sitio. Y el momento de jugar, que nunca llegaba porque sí, sino sólo cuando había público.

Era una presumida arrogante, como una chica bonita que no tiene más cualidad que su belleza: cuerpo y rostro siempre en la pose indicada por un instructor interno; una pose que es una especie de máscara: no, no, si yo soy así, los senos audaces, los ojos huraños y hostiles, atentos en todo momento a la admiración de los demás.

Gata a la edad en que, de haber sido un ser humano, se hubiera vestido y peinado como quien se pertrecha de armas, aunque segura de que, en cuanto se le antojara, podía volver a una infancia mimada, pues aquel papel se había convertido en una carga excesiva: gata en pose, principesca, que se pavoneaba por la casa y de repente, cansada, un tanto enfurruñada, se agazapaba en el pliegue de un periódico o detrás de un cojín y desde ahí, a salvo, contemplaba el mundo.

Su monería más graciosa, la que solía hacer cuando tenía público, era tenderse de espaldas debajo de un sofá e impulsarse por él con las patas, en precisos arranques veloces, deteniéndose para ladear su elegante cabecita, con sus ojos amarillos entornados, a la espera del aplauso. «¡Oh, qué gatita más bonita! ¡Un animal encantador! ¡Una gata preciosa!». Y ella proseguía con otra exhibición.

O bien, en la superficie adecuada, la alfombra amarilla, un cojín azul, se tendía de espaldas y giraba despacito, las patas dobladas hacia arriba, la cabeza hacia atrás, de modo que dejaba a la vista el pecho y vientre ocre, con unas marcas sutiles, como si fuera una delicada subespecie de leopardo, manchas negras como las de este felino. «Oh, gatita preciosa, eres muy bonita». Y se preparaba para continuar hasta que cesaban los piropos.

O se sentaba en la galería de atrás, no en la mesa, que carecía de adornos, sino en una pequeña repisa con macetas de narcisos y jacintos. Se colocaba entre los tallos coronados de flores azules y blancas, hasta que alguien se fijaba en ella y la admiraba. No sólo nosotros, naturalmente; también un viejo gato reumático que merodeaba sigiloso —lúgubre recordatorio de una vida mucho más dura— por el jardín, donde la tierra seguía helada. El gato veía una gata joven y bonita detrás del cristal. Ella lo veía a él. Alzaba la cabeza, la volvía hacia un lado, hacia el otro; mordía un pedacito de jacinto, lo dejaba caer; se lamía el pelo con despreocupación; luego, con una mirada insolente hacia atrás, bajaba de un salto, entraba en casa y desaparecía de la vista del gato. O, en mitad de la escalera, llevada en brazos o encaramada a un hombro, echaba una ojeada hacia la ventana y veía al infeliz animal, tan quieto que en ocasiones pensábamos que había muerto y se había quedado congelado. Al mediodía, cuando el sol calentaba un poco y lo veíamos lamerse el pelo, nos sentíamos aliviados. A veces ella permanecía un rato mirándolo por la

ventana, aunque su vida todavía consistía en ovillarse en brazos, camas, almohadones y recodos del cuerpo humano.



Al llegar la primavera abrimos la puerta trasera, desapareció, a Dios gracias, la utilidad de la caja con tierra y el jardín se convirtió en territorio de la gata. Había cumplido seis meses, ya era adulta desde el punto de vista de la naturaleza.

Era preciosa en aquel entonces, perfecta; más bonita que la gata de la que, años atrás, yo había jurado que nunca tendría igual. Y desde luego así ha sido; porque aquella gata era todo tacto, delicadeza, afecto y gracia; por eso, como en los cuentos y según dicen las viejas, tuvo que morir joven.

Nuestra gata, la princesa, era, sigue siendo, hermosa, pero, para qué ocultarlo, es un animal egoísta.

Los gatos se ponían en fila sobre las tapias. Primero, el sombrío gato viejo del invierno, rey de los jardines traseros. Luego un bonito gato negro y blanco de la casa de al lado, hijo del anterior, a juzgar por su aspecto. Uno atigrado con cicatrices de peleas. Otro gris y blanco tan seguro de la derrota que nunca bajó de la tapia. Y uno joven y audaz como un tigre al que a todas luces ella admiraba. Inútilmente; el viejo rey todavía no había sido vencido. La gata salía, con la cola levantada, en apariencia sin reparar en ellos pero atenta al joven tigre hermoso, que descendía de un salto para acercarse a ella. Sin embargo, bastaba con que el gato del invierno se removiera en la

tapia, para que el otro regresara de un brinco a su sitio. Eso duró semanas.

Entretanto H. y S. venían a visitar a su gatita perdida. S. comentaba que era espantoso e injusto que la princesa no pudiera escoger; y H. decía que así debía ser: a una princesa le correspondía un rey, aunque fuera viejo y feo. Era un animal digno, afirmaba H.; tenía presencia; además, se había ganado a la preciosa gatita con su noble entereza durante el largo invierno.

A esas alturas ya llamábamos Mefistófeles al gato feo. (En su casa, según oímos decir, lo llamaban Billy). Nuestra gata había tenido varios nombres, sin que ninguno prendiera. Melissa y Franny; Marilyn y Safo; Circe y Ayesha y Suzette. Pero en las conversaciones, cuando le dirigíamos palabras cariñosas, maullaba, ronroneaba y arrullaba sólo en respuesta a las sílabas alargadas de los calificativos: boniiiitaaa, deliciooosaa gatita.

Un fin de semana de mucho calor, el único, según recuerdo, de aquel verano, se puso en celo.

H. y S. vinieron a almorzar el domingo y, sentados en la galería de atrás, observamos las preferencias de la naturaleza. Nada tenían que ver con las nuestras. Ni con las de la gata.

La lucha había durado dos noches: peleas espantosas, aullidos, alaridos y gritos de gatos en el jardín. Mientras tanto la gatita gris, sentada a los pies de mi cama, escudriñaba la oscuridad, aguzaba y movía las orejas, hacía comentarios con la cola, sutilmente y sólo con la punta.

El domingo Mefistófeles fue el único que apareció. La gata gris rodó extasiada por todo el jardín. Se acercó a nosotros, rodó alrededor de nuestros pies y nos los mordió. Subió y bajó corriendo de un árbol que había en el fondo del jardín. Rodó y gritó, llamó y provocó.

—La más desvergonzada exhibición de lascivia que he visto en mi vida —observó S. mirando a H., que continuaba enamorado de nuestra gata.

—Ay, pobre gatita —dijo H.—. Si yo fuera Mefistófeles no te trataría tan mal.

—Oye, H. —dijo S.—, eres asqueroso. Si se lo contara a la gente no se lo creerían. Pero yo siempre lo he dicho: eres asqueroso.

—Conque eso es lo que siempre has dicho de mí —respondió H. acariciando a la embelesada gatita.

Hacía mucho calor, habíamos bebido grandes cantidades de vino durante el almuerzo, y el juego amoroso duró toda la tarde.



Por fin Mefistófeles saltó de la tapia al lugar donde la gata gris rodaba y se retorció..., pero, por desgracia, no atinó.

—Oh, Dios mío —exclamó H., dolido de verdad—. Algo así es imperdonable.

S. observaba angustiada el tormento de nuestra gata y expresaba sus dudas, insistentemente, con dramatismo, respecto a que el sexo valiera la pena.

—Fijaos —dijo—, así somos nosotros. Ése es el aspecto que tenemos nosotros.

—Nosotros no somos así —replicó H.—. La culpa es de Mefistófeles. Habría que pegarle un tiro.

Pégale un tiro, dijimos todos; o por lo menos enciérralo para dar una oportunidad al joven tigre del vecino.

Pero el gato joven y hermoso no aparecía.

Continuamos bebiendo vino; el sol siguió brillando; nuestra princesa danzó, rodó, subió y bajó del árbol, y cuando por fin todo fue bien el viejo rey la montó una y otra vez.

—Esto es un disparate —dijo H.—. Es demasiado viejo para ella.

—Por Dios —protestó S.—. Voy a llevarte a casa. Porque, si no, apuesto a que harás el amor con esa gata.

—Ojalá pudiera —repuso H.—. Qué animal más exquisito, qué encantadora criatura, qué princesa, un gato no sabe valorarla, no soporto ver esto.

Al día siguiente volvió el invierno; llovió e hizo demasiado frío para salir al jardín; la gata gris había retomado sus manías y desdenes. Y el viejo rey se tumbó sobre la tapia bajo la lenta lluvia inglesa, todavía victorioso, a la espera.

Capítulo 4

La gata gris llevó el embarazo con despreocupación. Bajaba disparada al jardín, se encaramaba al árbol y volvía a entrar; eso dos, tres veces; el objetivo era el momento en que, aferrada al tronco, volvía la cabeza, con los ojos entornados, para recibir un aplauso. Bajaba a saltos los escalones, de tres en tres, de cuatro en cuatro. Se arrastraba por debajo del sofá. Y, como había descubierto que las personas que la veían por primera vez no podían menos de exclamar extasiadas: ¡Oh, qué gato más bonito!, cuando venían invitados se colocaba cerca de la puerta, en la postura conveniente.

Un día, al tratar de deslizarse por debajo de la barandilla para saltar al tramo inferior de la escalera, descubrió que no pasaba. Volvió a intentarlo, no pudo. Humillada, fingió que no lo había intentado, que prefería bajar por el camino más largo, siguiendo los recodos de la escalera.

Las carreras arriba y abajo del árbol perdieron velocidad, luego cesaron.

Y cuando los gatitos se movieron dentro del vientre puso cara de sorpresa, de irritación.

Normalmente, dos semanas antes del parto las gatas husmean en armarios y rincones; los prueban, los rechazan, seleccionan. Ésta no lo hizo. Saqué los zapatos del fondo de un armario del dormitorio y le enseñé el lugar: protegido, oscuro, cómodo. Ella entró y volvió a salir. Le ofrecí otros sitios. No es que no le gustaran; al parecer no tenía idea de lo que iba a suceder.

La víspera del parto se revolcó sobre unos periódicos viejos dejados en un sillón, pero sus movimientos eran mecánicos, no daban la impresión de tener un propósito. Una glándula, o lo que sea, se había manifestado, la había impulsado a actuar; ella obedeció, pero sus actos no tenían conexión con su conocimiento vital, o al menos eso pareció, porque no volvió a repetirlo.

El día del parto tuvo contracciones durante tres horas antes de que se diera cuenta. Maulló, sorprendida al parecer, sentada en el suelo de la cocina, y cuando le ordené que subiera al armario me hizo caso. No estuvo mucho rato. Trotó distraída por la casa, olfateando, todavía, posibles sitios, pero pronto perdió el interés y bajó de nuevo a la cocina. Como el dolor, o la sensación, había disminuido, se olvidó de él y se dispuso a reanudar su vida normal: la vida de un gatito mimado, adorado. Al fin y al cabo, seguía siéndolo.

La llevé arriba y la obligué a quedarse en el armario. Ella no quería. No reaccionaba como cabía esperar. La verdad es que resultaba conmovedora, ridícula... y graciosa, y nos daban ganas de reír. Al intensificarse las contracciones, se enfadó. Hacia el final, cuando le acometió un dolor muy fuerte, maulló, pero fue un maullido de protesta, de enojo. Estaba enojada con nosotros, porque mediábamos en los acontecimientos de que era víctima.

Es fascinante contemplar el nacimiento del primer gatito, el momento en que, al aparecer la diminuta criatura retorciéndose en su envoltorio de celofán blanco, la gata retira esa capa con la lengua, muerde el cordón, se come la placenta, y todo esto de manera pulida, eficiente, perfecta, actos realizados por ella misma, por primera vez. A continuación se produce siempre una breve pausa. El gatito sale, queda tendido junto al extremo posterior de la madre. Ella mira, con el gesto instintivo de quien se siente atrapado y quiere escapar, aquella cosa nueva que lleva pegada; vuelve a mirarla intrigada, no sabe qué es; luego el mecanismo se pone en marcha y ella obedece, se convierte en madre, ronronea, es feliz.

Con esta gata la pausa se alargó mucho mientras miraba al nuevo gatito. Lo miraba a él, me miraba a mí, se movía un poco, a ver si se despegaba la cosa... y luego funcionó. Limpió al gatito, hizo cuanto debía hacer, ronroneó; después se levantó, se fue abajo y se sentó en la galería a mirar el jardín. Ya está, parecía pensar. Hasta que los costados volvieron a contraérsele y se volvió para mirarme; estaba enojada, furiosa. La cara, las líneas del cuerpo decían de manera inequívoca: ¡Qué lata, maldita sea! ¡Arriba otra vez!, le ordené. ¡Arriba! Me obedeció de mal humor. Subió por la escalera, con las orejas hacia atrás, casi como un perro al que acaban de reñir o de castigar, aunque sin la servil sumisión de éste. Al contrario, estaba irritada conmigo y con todo el proceso. Al ver de nuevo al primer gatito, lo reconoció, el mecanismo se puso en marcha, de modo que la gata empezó lamerlo. Parió cuatro gatitos en total y se echó a dormir, una escena encantadora, la exquisita gata enroscada con cuatro crías mamando. Era una camada hermosa. El primero, una hembra, copia exacta de la madre, incluso en los redondeles negros dibujados en torno a los ojos, las líneas negras del pecho y de las patas, el vientre ocre, con unas leves rayas. El siguiente, un gatito azul grisáceo; más tarde, con cierta luz, parecía morado oscuro. Un gatito negro, que de adulto sería el perfecto gato negro, con los ojos amarillos, todo elegancia y vigor. Y la réplica del padre, un gatito bastante desmañado, grueso, de pelaje blanco y negro. Los tres primeros tenían los rasgos sutiles de la raza siamesa.

Cuando la gata se despertó, miró a las crías, dormidas, se levantó, se sacudió y bajó a la cocina. Bebió leche, comió carne cruda, se lamió de arriba abajo. No volvió donde estaba la camada.

S. y H. vinieron a ver a los gatitos y encontraron a la mamá en pose, de perfil, al pie de la escalera. Entonces salió disparada al jardín, se encaramó al árbol y volvió a entrar; lo hizo varias veces. A continuación subió a lo alto de la casa y bajó deslizándose por debajo de la barandilla para saltar de un tramo a otro. Se enroscó en las piernas de H. ronroneando.

—Ahora eres madre —dijo S. escandalizada—. ¿Por qué no estás con tus gatitos?

Por lo visto se había olvidado de ellos. Sin que alcanzara a explicárselo, había tenido que realizar una tarea; había cumplido; ya estaba hecha, sanseacabó. Brincó y retozó por la casa hasta que, ya de noche, la obligué a subir. Se resistió. La llevé en

brazos donde estaban los gatitos. De mala gana se metió en el armario. Se negó a echarse para darles de mamar. La obligué. En cuanto me di la vuelta, los abandonó. Me quedé a su lado hasta que los amamantó.

Fui a prepararme para acostarme. Cuando regresé al dormitorio la encontré debajo de la sábana, dormida. Volví a llevarla con los gatitos. Los miró con las orejas echadas hacia atrás, y se habría marchado con toda tranquilidad si no me hubiera quedado a su lado, señalando con el dedo, en inexorable actitud de autoridad, a los gatitos. Se metió en el armario, se tumbó como diciendo: Si insistes. Cuando los gatitos se prendieron a los pezones el instinto entró en funcionamiento, aunque inútilmente, y ella ronroneó un ratito.

Pasó la noche saliendo del armario y echándose en mi cama, en su sitio habitual. En cada ocasión la obligué a volver. En cuanto me dormía, regresaba a la cama y los gatitos se quejaban.

Por la mañana ya había comprendido que era la responsable de los gatitos. Sin embargo, de haber dependido de ella, y de la gran Madre, la naturaleza, los habría dejado morir de hambre.

Al día siguiente, mientras almorzábamos, entró a la carrera con un gatito en la boca, sacudiéndolo arriba y abajo. Lo depositó en el centro de la cocina y subió a por los otros. Tras traer a los cuatro, uno a uno, se tumbó en el suelo junto a ellos. No estaba dispuesta a quedarse encerrada sin compañía, lo había decidido; durante el mes en que los gatitos fueron criaturas desvalidas, los de la casa, estuviéramos donde estuviésemos, vimos a la gata gris entrar al trote en el cuarto con ellos en la boca, zarandeándolos con lo que nos parecía una desidia atroz. Siempre que me despertaba por la noche la encontraba ovillada a mi lado, en silencio, y en silencio permanecía con la esperanza de que no reparara en ella. Al darse cuenta de que había advertido su presencia, ronroneaba confiando en que me ablandara, me lamía la cara y me mordisqueaba la nariz. De nada servía. Le ordenaba que volviera al armario y ella se iba de mal humor.

En resumidas cuentas, una madre desastrosa. Lo atribuimos a su corta edad. Al día siguiente de nacer los gatitos ya quiso jugar con ellos como acostumbran a hacer las gatas cuando las crías tienen un mes o cinco semanas. Vapuleaba con las enormes patas traseras una bola diminuta, un gatito, y lo mordisqueaba enfrascada en un tierno juego, cuando el pobre sólo quería aferrarse a las tetillas ofrecidas de mala gana. Un espectáculo triste, desde luego; y nos enfadábamos con ella; y luego nos echábamos a reír, pero eso era peor, porque no soportaba que nadie se riera de ella.

A pesar de los maltratos, aquella primera camada resultó encantadora, la mejor nacida en esta casa; cada una de las crías era una maravilla, incluso la copia del viejo Mefistófeles.

Un día subí y me lo encontré en el dormitorio. Mirando a los gatitos. La gata gris, por supuesto, no estaba. A unos palmos de distancia, con la cabeza adelantada, la boca abierta y babeante como de costumbre. No quería hacerles daño; sentía

curiosidad.

Siendo tan hermosos, los gatitos no tardaron en encontrar hogar. Pero a la postre fue una camada desgraciada. A los dieciocho meses todos habían acabado mal. El más querido, viva imagen de su madre, desapareció de su casa y no se le volvió a ver. Lo mismo ocurrió con el negro. Al pequeño Mefistófeles se lo llevaron, por su vigor y valentía, para que fuera gato de un almacén, pero murió de una enteritis felina. La minina morada, después de dar a luz a las crías más maravillosas que he visto —tres siameses perfectos, de color ocre y ojos rosados, y tres zarrapastrosos pilluelos londinenses—, se quedó sin casa. Aunque hemos oído decir que la han acogido en otra del barrio.

Decidimos que no debíamos permitir que la gata gris tuviera más gatitos. No estaba hecha para la maternidad. Pero llegamos tarde. Volvía a estar preñada. Y no de Mefistófeles.

Esta zona se conoce como el país de los gatos entre quienes los roban y comercian con ellos. Supongo que la recorren en coche y se llevan el primero que les guste y no esté a salvo en casa. Actúan por la noche; y resulta desagradable pensar en cómo consiguen los ladrones acallar a los animales para que no despierten a sus propietarios. Los vecinos de esta calle sospechan de los hospitales que nos rodean. Esos vivisectores han vuelto a las andadas, dicen; y tal vez tengan razón. En fin, una noche desaparecieron seis gatos, entre ellos Mefistófeles. Y la gata gris satisfizo su capricho: el joven tigre del chaleco de satén blanco.

El parto la cogió de nuevo por sorpresa, pero no tardó tanto en tranquilizarse. Una vez que hubo parido, bajó a la cocina y sólo regresó donde estaban los gatitos porque se lo ordenamos; pero creo que en general disfrutó con esa segunda camada. En esta ocasión las crías eran corrientes, bonitas mezclas de atigrado y de blanco atigrado, pero sin ninguna característica especial en la forma o el color, y costó más encontrarles casa.

Otoño, los senderos tapizados de hojas pardas del gran sicomoro: la gata enseñando a los cuatro gatitos a cazar, a acechar y saltar mientras caían las hojas, que hacían de ratones y pájaros..., y después las entraban en casa. Uno se dedicaba a destrozarse meticulosamente su hoja. Había heredado el rasgo más curioso de la gata gris, capaz de pasar media hora rasgando de manera metódica un periódico con los dientes, pedazo a pedazo. ¿Será una característica de los siameses? Una amiga mía tiene dos siameses. Cuando hay rosas en el piso, los gatos las sacan del jarrón con los dientes, las depositan en el suelo y les arrancan los pétalos, uno a uno, como si realizaran una ardua tarea ineludible. Tal vez en la naturaleza la hoja, el periódico, la rosa habrían sido materiales con que construir una guarida.

La gata gris disfrutó instruyendo a sus mininos en el arte de la caza. De haber sido gatos de campo habrían recibido una buena formación. También les enseñó a ser limpios: ni uno solo de ellos ensució nunca un rincón. Sin embargo, tiquismiquis como seguía siendo con la comida, no mostró ningún interés en enseñarles a comer.

Lo aprendieron por su cuenta.

De esta camada, uno se quedó en casa mucho más tiempo que los otros. Durante el invierno tuvimos dos gatos, la gata gris y su hijo, de un intenso naranja pardusco, con chaleco como su padre.

La gata gris se convirtió de nuevo en gatita y los dos pasaban los días jugando y dormían siempre abrazados. El joven macho era mucho más grande que su madre; pero ella lo intimidaba y le pegaba cada vez que la disgustaba. Pasaban largas horas tumbados lamiéndose la cara el uno al otro y ronroneando.



Él era un comilón, se lo tragaba todo. Nosotros confiamos en que viendo su ejemplo ella aprendiera a ser más razonable respecto a la comida, pero no fue así. Como acostumbran a hacer las gatas, dejaba que él, su hijo, comiera y bebiera

primero, y aguardaba agazapada. Al terminar él, se acercaba, husmeaba la comida de gato o las sobras, y venía a mí, a mordisquearme con delicadeza la pantorrilla para recordarme que ella comía conejo, carne o pescado crudos, en trocitos servidos debidamente en un platillo limpio.

Delante de su comida —de la que es acreedora, a la que tiene derecho— se agazapaba en actitud agresiva, lanzándole miradas furiosas a él, y comía una parte, sin prisa. Rara vez se acaba lo que se le pone; casi siempre deja un poco: buenos modales burgueses, que, vistos así, en otro contexto, con la gata gris, me parece por primera vez que deben de tener su base en una agresividad de lo más desagradable. «No voy a comérmelo todo: no tengo hambre, tú has guisado demasiado y es culpa tuya que sobre tanto». «He comido lo suficiente, no necesito todo esto». «Soy un ser delicado y superior y estoy por encima de cosas tan vulgares como la comida». Esto último es lo que dice la gata gris.

El joven macho comía lo que ella dejaba, sin reparar en que era mucho más sabroso que lo que le habíamos dado a él; y después se marchaban corriendo y se perseguían mutuamente por toda la casa y el jardín. O se sentaban a los pies de mi cama, a mirar por la ventana, lamiéndose el uno al otro de vez en cuando, ronroneando.

Aquella época fue el apogeo de la gata gris, el punto culminante de su encanto y de su dicha. No se sentía sola; su compañero no la amenazaba, pues ella lo dominaba. Y era tan bonita..., realmente muy bonita.

Como más hermosa estaba era sentada en la cama mirando por la ventana. Las dos patas delanteras, ocre y un tanto rayadas, se erguían rectas a cada lado, sobre zarpas plateadas. Las orejas, levemente ribeteadas de un blanco que parecía plata, se aguzaban y se movían, hacia atrás, hacia delante, escuchando, percibiendo. Volvía un poco la cabeza después de cada nueva sensación, alerta. Meneaba la cola, en otra dimensión, como si la punta captara mensajes que a los demás órganos les pasaran inadvertidos. Serena, ingrávida, miraba, escuchaba, percibía, olía, respiraba con todo su ser: el pelo, los bigotes, las orejas, todo en delicada vibración. Si el pez encarna el movimiento del agua, le da forma, entonces el gato es el esquema y modelo de la sutileza del aire.

Oh, gata, exclamaba yo, o la invocaba, ¡gata boniiiita! ¡Gata deliciosa! ¡Gata exquisita! ¡Gata de satén! ¡Gata suave como una lechuga, gata con patas de mariposa nocturna, gata enjoyada, milagro de gata! Gata, gata, gata, gata.

Al principio no me hacía caso; después volvía la cabeza con sedosa arrogancia, y con cada nombre laudatorio, con cada uno de ellos, entrecerraba los ojos. En cuanto yo terminaba ella bostezaba, lentamente, con afectación, mostrando una boca rosa como un helado y una rosada lengua enroscada.

O bien se agazapaba con parsimonia y me fascinaba con sus ojos. Yo los contemplaba: almendrados y con un fino trazo oscuro alrededor, rodeado a su vez de otro trazo color ocre. Debajo de cada uno, una pincelada oscura. Ojos verdes verdes.

Sin embargo, en la sombra, de un dorado oscuro y grisáceo; gata de ojos oscuros. Y en la luz, verdes, una esmeralda fría y clara. Tras las transparentes esferas de los ojos, pedacitos de una destellante ala vetada de mariposa. Alas como joyas: esencia de ala.

El insecto hoja no se distingue de una hoja... a primera vista. Pero con una mirada más atenta, la copia de una hoja es más hoja que la propia hoja: abarquillada, venosa, delicada, como si fuera obra de un orfebre, pero de un orfebre un poco burlón, por lo que el insecto bordea la mofa. Fíjate, dice el insecto hoja, el impostor: ¿Hay alguna hoja más exquisita que yo? Mira, si hasta donde he copiado las imperfecciones de la hoja soy perfecto. ¿Querrás volver a mirar una simple hoja después de verme a mí, el artificio?



En los ojos de la gata gris se percibía el lustre verde de las alas de una mariposa de jade, como si un artista hubiera dicho: ¿Qué puede ser más grácil, más delicado

que un gato? ¿Qué, con mayor propiedad, la criatura del aire? ¿Qué criatura del aire guarda afinidad con el gato? ¡La mariposa, claro, la mariposa! Idea que yace en el fondo de los ojos del gato, tan sólo insinuada, con una risita; oculta tras el fleco de pestañas, tras el fino párpado interno, ocre, y tras los subterfugios de la coquetería gatuna.

Gata gris, perfecta, exquisita, una reina; gata gris con vestigios de leopardo y serpiente; atisbos de mariposa y lechuza; un león en miniatura con garras aceradas para matar, gata gris llena de secretos, de afinidades, de misterios; gata gris que, con dieciocho meses, joven matrona en la flor de la vida, tuvo una tercera camada, esta vez del gato gris y blanco, al que el miedo había impedido bajar de la tapia durante el reinado del rey. Parió cuatro gatitos, y su hijo permaneció todo el parto a su lado, observándola, lamiéndola durante las pausas y lamiendo a las crías. Después trató de colarse con ellos en el armario, muestra de infantilismo que le valió un sopapo.

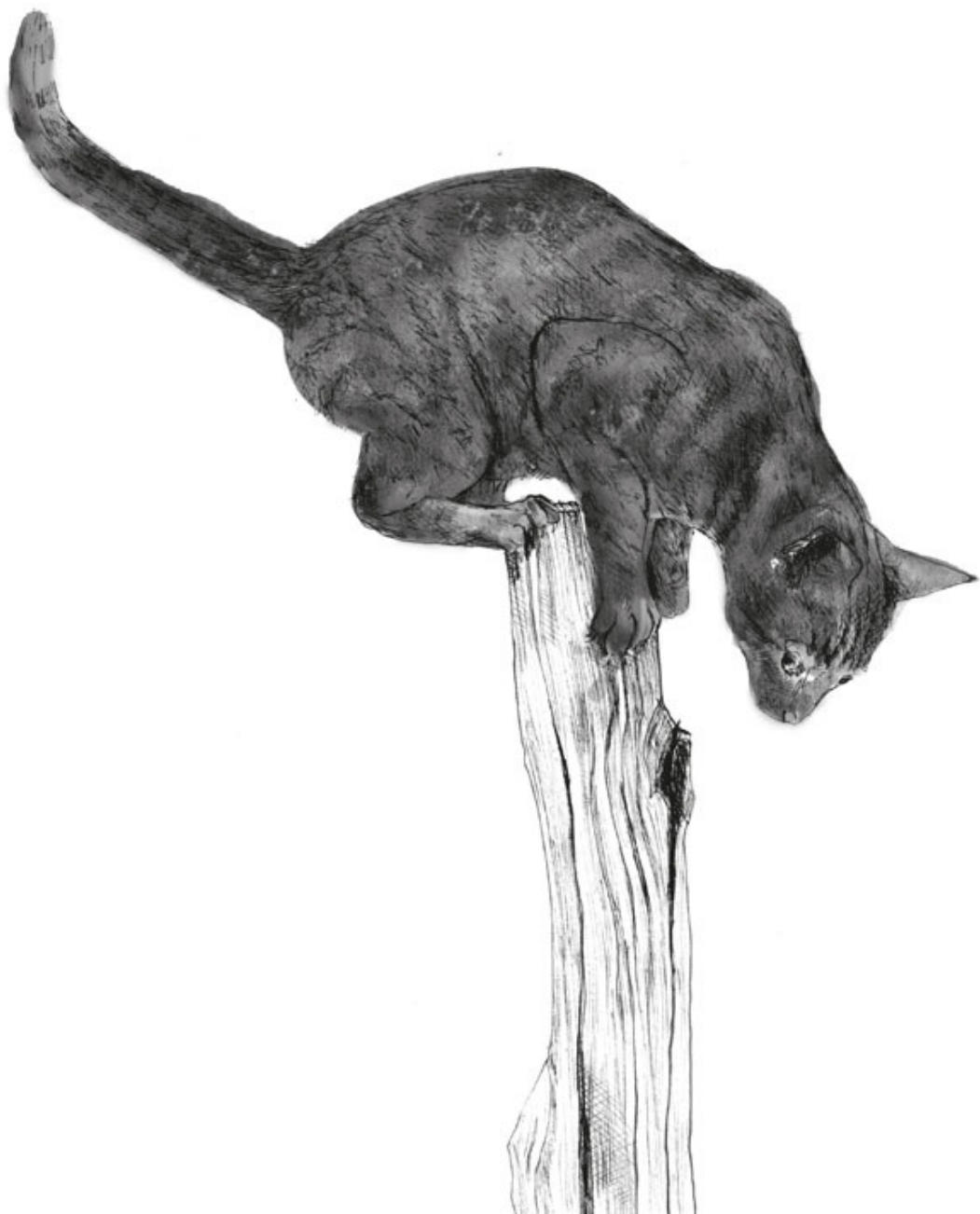
Capítulo 5

Volvía a ser primavera, la puerta de atrás se dejaba abierta y la gata gris, su hijo mayor y los cuatro gatitos disfrutaban en el jardín. Pero ella prefería la compañía del hijo a la de las crías; y de hecho escandalizó una vez más a S. porque, apenas terminó de parir, se levantó, abandonó a los recién nacidos y se arrojó en los brazos del hijo mayor, con el que rodó y rodó ronroneando.

Él desempeñó el papel de padre de la camada; los crió en la misma medida que ella.

Entretanto había asomado, tenue y camuflada, como suele ocurrir con las primeras señales del futuro, la sombra del fin de la gata gris reinando como única soberana de la casa.

Arriba, en el mundo de los humanos, tormentas, emociones y dramas espantosos; y con el verano vino a casa una muchacha rubia hermosa y triste, que tenía una preciosa gata gris muy elegante, casi un cachorro en realidad, y esta forastera se instaló en el sótano, sólo por una temporada, naturalmente, porque su casa aún no estaba disponible.



La gatita negra tenía un collar y una correa rojos, y en esa fase de su vida no era más que un accesorio y elemento decorativo para la bella muchacha. Se la mantuvo bien alejada de la reina de arriba; no había que permitir que se vieran.

Entonces, de golpe y porrazo, las cosas se torcieron para la gata gris. Su hijo, reclamado por la persona para quien estaba reservado, se fue a vivir a Kensington. Los cuatro gatitos se marcharon a sus nuevos hogares. Y nosotros decidimos que ya era suficiente, que no debía tener más gatitos.

Yo no sabía lo que implicaba castrar una gata. Conocidos míos habían «esterilizado» a sus gatas y gatos. Cuando consulté en la RSPCA, me lo recomendaron encarecidamente. Es comprensible: cada semana tienen que matar centenares de gatos sin hogar, cada uno de los cuales fue —supongo— el «Oh, gatito precioso» de alguien..., hasta que creció. No obstante, en la voz de las señoras de la RSPCA detecté el mismo dejo que captaba en la mujer del colmado, quien, al verme ir por ahí en busca de un hogar para los gatitos recién nacidos, siempre me decía: «¿Todavía no la ha esterilizado? Mira que obligarla a pasar por eso, pobrecita, me parece cruel». «Pero tener gatitos es natural», afirmaba yo, hipócrita, sabiendo que los instintos maternales de la gata gris no habían sido precisamente espontáneos.

Mis relaciones con las señoras del barrio se han basado sobre todo en los gatos: gatos perdidos o que visitan una casa, cachorros a los que los niños quieren ver, o gatitos destinados a ser suyos. Y ni una sola de ellas ha dejado de afirmar que es cruel permitir que una gata tenga crías; lo han dicho con vehemencia, con tono histérico, o por lo menos con la huraña animosidad de mi madre en momentos de desesperación: «A ti todo te parece bien, ¿eh?».

El viejo solterón de la verdulería —ahora cerrada por la presión del supermercado y porque el hombre decía que se trataba de un negocio familiar y él no tenía familia—, un anciano rechoncho con mejillas de un rojo violáceo, casi negras, como la anciana de las carretas de fruta y verduras, decía de las mujeres: «No paran de tener críos y luego no los cuidan». Él no tenía hijos y se permitía juzgar la actitud de los demás.

En cambio tenía una madre muy vieja, de más de ochenta años, postrada en la cama, a quien había que hacerle todo, y era él quien se ocupaba de ella. Su hermano y sus tres hermanas estaban casados y tenían hijos, por lo que decidieron que le tocaba a él, el hermano soltero, atender a la anciana madre, puesto que ellos ya tenían bastante trabajo con los hijos.

En su minúscula tienda, plantado detrás de cajas de nabos, boniatos, patatas, cebollas, zanahorias, coles —otras verduras, en estos barrios, sólo pueden conseguirse congeladas—, veía a los niños corriendo por la calle y criticaba a sus madres.

Él defendía que se esterilizara a la gata gris. En el mundo había demasiada gente, demasiados animales, insuficiente comida, nadie compraba nada en esos tiempos, ¿adónde iríamos a parar?

Telefoneé a tres veterinarios para preguntar si era necesario extirpar a la gata el útero y las trompas; ¿no podían ligarle las trompas y dejarle al menos el sexo? Los tres afirmaron categóricamente que era mejor extirparlo todo. «Dejarla limpia», dijo

uno; la misma expresión que un ginecólogo empleó con una amiga mía. «Lo extirparé todo y la dejaré limpia», le dijo.

Muy interesante.

En Portugal, según cuentan H. y S., que son portugueses, cuando las señoras de la burguesía se reúnen en una casa para tomar el té, hablan de sus intervenciones quirúrgicas y de sus problemas femeninos. Para referirse a estos órganos se sirven de la misma palabra con que se alude a los despojos de los animales: las tripas: «Mis tripas, tus tripas, sus tripas».

Verdaderamente interesante.

Metí a la gata gris en la cesta para gatos y la llevé al veterinario. Era la primera vez que la encerrábamos, y se quejó; se sentía herida en su dignidad y su amor propio. La dejé y fui a recogerla por la tarde.

La encontré en la cesta, oliendo a éter, lacia, mareada, con náuseas. Le habían afeitado un buen pedazo de un costado, de modo que se veía el gris blancuzco de la piel, atravesada por una raja de dos pulgadas cosida meticulosamente con hilo de sutura. Me miró con los ojos muy abiertos, oscuros, asustados. Se daba perfecta cuenta de que la habían traicionado. La había vendido una amiga, la persona que le daba de comer y la protegía, cuya cama compartía. Le habían hecho algo terrible. No soporté mirarla a los ojos. La llevé a casa en taxi y gimió durante todo el trayecto: un sonido de desesperación, impotencia y terror. En casa la puse en otra cesta, no en la cesta para gatos, impregnada de los recuerdos del veterinario y del sufrimiento. La arropé, la arrimé al radiador y me senté a su lado. No es que estuviera enferma ni en peligro. Estaba conmocionada. Creo que ningún ser puede «superar» una experiencia semejante.



Allí permaneció dos días, sin moverse. Luego, con dificultad, fue a usar la caja del serrín. Bebió un poco de leche y regresó a rastras para tumbarse.

Al cabo de una semana comenzó a crecerle el pelo en el feo pedazo de piel

afeitada. A los pocos días tuve que volver a llevarla al veterinario para que le quitara los puntos. Este viaje fue peor que el primero, porque comprendió que la cesta y los movimientos del coche significaban miedo y dolor.

Gritó y se debatió en la cesta. El taxista, servicial como todos los de su profesión, según mi experiencia, paró el vehículo un rato para que intentara tranquilizarla, pero al final decidimos que lo mejor era terminar cuanto antes. Esperé mientras le quitaban los puntos. La metí en la cesta a la fuerza y volvimos a casa en el mismo taxi. Se meó de miedo y lloró.

El taxista, amante de los gatos, se preguntó por qué los veterinarios no inventaban un anticonceptivo para ellos. No era justo, afirmó, que les despojáramos de su verdadera naturaleza por comodidad nuestra.

Cuando cerré la puerta de casa y abrí la cesta, la gata gris, recuperado el movimiento, huyó al jardín y se subió a la tapia, bajo el árbol, de nuevo con los ojos muy abiertos y atónitos. De noche entró para comer. Y no durmió en mi cama, sino en el sofá. Durante varios días no se dejó acariciar.

En el transcurso del mes que siguió a la operación, cambió de forma. Perdió —no de manera gradual, sino con rapidez— su esbeltez, su gracia, y toda ella se volvió basta. Sus ojos perdieron la tersura casi imperceptiblemente, se le arrugaron; se le ensanchó la cara. De pronto se convirtió en una gata rechoncha, aunque bonita.

En cuanto a la transformación del carácter, bueno, es posible, es probable que se debiera en parte a los otros reveses que le dio la vida en aquella misma época: la pérdida del amigo, del gato joven, la de los gatitos, y la llegada de la gata negra.

El hecho es que cambió. Su seguridad en sí misma se vio afectada. La despótica belleza de la casa se esfumó. El encanto imperioso, los conmovedores trucos con la cabeza y los ojos..., todo desapareció. Por supuesto, retomó las antiguas zalamerías, volvió a revolcarse de espaldas para que la admiráramos, a arrastrarse por debajo del sofá, pero de manera vacilante durante mucho tiempo. Ya no estaba segura de que sus gracias gustaran. Durante una larga temporada se sintió insegura de todo. Y por eso ponía más empeño. Una nota estridente surgió en su carácter. Se mostraba picajosa respecto a sus derechos. Se volvió rencorosa. Había que seguirle la corriente. Tenía mal genio con sus antiguos admiradores, los machos de las tapias. En una palabra, se convirtió en una gata solterona. Es espantoso lo que les hacemos a estos animales. Pero supongo que no hay más remedio.

La gatita negra se quedó sin casa por una serie de tristes motivos y vino a vivir a la nuestra. En aras de la armonía habría sido mejor que fuera macho. Las dos se enfrentaron como enemigas, pasaron horas agazapadas mirándose la una a la otra.

La gata gris, que tenía la mitad de un costado aún hirsuto por obra de la navaja de afeitar, que se negaba a dormir en mi cama, que se negaba a comer hasta que la convencíamos con mimos, que se sentía desdichada e insegura, tenía muy clara una cosa: no permitiría que la gata negra la desbancara.

La gata negra, por su parte, sabía que se quedaría a vivir aquí y no estaba

dispuesta a que la echaran. No luchó; la gata gris era más grande y más fuerte. Se instaló en un rincón del sofá, con la espalda protegida por la pared, y no quitó ojo a la gata gris.

Cuando su enemiga se fue a dormir, la gata negra comió y bebió. Después recorrió el jardín, que había conocido un poco sujeta al extremo de la elegante correa con collar, y lo examinó con sumo detenimiento. A continuación inspeccionó la casa, todos los pisos. Decidió que mi cama sería su sitio. En vista de lo cual la gata gris saltó bufando, la ahuyentó y retomó su lugar en el lecho. La gata negra se instaló en el sofá.

El carácter de la gata negra es muy diferente al de la gata gris. Es un animalito modesto, testarudo, formal. No supo qué es la coquetería hasta que conoció a la gata gris; no hacía poses, no flirteaba, no se revolcaba, no correteaba ni presumía.

Sabía que no era el primer gato de la casa; que la gata gris mandaba. Pero como segunda gata tenía sus derechos, y los defendió. Nunca llegaron a pelearse físicamente. Libraron impresionantes duelos con los ojos. Cada una se situaba en un extremo de la cocina; ojos verdes y ojos amarillos mirándose de hito en hito. Si la gata negra rebasaba el límite de lo que la gata gris consideraba tolerable, ésta lanzaba un tenue gruñido y realizaba sutiles movimientos amenazadores con los músculos. La gata negra desistía. La gata gris dormía en mi cama; a la gata negra le estaba prohibido. La gata gris podía sentarse sobre la mesa; la gata negra, no. La gata gris era la primera en aparecer junto a la puerta cuando venían visitas. Y se negaba a comer si no era por separado, en un platillo recién lavado, con comida recién cortada y en un sitio nuevo de la cocina. Para la gata negra, el viejo rincón de la comida era más que suficiente.

La gata negra lo aceptaba todo y con los seres humanos de la casa se mostraba moderadamente cariñosa; se nos enroscaba en las piernas, ronroneaba, hablaba —también es medio siamesa—, pero sin quitarle ojo a la gata gris.

Este comportamiento no encajaba con su aspecto. La belleza y la conducta de la gata gris han ido siempre de la mano; su belleza ha dictado su carácter.

En cambio, la gata negra es ambigua. Por ejemplo, su tamaño. Es pequeña y delgada. Cuando está embarazada resulta increíble que en su cuerpo haya espacio para los gatitos. Pero cógela: pesa; es maciza, un animalito fuerte y compacto. No parece en absoluto modesta, ni doméstica; ni tan maternal como luego demostró ser.

Es elegante. Tiene el perfil noble y curvo, como los gatos de las tumbas. Cuando se sienta erguida, con las patas juntas, mirando con fijeza, o cuando se agazapa, con los ojos medio velados, se la ve serena, remota, replegada en un lugar distante de su interior. En esos momentos resulta sombría, inspira temor. Y es negra, negra, negra. Relucientes bigotes negros, pestañas negras, ni un solo pelo blanco en todo el cuerpo. Si el artífice de la gata gris fue un maestro de la sutileza, de los detalles tiernos, el de la gata negra afirmó: Crearé un gato negro, la quintaesencia del gato negro, un gato del Inframundo.

Las contrincantes tardaron dos semanas en establecer las normas de precedencia. Jamás se tocaban, jugaban ni se lamían mutuamente; crearon un equilibrio en el que siempre eran conscientes de la presencia de la otra, con una hostilidad vigilante. Y resultaba triste recordar cómo la gata gris y su hijo mayor habían jugado, se habían aseado el uno al otro y habían enroscado sus cuerpos. Tal vez, pensamos, con el tiempo ellas también aprenderían a quererse.



Entonces la gata negra enfermó y la pobre gata gris perdió por completo la posición por la que con tanto ahínco había luchado.

La gata negra pilló un resfriado, pensé. Tenía los intestinos revueltos; salía muy a

menudo al jardín. Vomitó varias veces.

Si la hubiera llevado enseguida al veterinario, no se habría puesto tan mala. Tenía enteritis; pero yo no sabía lo grave que es ni que muy pocos gatos salen con vida de ella, sobre todo si son pequeños. La segunda noche de la enfermedad, me desperté y la vi agazapada en un rincón, tosiendo, me pareció al principio. Pero lo que pasaba es que trataba de vomitar..., sin nada ya que arrojar. Tenía las mandíbulas y la boca cubiertas de espuma blanca, una espuma pegajosa que costaba retirar. Se la limpié con agua. Volvió al rincón, donde se quedó agazapada, con la mirada fija al frente. Su actitud resultaba inquietante: inmóvil, paciente, y sin intención de dormir. Aguardando.

Por la mañana la llevé al hospital de gatos del barrio, llena de remordimientos por no haberla llevado antes. Estaba muy enferma, afirmaron; y por la forma en que me lo dijeron comprendí que no esperaban que sobreviviera. Estaba muy deshidratada y tenía muchísima fiebre. Le pusieron una inyección para bajarle la temperatura y me recomendaron que la obligara a tomar líquidos, si podía. Se negaba a beber, expliqué. Claro, les ocurría a todos, dijeron, pasada cierta fase de la enfermedad era uno de los síntomas más característicos; los gatos deciden morir. Se arrastran a un lugar fresco, por el calor de la sangre, se agazapan y esperan la muerte.

Cuando llegamos a casa salió, consumida, al jardín. Había empezado el otoño y hacía frío. Se agazapó contra el frío de la tapia, sobre la gélida tierra, en la paciente actitud de espera de la noche anterior.

La entré y la puse sobre una manta, no muy cerca del radiador. Volvió a salir al jardín; la misma postura, la misma actitud paciente, mortal.

La metí de nuevo en casa y la encerré. Se arrastró hasta la puerta y ahí se quedó, con la nariz pegada a ella, aguardando la muerte.

Le ofrecí agua, agua con glucosa, jugos de carne. No es que los rechazara, es que ni los veía; la comida era algo totalmente superado. No deseaba regresar; no quería.

Al día siguiente me dijeron en el hospital que seguía teniendo mucha fiebre. Que no le había bajado. Y que debía beber.

La llevé a casa y reflexioné. Era evidente que mantenerla viva exigiría dedicación las veinticuatro del día. Y yo estaba muy atareada. Y, como señalaban los otros moradores de la casa, a fin de cuentas era un gato.

Pero era algo más que un gato. Por una serie de razones, humanas todas ellas y sin relación con la gata negra, no podía dejarla morir.

Preparé una repugnante solución con glucosa, sangre y agua y luché con la gata negra.

Se negó a abrir la boca para tomarla. Una criaturita febril, liviana como una sombra, que había perdido toda la sana firmeza de la carne, sentada, mejor dicho, derrumbada en mi regazo, apretando los dientes contra la cuchara. Era la fuerza de la debilidad: No, no, no.

Utilizando los colmillos a modo de palancas la obligué a separar los dientes. El

líquido le llegó a la garganta, pero no se lo tragó. Le mantuve las mandíbulas abiertas y el líquido salió por las comisuras de la boca. De todas maneras algo debió de entrarle, porque tras la tercera, cuarta, quinta cucharadas hizo un tenue movimiento de tragar.

Conque ya estaba. Cada media hora levantaba a la pobrecita del rincón y la obligaba a tragar líquido. Temía hacerle daño en la mandíbula, por la fuerza que aplicaba sobre los dientes. Es probable que le doliera mucho.

Aquella noche la puse a dormir en la cama, a mi lado, y la desperté cada hora. Aunque en realidad ella no dormía. Estaba agazapada, rodeada de las ondas de calor de fiebre que despedía, con los ojos entreabiertos, sufriendo el fin de su vida.

Al día siguiente la fiebre continuaba alta. Pero al otro día bajó, y en la clínica le recetaron inyecciones de glucosa. Cada una le dejaba un gran bulto blando bajo el pelo rígido. A ella le traía sin cuidado; todo le importaba un comino.

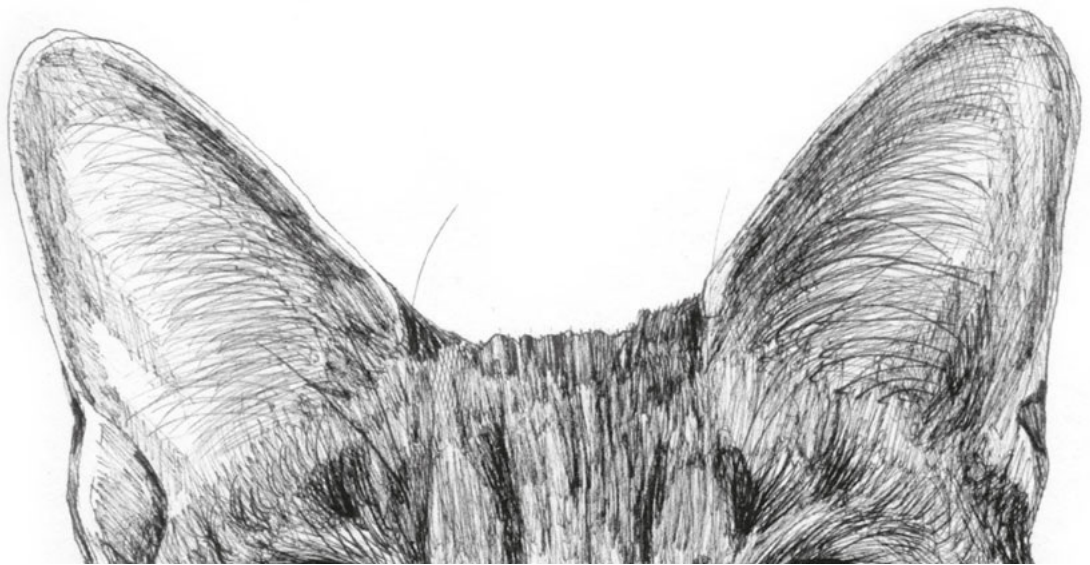
Desaparecida la fiebre, empezó a tener mucho frío. La envolví en una toalla vieja y la puse cerca del radiador. Cada media hora, la gata negra y yo librábamos una batalla. O, mejor dicho, su propósito de morir se enfrentaba con mi propósito de salvarle la vida.

Por la noche se agazapaba a mi lado en la cama, temblando con el triste y tenue temblor interior de la debilidad extrema, tapada con una toalla. No se movía de donde yo la dejaba; no tenía fuerza ni para moverse. Sin embargo, se negaba a abrir la boca para tomar líquidos. Se negaba en redondo. Las fuerzas que le quedaban se concentraban en aquel no.



Pasaron diez días. La llevé a diario al hospital. Era un hospital docente, donde los veterinarios jóvenes realizaban prácticas. Los vecinos del barrio llevaban perros y gatos cada mañana, de nueve a doce. Nos sentábamos en bancos colocados en hileras en una espaciosa sala de espera muy austera, con animales enfermos que se ponían nerviosos, gemían, ladraban. A cuenta de sus enfermedades se fraguaban amistades.

En mi recuerdo perviven toda clase de episodios tristes, de poca monta. Por ejemplo, el de la mujer de mediana edad, pelo teñido de rubio y rostro ajado. Tenía un enorme perro hermosísimo, lustroso por lo bien alimentado y cuidado que estaba. No debía de pasarle nada grave a aquel perrazo, tan alegre, ladrador y ufano. La mujer llevaba un traje ligero, siempre el mismo, sin abrigo. Hacía un poco de frío, no mucho, y los demás llevábamos trajes ligeros o jerséis. Pero ella no paraba de temblar; en sus brazos y piernas se echaba de menos la carne. Saltaba a la vista que no comía lo suficiente y que dedicaba al perro todo el dinero y el tiempo de que disponía. Alimentar a un perro de aquel tamaño sale muy caro. Un gato cuesta, calculo, diez chelines a la semana, sin mimarlo, como los dos nuestros. La vida de aquella mujer era el perro. Y me parece que todos se dieron cuenta. Los vecinos de este barrio son pobres en su mayoría; por la forma en que miraron a la pobre mujer, que titiritaba junto a aquel animal bien cuidado, y le propusieron que se saltara la cola para guarecerse del frío en el umbral mientras esperábamos a que abrieran las puertas, era obvio que se compadecieron de ella al comprender su situación.



Y un episodio opuesto, al menos en apariencia. Un bulldog gordo —gordísimo, con michelines por todas partes— llevado al hospital por un niño gordo de unos doce años. Los veterinarios examinaron al animal colocado en la mesa de exploración y le explicaron al niño que los perros tienen que comer cierta cantidad y sólo una vez al día: lo único que le ocurría al perro era que estaba sobrealimentado. Y no había que darle pasteles ni pan ni caramelos ni... El niño gordo repetía una y otra vez que iría a casa a decírselo a su madre, que se lo diría a su madre; pero que ella quería saber por qué el perro, que sólo tenía dos años, jadeaba y resollaba y no corría ni jugaba ni ladraba como los otros. Bueno, le decían los veterinarios con suma paciencia, era tan fácil sobrealimentar a un animal como no alimentarlo debidamente. Mira, si les das de comer demasiado...

Poseen una paciencia extraordinaria, y son muy amables. Y tienen mucho tacto. Cuando han de hacer a los animales algo que quizá disguste a los dueños, los llevan a otro cuarto y cierran la puerta. A la pobre gata negra se la llevaron para pincharla y al cabo de veinte minutos, de media hora, me la devolvieron con aquel bulto de agua subcutánea bajo el pelo sucio y tieso.



Hacía varios días que no se lamía, que no se lavaba. No podía moverse. No mejoraba. Si mis cuidados, si las técnicas de la clínica no surtían efecto, en fin, tal vez más valiera dejarla morir, puesto que era lo que ella quería. Pasaba los días debajo del radiador. Tenía el pelaje como el de un gato muerto, cubierto de polvo y borra; los ojos viscosos; el pelo en torno a la boca apelmazado por la glucosa que yo trataba de hacerle tragar.

Reflexioné sobre lo que es guardar cama cuando estamos enfermos, el sentimiento de irritación y de malestar, el odio que acabamos sintiendo hacia nosotros mismos, hasta el punto de que cuesta distinguirlo de la propia enfermedad. El pelo necesita un lavado; se percibe el olor ácido de la enfermedad en el aliento, en la piel. Da la impresión de que estemos encerrados en una concha de enfermedad, en un miasma de enfermedad. Entonces llega la enfermera, nos lava la cara, nos peina y retira las sábanas malolientes.

No, claro, los gatos no son personas; las personas no son gatos; aun así, me costaba creer que un animalito tan repulido como la gata negra no sufriera sabiendo lo sucia que estaba y lo mal que olía.

Sin embargo, no se puede lavar a un gato. Primero cogí una toalla fina, la metí en agua caliente, la escurrí bien y se la pasé por todo el cuerpo, con delicadeza, para eliminar la suciedad, la borra y la viscosidad. Tardé bastante rato. Ella permaneció en actitud pasiva, seguramente sufriendo porque en la piel tenía muchos pinchazos de las inyecciones. Cuando estuvo bien calentita, pelo, orejas y ojos, la sequé con una toalla caliente.

A continuación —y me parece que esto fue decisivo— me calenté las manos sumergiéndolas en agua caliente y le restregué todo el cuerpo, muy despacio. Mi intención era impregnar de vida su gélido cuerpo. Las friegas duraron bastante rato, media hora más o menos.

Cuando terminé, la arrojé con una toalla limpia y caliente. Y entonces, tiesa y lenta, se levantó y atravesó la cocina. No tardó en agazaparse de nuevo, una vez desvanecido el impulso de moverse. Pero había caminado, y por voluntad propia.

Al día siguiente pregunté a los veterinarios si las friegas podían haber tenido algún efecto. Dijeron que probablemente no; lo atribuyeron a las inyecciones. Fuera lo que fuese, no cabe duda de que la posibilidad de que se salvara surgió después de lavarla y frotarla. Durante otros diez días le administraron glucosa en la clínica; la obligué a tragar las repugnantes pociones de jugos de carne, agua y glucosa; le di friegas y la cepillé dos veces al día.

Entretanto la pobre gata gris estuvo arrinconada. Lo primero es lo primero. La gata negra necesitaba tantos cuidados que pocos podían dispensarse a la gata gris. Pero ella no estaba dispuesta a aceptar migajas, a ser plato de segunda mesa. Se limitó a mantenerse al margen, física y emocionalmente, y a observar. De vez en cuando se acercaba con cautela a la gata negra, que a efectos prácticos ya era un cadáver, la husmeaba y se marchaba. En ocasiones se le erizaba el pelo al olisquearla. Un par de veces, en el período en que la gata negra salía al frío del jardín con la intención de morir, la gata gris la siguió, se sentó a unos pasos de ella y la observó. Pero nunca dio la impresión de mostrarse hostil; jamás trató de hacerle daño.

Durante todo ese tiempo la gata gris no jugó, no hizo ninguna de sus monerías ni exigió nada especial para comer. No recibía caricias y dormía en el suelo, en un rincón del dormitorio, no hecha un ovillo voluptuoso, sino agazapada para observar la cama donde se cuidaba a la gata negra.

Por fin la gata negra dio señales de recuperación, y entonces comenzó lo peor..., es decir, desde el punto de vista del ser humano. Y quizá también para la gata negra, obligada a vivir contra su voluntad. Era como un gatito recién nacido que debe hacerlo todo por primera vez, o como una persona muy anciana. No controlaba los intestinos; al parecer había olvidado para qué servía la caja del serrín. Comía con gran dificultad, con torpeza, y lo ensuciaba todo. Y en el sitio menos pensado se desplomaba de pronto y se quedaba agazapada con la vista clavada al frente. Daba mucha pena; un animalito enfermo y distante, que siempre estaba sentado en una postura rígida, que nunca se revolcaba ni se estiraba. Y con la mirada fija...; parecía un gato muerto, con la mirada fija, distante. Durante una temporada llegué a pensar que se había vuelto un poco loca.

Con todo, se recuperó. Dejó de ensuciar el suelo. Comió. Y un buen día, en vez de agazaparse al acecho como hasta entonces, recordó que también sabía enroscarse. No le resultó fácil ni le salió a la primera. Realizó dos o tres intentos, como si los músculos no se acordaran de cómo se hacía. Después se ovilló, con la nariz pegada a la cola, y se durmió. Volvió a ser gato.

Pero todavía no había llegado a lamerse. Traté de recordárselo cogiéndole una patita y pasándosela por la cara, pero ella la bajó. Era demasiado pronto.

Tuve que marcharme de viaje, unas seis semanas, y dejé las gatas al cuidado de una amiga.

Al regresar entré en la cocina y vi a la gata gris sentada en la mesa, de nuevo al mando. Y en el suelo estaba la gata negra, reluciente, lustrosa, limpia y ronroneando.

Se había restablecido el equilibrio de poder. Y la gata negra ya no se acordaba de que había estado enferma. No mucho, por lo menos. Sus músculos no se han recuperado del todo. Las patas traseras le quedaron un poco tiesas; no salta con mucho garbo, aunque tampoco lo hace mal del todo. En el lomo, cerca de la cola, tiene una zona con poco pelo. Y en el cerebro guarda el recuerdo de aquellas semanas. Un año después tuve que llevarla a la clínica por una infección leve de oído. No le importó que la transportara en la cesta. Tampoco le importó estar en la sala de espera. Pero en cuanto entró en la de diagnóstico se puso a temblar y a salivar. La llevaron al otro cuarto, donde le habían puesto las inyecciones, para limpiarle los oídos, y cuando me la devolvieron estaba rígida de miedo y babeaba mucho, y luego pasó varias horas temblando. Pero es una gata normal, con los instintos normales.

Capítulo 6

Tal vez porque estuvo tan cerca de la muerte, los apetitos de la gata negra son enormes: en ella observamos el restablecimiento de un equilibrio.

Come tres o cuatro veces más que la gata gris y cuando está en celo es tremenda. La gata gris expresaba su lascivia de manera voluptuosa. La gata negra se convierte en una obsesa. Durante cuatro o cinco días los humanos observamos, impresionados, la determinación de esta fuerza de la naturaleza. La gata negra anuncia el inicio de su necesidad de un macho ronroneando, revolcándose y exigiendo que la acaricien, todo de forma frenética. Hace el amor con nuestros pies, con la alfombra, con una mano. Aúlla en el jardín. Se queja a grito pelado de que no basta, no basta..., hasta que el sexo deja de interesarla, porque ya es madre, al cien por cien y con dedicación plena, sin sentir nunca el impulso de hacer otra cosa.

El padre de la primera camada de la gata negra fue un gato nuevo, un joven atigrado. Aquel verano se había renovado la población felina. Los vivisectores, o los comerciantes de piel de gato, habían efectuado una cacería en nuestra manzana y en una noche desaparecieron seis gatos.

Estaban disponibles el hermoso atigrado; un gato blanco y negro de pelo largo; un gato blanco con manchas grises. Ella se encaprichó del atigrado, y lo consiguió. Con algún complemento. Al final de su segundo día de celo, observé la siguiente escena.

La gata negra había pasado varias horas debajo del macho atigrado. Entró corriendo en el recibidor, deseando que él la persiguiera. Rodó por el suelo, aguardando. El atigrado entró, la miró, la lamió y, como ella continuaba rodando e incitando, le puso una pata encima para inmovilizarla, como diciendo: estate quieta un momento. Indulgente, afectuoso, se agazapó con la pata encima de la tenaz gatita. Ella se retorció y suplicó. Calla, le dijo él. Entonces ella logró escurrirse y corrió al jardín, volviendo la cabeza a ver si él la seguía. Él la siguió, sin prisas. En el jardín esperaba el gato blanco y negro. La gata se revolcó y tentó al atigrado, que, en apariencia indiferente, se lamía el pelo. Pero no dejaba de observarla. Ella empezó a revolcarse delante del gato blanco y negro. El atigrado se acercó y se quedó cerca de la pareja, al acecho. Permaneció agazapado, observando cómo se apareaban. Acabaron enseguida. Cuando ella se libró de su nuevo compañero, con el que se había juntado por mera coquetería, el atigrado castigó su infidelidad con un sopapo. Y a continuación la montó. En ningún momento dio muestras de fijarse en el gato blanco y negro ni de querer escarmentarlo. Durante tres o cuatro días éste se turnó con él para copular con la gata negra, que en cada ocasión recibió un sopapo, aunque no muy fuerte.

Las gatas tienen el útero doble, como las conejas. La gata negra dio a luz seis gatitos: uno gris, dos negros y tres blancos y negros. De modo que por lo visto el compañero suplente tuvo mayor impacto en las crías que el atigrado, el favorito.

Al igual que la gata gris, la negra se ha alejado de la ley natural que dicta que los gatitos han de nacer en un rincón oscuro y escondido. Le gusta parir en un lugar donde siempre haya alguien. En aquella época ocupaba la habitación de la buhardilla una joven que preparaba exámenes y que, por tanto, salía poco. La gata negra escogió el sillón de piel de la chica y dio a luz en presencia de la gata gris. Ésta se encaramó un par de veces al brazo del sillón y alargó una patita para tocar a uno de los recién nacidos. Pero en este campo, el de la maternidad, la gata negra se siente muy segura y domina a la gata gris, a la que mandó bajar.

Los gatitos nacieron bien, sin complicaciones y con rapidez. Como siempre, a medida que aparecían, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, vivíamos la terrible experiencia de desear que cada uno fuera el último, que por una vez la gata sólo tuviera dos, quizá tres. Como de costumbre, decidimos que tres bastarían, que nos desharíamos del resto, pero al verlos limpios, enderezados, con las patitas delanteras sobre el pecho de mamá, que, orgullosa de sí misma, los amamantaba con brío sin dejar de ronronear, comprendimos que no podíamos matarlos.

A diferencia de la gata gris, no soportaba dejarlos solos; y se sentía de lo más complacida siempre que cuatro o cinco personas se acercaban al sillón a admirarla. Cuando la gata gris bosteza en reconocimiento del homenaje que se le tributa, lo hace con insolencia y languidez. La gata negra, rodeada de gatitos, cada vez que le dicen que es lista y bella, bosteza contenta, sin vanidad ni timidez, con la boca y la lengua intensamente rosadas sobre el pelo negro, negro.

Cuando la gata negra es madre, no tiene miedo a nada. Si en la casa hay gatitos y entran gatos extraños, se precipita por las escaleras y los persigue aullando; ellos escapan a la carrera y saltan las tapias.

En cambio la gata gris, al aparecer un gato inoportuno, gruñe y lo amenaza y le advierte hasta que llega un ser humano. Entonces se siente respaldada y arranca a correr tras el intruso..., pero nunca antes. Si no acude nadie, espera a que aparezca la gata negra. Esta ataca; después lo hace la otra. La gata negra vuelve trotando a casa, decidida, a lo suyo, misión cumplida; la gata gris, cobarde, regresa con paso tranquilo, se detiene a lamerse y grita desafiante desde detrás de nuestras piernas o de una puerta.

Cuando la gata negra está ocupada con sus gatitos, la gris vuelve a ser casi, no del todo, la de antes. De noche se pasea por mi cama en busca de un sitio que le agrade, no debajo de la sábana ni sobre un hombro como antes, sino en el ángulo que forman mis rodillas o recostada en la curva de los pies. Me lame la cara, con delicadeza, contempla un instante la noche por la ventana, fijándose en el árbol, la luna, las estrellas, los vientos o los amores de los otros gatos, de los que tan distante se siente ya, y se acomoda. Por la mañana, cuando desea que me despierte, se agazapa sobre mi pecho y me toca la cara con la patita. Si estoy tumbada de lado, se agacha a mirarme. Suaves, suavísimas caricias con la patita. Abro los ojos, digo que no quiero levantarme. Los cierro. La gata me toca con cuidado los párpados. La gata me lame la

nariz. La gata ronronea a dos pulgadas de mi cara. Me hago la dormida y la gata me muerde con delicadeza la nariz. Me río y me incorporo. Entonces salta de la cama y baja como un rayo la escalera..., para que le abra la puerta trasera si es invierno, para que le ponga de comer si es verano.

La gata negra baja de la habitación de arriba cuando juzga que es hora de levantarse, y se sienta en el suelo a mirarme. A veces noto la mirada fija de sus ojos amarillos. Se sube a la cama. La gata gris gruñe un poco. Pero la gata negra, con la fuerza que le dan sus crías, conoce sus derechos y no se asusta. Camina hasta el pie de la cama, lo cruza y avanza por el lado de la pared sin hacer caso de la gata gris. Se sienta a esperar. Las dos se miran, un intercambio de largas miradas verdes y amarillas. Si no me levanto, la gata negra salta limpiamente sobre mí y luego al suelo. Mira a ver si el movimiento me ha despertado. Si no ha surtido efecto, lo repite. Y otra vez. Entonces la gata gris, que desprecia la falta de sutileza de la gata negra, le enseña cómo se hace: se agazapa y me toca la cara. Sin embargo, la gata negra es incapaz de aprender el refinamiento de la gata gris; se impacienta. No sabe cómo hacerme reír tocándome la cara, ni cómo mordirme, delicada, burlonamente. Sabe que si salta encima de mí el número de veces suficiente, al final me levantaré a ponerle de comer y ella podrá regresar junto a los gatitos.

He observado cómo intenta imitar a la gata gris. Cuando ésta se estira en el suelo para que la admiremos y le digamos gata bonita, gata boooniiitaaa, la gata negra se deja caer a su lado, en la misma postura. La gata gris bosteza; la gata negra también. La gata gris se arrastra de espaldas por debajo del sofá; la gata negra se da por vencida, ese truco no le sale. Así pues, se va a la habitación de los gatitos, adonde, como sabe muy bien, iremos a admirarla también a ella.

La gata gris comenzó a volverse cazadora. No buscaba comida. Sus cacerías nunca han guardado relación con el alimento, es decir, con el alimento entendido como sustancia con que nutrirse; son más bien una especie de comentario, una declaración, sobre sus emociones.

Un fin de semana me olvidé de comprar conejo fresco, lo único que ella aceptaba ya. Tenía latas de comida para gatos. Cuando le entra hambre, la gata gris no se sienta en el rincón de la comida, el lugar plebeyo de la gata negra, sino al otro lado de la cocina, en su sitio. Jamás maúlla para pedir comida. Se sienta al lado de un plato imaginario y me mira. Si no le hago caso, se acerca y se me enrosca en las piernas. Si continúo sin prestarle atención, da un salto y me toca la falda con la patita. Luego me muerde delicadamente la pantorrilla. Como comentario final, se dirige hacia el platillo de la gata negra, se pone de espaldas a él y escarba una tierra imaginaria para taparlo, como diciendo que, en lo que a ella respecta, aquello es un excremento.

Pero en la nevera no había conejo. La abrí cuando ella estaba cerca, a la espera, y la cerré para indicarle que en el interior no había nada que pudiera interesarle y que, si de veras tenía hambre, no le quedaba más remedio que aceptar la comida de lata. No lo entendió, y fue a sentarse junto al plato imaginario. Volví a abrir la nevera, a

cerrarla, señalé la comida de lata y me fui a trabajar.

Entonces salió de la cocina y a los pocos minutos regresó con dos salchichas fritas, que dejó a mis pies.

¡Gata mala! ¡Gata ratera! ¡Gata sin moral! ¡Gata ladrona de salchichas!

Con cada epíteto ella cerraba los ojos en señal de aceptación. Luego se dio la vuelta, escarbó la tierra imaginaria para tapar las salchichas y salió furiosa de la cocina.

Subí al dormitorio, desde donde veo los patios traseros, los jardines y las tapias. La gata gris acababa de salir de casa y cruzaba el jardín en dirección al muro posterior con largos pasos apresurados de cazador. Se encaramó a la tapia, corrió a lo largo de ella, desapareció. No vi dónde se había metido.

Volví a la cocina. Entró con otra salchicha frita, que depositó al lado de las otras dos. Tras cubrirla de tierra imaginaria, salió y se fue a dormir a mi cama.

Al día siguiente, en el suelo de la cocina había una ristra de salchichas crudas, y a su lado estaba sentada la gata gris, esperando a que yo descifrara el significado de su declaración.

Pensé que tal vez los pobres actores del pequeño teatro se habían quedado sin almuerzo. Pero no. Por la ventana del dormitorio vi que la gata gris corría por la tapia, bajaba de un brinco y se colaba en la pared de una casa que forma ángulo recto con la nuestra. Ya me había fijado en que le faltaban un par de ladrillos; suponía que los habían quitado para ventilar la cocina. A un gato no le resulta fácil deslizarse por un agujero tan pequeño, sobre todo después de saltar desde una tapia de tres pies de altura, pero eso era lo que ella hacía, y continúa haciendo, cuando desea manifestar su descontento con la comida.



En la cocina la pobre mujer fríe un par de salchichas para el desayuno del marido, se da la vuelta un momento y desaparecen. ¡Fantasmas! O da un manotazo a un perro o a un niño inocentes. Deja en una fuente una libra de salchichas crudas, listas para echarlas a la sartén. Se vuelve un instante... y adiós salchichas. La gata gris cruza corriendo el jardín, con una ristra de salchichas a rastras, y las deposita en el suelo de nuestra cocina. Tal vez este gesto tenga su origen en los antepasados cazadores, adiestrados para conseguir alimento a los humanos; y el recuerdo perdura en el cerebro de la gata, para que lo convierta en este lenguaje casi humano.

En el gran sicomoro del fondo del jardín anida todos los años un tordo. Cada año los pajaritos salen del cascarón y en su primer vuelo caen en las fauces de los gatos al acecho. Mamá pájaro o papá pájaro bajan tras ellos y son atrapados.

Los chillidos y chirridos de terror del pájaro capturado perturban la casa. La gata gris ha entrado con él en la boca, pero sólo para que admiremos su destreza, pues se limita a jugar con el animalillo, a torturarlo..., y con mucha elegancia. La gata negra observa agazapada en un escalón. Nunca ha matado un pájaro. Pero tres, cuatro, cinco horas después de que la gata gris lo haya apresado, cuando ya está muerto, o casi, la gata negra lo coge, lo lanza al aire, lo arrastra de aquí para allá, imitando los juegos de la otra. Cada verano rescato a pajaritos de las garras de la gata gris, los tiro lo más

lejos posible de ella, al aire o a otro jardín..., bueno, si no están demasiado maltrechos y tienen posibilidad de recuperarse. Entonces la gata gris se enfurece, echa las orejas hacia atrás, se queda con la mirada fija, no lo comprende, no, no lo comprende. Cuando entra con un pájaro en casa, está orgullosa. De hecho es un regalo; no lo entendí hasta el verano que pasamos en Devon. Aun así, la regañó y se lo quito, disgustada.

¡Gata abominable! ¡Torturadora de pájaros! ¡Gata asesina! ¡Gata sádica! ¡Degenerada descendiente de honrados cazadores!

En respuesta a mi voz airada, da rienda suelta a la furia y sale corriendo de casa con el pajarito chillando. Echo el cerrojo de la puerta trasera, cierro las ventanas, mientras la tortura prosigue. Más tarde, cuando reina la calma, la gata gris regresa. No se me enrosca en las piernas ni me saluda. Sin siquiera mirarme, sube despacio las escaleras y duerme hasta que se le pasa el enfado. El cadáver del pájaro, muerto de agotamiento más que por los dientes y las garras, va poniéndose rígido en el jardín.

Cuando mandé podar el árbol grande, a petición de los vecinos, a algunos de los cuales no les gustaba porque daba sombra a sus jardines, y a otros porque «Lo ensucia todo con tantas hojas muertas», el podador se plantó en medio del jardín y expuso sus quejas. No contra mí, la clienta que, a fin de cuentas, iba a pagarle; sino contra la vida moderna, que, según él, es antiárbol.

—Todos los días —dijo con amargura, con mucha amargura—, me llaman por teléfono. Voy. El árbol es hermoso. Ha tardado cien años en crecer... ¿Qué somos nosotros en comparación con un árbol? Me dicen: Tálelo, me estropea las rosas. ¡Las rosas! ¿Qué es una rosa en comparación con un árbol? Tengo que talarlo por el bien de las rosas. Ayer mismo tuve que cortar un fresno hasta dejarlo a tres pies del suelo. Para hacer una mesa, dijo la mujer, ¡una mesa!, y el árbol había tardado cien años en crecer. Ella quería sentarse a una mesa y tomar el té contemplando las rosas. No quedan árboles hoy en día, van desapareciendo. Y si hago un buen trabajo no les gusta, qué va, quieren que lo corte hasta dejarlo sin forma. ¿Y qué hay de los pájaros? ¿Sabía usted que en aquella rama había un nido?

—Los gatos —contesté—. Preferiría que los pájaros anidaran en otro sitio.

—Ah, claro —dijo él—, el cuento de siempre, los gatos. Todo el mundo quiere talar los árboles y tener gatos por todas partes. ¿Qué será de los pájaros? Mire, voy a dejar este oficio, hoy en día nadie valora a un profesional honrado... Fíjese en esos gatos, ¡mírelos!



Para el podador, los árboles y los pájaros constituyen una unidad, una unidad sagrada que está por encima de todo, de las personas, me imagino, si de él dependiera. En cuanto a los gatos, los aniquilaría a todos.

Podó el árbol, no lo cortó; la siguiente primavera un tordo anidó en él, y más tarde los pajaritos descendieron aleteando como de costumbre. Sin embargo, uno entró volando por la ventana más alta, la de la habitación de los invitados, donde pasó un día entero. Y era tan simpático que se quedó en un sillón mirándome, a un pie de distancia. No conocía el impulso del miedo hacia los humanos..., todavía no. Cerré la puerta porque la gata gris merodeaba por el pasillo. Aquel atardecer de verano, cuando todos los pájaros guardaban silencio y dormían, el pajarito salió por la ventana para regresar al árbol, sin acercarse a la tierra. De modo que quizá sobrevivió.

Lo cual me recuerda la anécdota de una señora que vive en París, en el ático de un edificio de siete plantas, cerca de la place Contrescarpe. Es partidaria de viajar ligera de equipaje, sin estorbos, y de tener la libertad de trasladarse a donde sea en cualquier momento. Su marido es marinero. Pues bien, una tarde un pájaro le entró volando desde las copas de los árboles y no dio ninguna muestra de querer marcharse. Se trata de una mujer pulcra y ordenada, de las que no soportan ver excrementos de pájaro. Sin embargo, «no sabe qué le dio». Cubrió el suelo de periódicos y se hizo amiga de él. Al llegar el invierno, el pájaro no emigró al sur, como debiera haber hecho; y de repente mi amiga se dio cuenta de la responsabilidad que le había caído encima. Si lo echaba al París invernal, se moriría. Tuvo que realizar un viaje de un par de semanas. No podía dejarlo solo. De modo que compró una jaula y lo llevó consigo.

Entonces se vio a sí misma: «Imagínate: ¡yo!, ¡yo!, llegando a un hotel de provincias con la maleta en una mano y la jaula en la otra. ¡Yo! Pero ¿qué iba a hacer? El pájaro se quedó en la habitación, lo cual me obligó a trabar amistad con la dueña y las camareras. Me había convertido en amante de la humanidad... ¡Dios mío! Las ancianas se paraban en la escalera a hablarme. Las muchachas me contaban sus problemas amorosos. Regresé a París y estuve de mal humor hasta que llegó la primavera. Entonces, con una maldición, eché al pájaro por la ventana, y desde

entonces las tengo todas cerradas. ¡No quiero inspirar simpatía, y se acabó!».





La gata negra quedó preñada por segunda vez cuando las primeras crías sólo tenían diez días de vida. Me pareció muy poco rentable, pero el veterinario me dijo que ocurría con frecuencia. El más esmirriado de la segunda camada —y los más esmirriados acostumbran a ser los más simpáticos, quizá porque han de compensar con encantos la fuerza que les falta— fue a vivir a un piso de estudiantes. Estaba subido a un hombro junto a una ventana de una tercera planta cuando un perro ladró en la habitación. Del susto, el gatito saltó por la ventana. Todos bajaron corriendo a la calle, convencidos de que iban a recoger el cadáver. Pero lo encontraron lamiéndose

el pelo tranquilamente. No se había hecho daño.

La gata negra, sin crías por una temporada, volvió abajo para reanudar la vida normal. Es probable que la gata gris hubiera supuesto que se había trasladado para siempre al piso de arriba, entregada a la responsabilidad y la maternidad. Y que por tanto ella tendría el campo libre. Comprendió que no era sí; que en el momento menos pensado podía verse amenazada. De nuevo se libró la batalla por las mejores posiciones, y en esta ocasión resultó desagradable. La gata negra había parido, se sentía más segura de sí misma y no se dejaba intimidar a las primeras de cambio. Por ejemplo, no estaba dispuesta a dormir en el suelo ni en el sofá.

El problema se solucionó de la siguiente manera: la gata gris dormía junto a la cabecera de la cama; la negra, a los pies. Pero sólo la gata gris tenía derecho a despertarme. Operación que en adelante efectuaba para la gata negra: las bromas, los golpecitos con la pata, los lametones tenían lugar ante la mirada de su rival: Eh, mírame. Al igual que las travesuras con la comida: Mírame, mírame. Y con los pájaros: Mira lo que hago y tú no sabes hacer. Creo que durante esas semanas las gatas se olvidaron de los humanos. Únicamente se relacionaban entre sí, como los niños que se consideran rivales, para los cuales los adultos son meros peones de sus maniobras, objetos de soborno, al margen de la obsesión por la cual cada uno sólo es consciente del otro. El mundo se reduce al otro, al que es preciso derrotar, engañar. Un mundo pequeño, ardiente y pavoroso, como el de la fiebre.

Las gatas perdieron su encanto. Actuaban igual que siempre, hacían las mismas cosas que antes. Pero sin encanto.

¿En qué consiste el encanto? En la dádiva de un don, en entregar lo que la naturaleza ha concedido en su papel de derrochadora. Sin embargo, hay algo que incomoda, difícil de tolerar, descarnado; nos hallamos en presencia de una injusticia. Porque algunas criaturas reciben mucho más que otras; entonces ¿están obligadas a dar más? El encanto es un accesorio, algo superfluo, innecesario, en esencia un poder derrochado..., regalado. Cuando la gata gris se revuelca de espaldas en un pedazo de suelo iluminado por el sol, exuberante, voluptuosa, deliciosa, eso es encanto, y se forma un nudo en la garganta. Cuando la gata gris se revuelca, repite esos mismos movimientos, pero con los ojos entrecerrados y la mirada fija en la gata negra, eso es feo, y hasta el movimiento adquiere dureza y brusquedad. Y la gata negra al mirarla, o al tratar de imitarla en algo para lo que carece de talento, muestra una envidia furtiva, como si estuviera robando algo que no le pertenece. Si la naturaleza derrocha arbitrariamente en una criatura, como en el caso de la gata gris, inteligencia y belleza, la gata gris debería a cambio derrocharlas con igual prodigalidad.

Como hace la gata negra con su maternidad. Rodeada de sus gatitos, con una pata azabache estirada sobre ellos, protectora y despótica, los ojos entrecerrados, un ronroneo en el fondo de la garganta, se la ve magnífica, generosa..., y muestra una despreocupada seguridad en sí misma. Entretanto la pobre gata gris, desprovista de sexo, se agazapa al otro lado de la habitación, envidiosa y resentida ahora ella, y su

cuerpo y su cara y las orejas echadas hacia atrás dicen: La odio, la odio.

En fin, durante varias semanas no proporcionaron ningún placer a los seres humanos de la casa, y seguramente ellas tampoco obtuvieron ninguno.

Pero las cosas cambiaron de pronto, porque hicimos un viaje al campo, donde ninguna de las dos había estado nunca.



Capítulo 7

Ambas guardaban recuerdos de sufrimiento y miedo asociados a la cesta para gatos, por lo que pensé que no les gustaría viajar en ella. Las dejamos sueltas en la parte posterior del coche. La gata gris saltó de inmediato al asiento delantero, a mi regazo. Se sentía mal. Pasó todo el trayecto de salida de Londres temblando y maullando, un incesante gemido estridente que nos volvió locos. La gata negra expresó sus quejas en sordina y con tono lastimero, y estaban relacionadas con su malestar interior, no con lo que sucedía en torno a ella. La gata gris chillaba cada vez que en el recuadro de la ventanilla aparecía un coche o un camión. Decidí ponerla a mis pies para que no viera el tráfico. No le pareció bien. Quería ver qué causaba los ruidos que la asustaban. Por otra parte, tampoco le gustaba verlo. Agazapada sobre mis rodillas, alzaba la cabeza al aumentar el ruido, veía cómo la negra y vibrante mole de una máquina nos adelantaba, o se quedaba atrás, y maullaba. Vivir el tráfico a través de un gato nos enseña los muchos elementos de los que nos aislamos cada vez que vamos en coche. No percibimos el atroz estruendo: los traqueteos, los rugidos, los chirridos. Si lo hiciéramos nos desquiciaríamos un poco, como le ocurrió a la gata gris.

Incapaces de aguantarlo, paramos e intentamos meterla en la cesta. Se puso frenética, histérica de miedo. Volvimos a dejarla suelta y probamos con la gata negra. Se alegró de quedarse dentro de la cesta, con la tapa cerrada. Pasó el resto del viaje agazapada en ella, con la nariz negra pegada a un orificio lateral. De vez en cuando se la acariciábamos y le preguntábamos qué tal estaba; ella contestaba con una voccecita triste, pero sin dar muestras de excesivo malestar. Tal vez el hecho de estar embarazada la ayudase a conservar la calma.

Mientras tanto la gata gris se quejaba. No paró de maullar en las seis horas que tardamos en llegar a Devon. Al final se escondió debajo del asiento delantero, donde continuaron los desaforados maullidos irracionales, sin que las palabras tranquilizadoras o reconfortantes tuvieran ningún efecto. Acabamos por no oírla, como no oíamos los ruidos del tráfico.

Pasamos la noche en un pueblo, en casa de una amiga. Encerramos a las dos gatas en una habitación espaciosa, con comida y una caja con serrín. No las dejamos salir porque en la casa había más gatos. El terror de la gata gris quedó olvidado ante la necesidad de mostrar su superioridad sobre la gata negra. Fue la primera en utilizar la caja del serrín; la primera en comer; y se encaramó a la única cama del cuarto, donde se sentó y desafió a la gata negra a subir. La gata negra comió, hizo sus necesidades, se sentó en el suelo y se quedó mirando a la gata gris. Cuando más tarde la gata gris saltó al suelo para comer, la gata negra se subió a la cama, de donde la otra la expulsó de inmediato.



Así pasaron la noche. Es decir, cuando me desperté la gata negra estaba en el suelo, con la vista fija en la gata gris, que montaba guardia a los pies de la cama, mirando hacia abajo con ojos brillantes.

Nos trasladamos a una casa del páramo. Es vieja y llevaba bastante tiempo deshabitada. Tenía muy pocos muebles, pero contaba con una chimenea grande. Las gatas nunca habían visto el fuego. Al arder los leños, la gata gris chilló aterrada y corrió escaleras arriba para meterse debajo de la cama, de donde no volvió a salir.

La gata negra husmeó toda la sala de abajo, descubrió el único sillón y se apropió de él. El fuego le interesó; no le dio miedo, pero tampoco se acercó mucho.

En cambio sí la asustó el exterior: campos, hierba, árboles, no rodeados de nítidos rectángulos de ladrillo, sino grandes extensiones cruzadas por bajos muros de piedra.

Durante unos días tuvimos que echarlas de la casa por razones de limpieza. Luego comprendieron y salieron por sí solas..., aunque sólo un ratito; y sin alejarse, al principio, de los parterres y los adoquines de debajo de las ventanas. Después se aventuraron un poco más, hasta el muro recubierto de vegetación. Más tarde hasta una pequeña parcela cercada. Y de ahí, en la primera visita, la gata gris no volvió rápidamente. Estaba poblada de ortigas, cardos, dedaleras; de pájaros y ratones. La gata gris se agazapó al borde de la minúscula selva, bigotes, orejas y cola en funcionamiento: escuchando y percibiendo. Sin embargo, aún no estaba preparada para aceptar su propia naturaleza. Un pájaro que de pronto se posó en una rama bastó

para que corriera a la casa, subiera las escaleras como una flecha y se metiera debajo de la cama, donde permaneció varios días. Pero cuando llegaban coches con visitas, o repartidores de leña, pan, leche, daba la impresión de sentirse atrapada en la casa y salía disparada hacia los campos, donde se sentía más segura. En suma, estaba desorientada; no era ella misma; sus instintos carecían de lógica. Y no comía; es increíble cuánto tiempo puede estar un gato sin tomar más que un sorbo de leche o agua cuando desprecia la comida que no le gusta, tiene miedo o se siente mal.

Llegamos a temer que se escapara..., que intentara, tal vez, volver a Londres.

Cuando yo tenía seis, siete años, una noche un hombre estaba sentado, a la luz de la lámpara, en la habitación con techumbre de paja de la granja, acariciando un gato. Recuerdo que acariciaba al animal, que le hablaba; y el círculo de luz que los enmarcaba, al hombre y al gato, un cuadro que me parece ver ahora. Vuelvo a experimentar lo que sentí con intensidad aquella noche: desazón, malestar. Yo estaba de pie junto a mi padre, compartiendo su sentimiento. ¿Qué ocurría realmente? Azuzo la memoria, trato de pillarla desprevenida, ponerla en funcionamiento visualizando el cálido resplandor sobre el suave pelaje gris, oyendo de nuevo la voz excesivamente emocionada del hombre. Y sólo me evocan desazón, el deseo de que se marchara. Algo grave pasaba. En cualquier caso, el hombre quería el gato. Era leñador; talaba árboles en las montañas, a unas veinte millas de allí. Los fines de semana regresaba a Salisbury, a ver a su mujer y sus hijos. Por eso cabe preguntar: ¿para qué quería un gato en el campamento de leñadores? ¿Por qué un gato adulto y no un gatito, que se acostumbraría a él, o por lo menos al campamento? ¿Por qué esa gata? ¿Por qué estábamos nosotros dispuestos a desprendernos de una gata adulta, a correr ese riesgo, para dársela a un hombre que sólo pasaba una temporada en el campamento, pues regresaría a la ciudad al empezar la estación de las lluvias? ¿Por qué? En fin, la respuesta reside en la tensión, en la falta de armonía que se percibía en la habitación aquella noche.

Fuimos al campamento con la gata.

A bastante altura, en las estribaciones de la cordillera, una región que parecía un parque natural, con grandes árboles silenciosos. Entre éstos, un conjunto de tiendas de campaña blancas en un claro. Las cigarras cantaban. Era a finales de septiembre, o en octubre, porque al cabo de poco comenzaron las lluvias. Mucho calor, muy seco. A lo lejos, entre los árboles, el chirrido de la sierra, constante, monótono, como el de las cigarras. Un silencio exagerado cuando paraba. El estrépito de otro árbol derribado y un fuerte olor a hojas y hierba calientes que desprendían las ramas al desplomarse.

Pasamos la noche en aquel lugar silencioso y tórrido. Nos marchamos sin el gato. En el campamento no había teléfono; pero el fin de semana siguiente el hombre nos llamó para decirnos que la gata había desaparecido. Lo sentía mucho; le había untado las patas con mantequilla, tal como le había aconsejado mi madre, pero no tenía ningún lugar donde encerrarla, pues en una tienda de campaña no se puede encerrar un gato; y se había escapado.

Dos semanas después, un día de mucho calor, a media mañana, la gata llegó arrastrándose a casa. Venía de la sabana. Había sido un animal de lustroso pelo gris. Y volvía flaca, con el pelaje áspero y una expresión salvaje y asustada en los ojos. Corrió a donde estaba mi madre y se agazapó, con la vista fija en ella, como si quisiera cerciorarse de que, en aquel mundo que la aterrorizaba, al menos esa persona seguía siendo la misma. Una vez en los brazos de mi madre, ronroneó, lloró, feliz de haber regresado al hogar.

Bueno, fueron veinte millas, quizá quince en línea recta, pero un gato no se desplazaría así. La gata salió del campamento, con la nariz apuntando en la dirección en que el instinto le indicaba que debía ir. No había ningún camino directo. Entre nuestra granja y el campamento se extendía una maraña caprichosa de carreteras sin asfaltar, y la que conducía al campamento era una pista de cuatro o cinco millas que cruzaba la hierba seca. Dudo que siguiera la ruta que hicimos en el coche. Debió de atravesar el campo, el desolado veld deshabitado, lleno de ratones, ratas y pájaros con que alimentarse, pero también de enemigos de los gatos, como leopardos, serpientes, aves rapaces. Es probable que caminara de noche. Tenía que cruzar dos ríos. No eran muy grandes, pues estábamos al final de la estación seca. En algunas partes había vados de piedras; o tal vez escudriñara las orillas hasta descubrir un sitio en que las ramas se unían por encima del agua y pasara por allí. Quizá los cruzara a nado. He oído decir que los gatos nadan, pero nunca lo he visto.

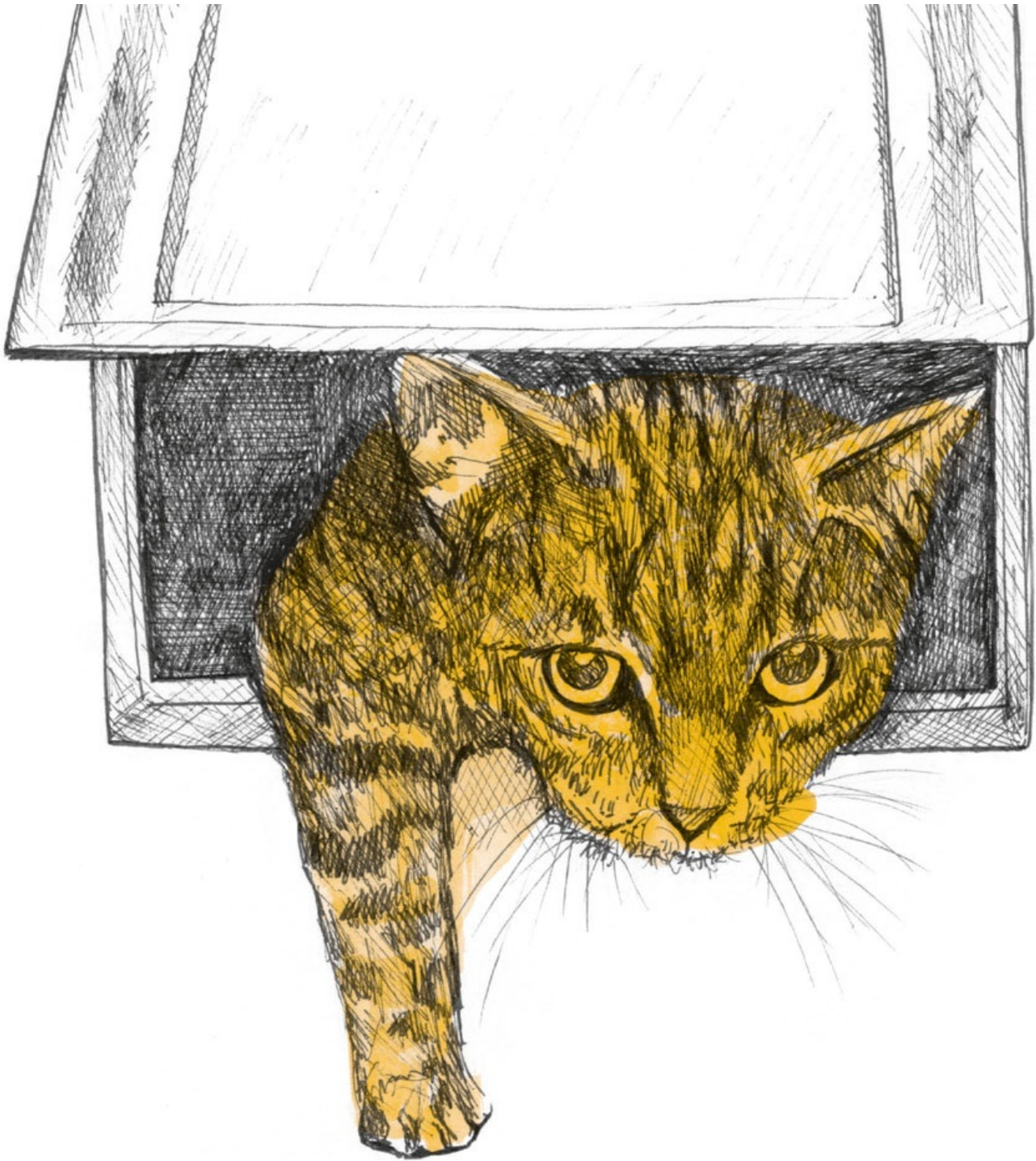
En el curso de aquellas dos semanas comenzó la estación de las lluvias. Los dos ríos se desbordaron, inesperadamente. Cae una tormenta corriente arriba, a diez, quince millas. El agua se agolpa y baja en una ola que puede tener entre dos y quince pies de altura. Es muy posible que la gata estuviera en la orilla esperando la oportunidad de cruzar cuando se produjeron las primeras crecidas. Pero tuvo suerte con los dos ríos. Se había empapado, sí; el pelo se le había mojado y secado. Tras cruzar el segundo le quedaban otras diez millas de veld desierto. Debió de recorrerlas a ciegas, furiosa, muerta de hambre, desesperada, consciente sólo de la necesidad de seguir adelante y de que avanzaba en la dirección correcta.

La gata gris no se escapó, aunque la idea le pasaba por la cabeza cuando llegaban desconocidos y corría a esconderse en los campos. En cuanto a la gata negra, se instaló a sus anchas en el sillón, de donde no se movió.

Para nosotros fueron días de mucho trabajo, de pintar paredes, de fregar suelos, de segar acres enteros de ortigas y malas hierbas. Comíamos por necesidad, pues no disponíamos de tiempo para entretenernos con guisos. Y la gata negra comía con nosotros, contenta, ya que se había librado de su rival gracias al miedo de la gata gris. Era la gata negra la que se nos enroscaba en las piernas cuando llegábamos, la que ronroneaba, a la que acariciábamos. Sentada en el sillón, nos veía salir y entrar calzados con unas botas grandes que hacían ruido, y contemplaba el fuego, las llamas, criaturas rojas en constante movimiento que pronto —aunque no de inmediato; requirió cierto tiempo— la convencieron de lo que nosotros siempre

damos por sentado: que la lumbre del hogar y el gato son inseparables.

No tardó en armarse del valor necesario para acercarse al fuego y sentarse delante de él. Se encaramó al montón de leños apilados en el rincón y de ahí saltó al viejo horno de pan, que, decidió, sería un lugar más apropiado que el sillón para tener los gatitos. Pero alguien se descuidó y cerró el horno. Y, en mitad de una noche de viento, el grito lastimero con que la gata negra anuncia su desamparo ante el destino. Sus lamentos no deben pasarse por alto; hay que tomarlos en serio porque, a diferencia de la gata gris, nunca se queja sin un buen motivo. Bajamos corriendo. El maullido apenado salía de la pared. La gata negra había quedado encerrada en el horno de pan. No había ningún peligro; pero se asustó; y regresó al nivel del suelo y del sillón, donde la vida no daba sorpresas ni entrañaba riesgos.



Cuando por fin la gata gris decidió abandonar su refugio de debajo de la cama, la negra era ya la reina de la casa.

La gata gris intentó retarla con miradas; intentó ahuyentarla del sillón y alejarla de la chimenea tensando amenazadoramente los músculos y haciendo súbitos movimientos furiosos. La gata negra no le hizo caso. La gata gris quiso reanudar sus juegos de primacía con la comida. Pero no tuvo suerte, estábamos todos demasiados atareados para jugar.

Por un lado, la gata negra, feliz delante del fuego; por otro, la gata gris, bien

alejada de la lumbre, excluida.

Sentada en la ventana, la gata gris maullaba desafiante a las llamas en movimiento. Se acercó; el fuego no le hizo daño. Además, ahí estaba sentada la gata negra, a menos de unos bigotes de distancia. La gata gris se aproximó más, se sentó en la alfombrilla de la chimenea y contempló las llamas, con las orejas hacia atrás, agitando la cola. Poco a poco comprendió también ella que el fuego detrás de una rejilla era una buena cosa. Se tumbó y se revolcó delante de él, para que su barriguita ocre recibiera el calor, como hacía en Londres los días de sol. Aceptaba el fuego. Pero no la primacía de la gata negra.

Me quedé unos días sola en la casa. De pronto la gata negra desapareció. La gata gris se sentaba en el sillón, la gata gris se arrimaba a la lumbre. La gata negra no estaba en casa. La gata gris ronroneaba y me lamía y me mordisqueaba; la gata gris no paraba de decir que era agradable estar sola, que era agradable que no estuviera la gata negra.

Salí a buscar a la gata negra y la encontré en un campo, escondida. Maulló de tristeza y me la llevé a casa, donde huyó despavorida de la gata gris. Pegué a la gata gris.

En adelante, cada vez que salía a comprar o a pasear por los páramos, la gata negra me seguía hasta el coche, maullando. No porque quisiera subir a él; es que no quería que me marchara. Al alejarme observaba que se encaramaba a un muro, a un árbol, protegiéndose la espalda, y no bajaba hasta mi regreso. La gata gris le pegaba durante mi ausencia. El embarazo de la gata negra estaba ya muy avanzado, y había transcurrido poco tiempo desde el último parto. La gata gris era mucho más fuerte. Esta vez la golpeé en serio y le dije lo que pensaba de ella. Me entendió de sobras. Cuando me iba, encerraba a la gata negra en la casa y dejaba fuera a la gris. La gata gris se enfurruñaba. La gata negra continuaba atemorizada; pero gracias a nuestro apoyo reconquistó el sillón y no dejó que se acercara la gata gris.

Así pues, la gata gris salió al jardín, convertido a esas alturas en medio acre de rastrojos. Cazó unos ratones, los entró en casa y los depositó en el centro del cuarto. No nos hizo ninguna gracia y los tiramos. La gata gris decidió marcharse de casa y en adelante pasó los días al aire libre.

Por un sendero bordeado de muros de piedra se llega a un claro no muy grande, donde, después de segar la hierba, que nos llegaba hasta los hombros, descubrimos, en la parte más honda, un estanque terso y silencioso. Las ramas de un árbol inmenso penden sobre él; está rodeado de hierba, y luego de matas y arbustos.

Cerca de la orilla hay una piedra. La gata gris se sentó en ella y contempló el agua. ¿Sería peligrosa? Una superficie de agua era algo tan novedoso como lo había sido el fuego. Una ráfaga de viento provocó ondas, que lamieron el borde de la roca y le mojaron las patas. Ella se quejó indignada y regresó corriendo a casa. Se quedó junto a la puerta, moviendo las orejas y mirando el sendero que conduce al estanque. Lentamente volvió sobre sus pasos..., pero no lo hizo de inmediato; la gata gris jamás

reconoce enseguida que tal vez se haya equivocado. Primero adoptó una pose, se lamió, se acicaló, a fin de mostrar indiferencia. Después se dirigió al estanque dando un rodeo por la parte del jardín donde la hierba aún era alta y por una orilla pedregosa. La roca continuaba en su sitio, al borde del agua. El agua, que se movía un poco, seguía allí. Y sobre ella, las ramas del árbol. La gata avanzó con aire irritado por la hierba mojada, como una señora anciana. Se sentó en la piedra y contempló el agua. Las ramas se balancearon y se movieron con el viento; y el agua le mojó otra vez las patas. Las apartó y se enderezó, en una postura tiesa y concentrada. Miró el árbol, que era un frenesí de movimiento...; eso sí le resultaba familiar. Reflexionó acerca del agua agitada. Entonces hizo algo que le he visto hacer con la comida. Tanto ella como la gata negra, cuando les dan comida que no conocen, alargan una pata y la tocan. Le dan golpecitos y se llevan la pata a la boca para primero olisquear la nueva sustancia y luego lamerla. La gata gris estiró una patita hacia el agua, sin llegar a tocarla. La retiró. Después casi echa a correr; los músculos se le tensaron en un impulso de huida, pero decidió quedarse. Bajó la boca y lamió el agua. No le gustó. No era como la que bebe del vaso que dejo en mi mesilla de noche; ni como las gotas que caen del grifo y que ella recoge acercando de lado la boca. Metió una pata en el agua, la dejó dentro, la sacó, la lamió. Agua, desde luego. Una cosa conocida, o una variedad de ella.

La gata gris se agazapó en la piedra, con la cara suspendida sobre el agua, y observó el reflejo. No le extrañó; está acostumbrada a los espejos. Sin embargo, el agua continuaba rizándose y la imagen se deshacía. Puso una pata sobre el reflejo pero, a diferencia de lo que ocurre con un espejo, la pata se hundió, se mojó. La gata se enderezó, claramente molesta; aquello era demasiado. Caminó con pasos delicados por la hierba húmeda en dirección a la casa. Tras expresar su odio a la gata negra con la mirada, se acomodó delante de la lumbre, de espaldas a la gata negra, que, sentada en el sillón, la observaba alerta.

La gata gris volvió al estanque, a la piedra. Sentada en ella, observó que el árbol era un lugar favorito de los pájaros, los cuales, en cuanto ella abandonaba el claro, se abalanzaban sobre el agua, bebían, jugaban con ella, la cruzaban volando, una y otra vez. En adelante acudió al estanque por los pájaros. Pero nunca capturó ninguno. Creo que no cazó ni un solo pájaro en la casa de campo. ¿Será porque hay tantos gatos y los pájaros están más que escarmentados?

Cuando circulo de noche por los caminos, los faros detectan gatos sin cesar: gatos cazando ratones en los setos; gatos trotando por la calzada a escasa distancia de las ruedas; gatos encaramados en las verjas; gatos sobre los muros.

Durante la primera semana en la casa de campo, que parece un refugio, separada de la carretera y las otras viviendas por árboles y muros de piedra, varios gatos vinieron a ver quiénes eran los nuevos habitantes y qué gatos nuevos habían llegado.

En plena noche vi una cola rojiza desaparecer por una ventana abierta. Un gato, pensé; y me volví a dormir. Sin embargo, al día siguiente contaron en la tienda que en

Dartmoor los zorros cazaban gatos. Oí toda clase de historias desagradables sobre zorros y gatos. Pero en el campo es imposible encerrar a los gatos; en un paisaje tan lleno de gatos no parece verosímil que estén amenazados por los zorros, ni por ninguna otra cosa.

Resultó que la cola roja pertenecía a un hermoso gato pardo rojizo, al que la gata gris echó de la casa, que a esas alturas ya consideraba suya. No tardó en ahuyentar a cuantos se acercaban a la verja, que queda a más de cien yardas de la casa. La vivienda y los campos que la rodean se habían convertido en su territorio; y en ocasiones la encontrábamos tomando el sol entre las altas hierbas del diminuto campo de arriba, o agazapada en el campo alargado de abajo, lleno de charcos a los que acuden a beber los pájaros.

Hasta que un buen día..., la invasión. Las vallas de un lado estaban caídas, y una mañana bajé a encender la lumbre y me encontré a las dos gatas en el alféizar de la ventana, aliadas temporales porque al otro lado del cristal avanzaban con estrépito y mugían unos enormes animales apestosos que ellas nunca habían visto. La gata negra lanzó su característico lamento triste y apagado: Es el colmo, ¿qué será esto? No aguanto más, socorro, por favor. Mientras tanto la gata gris chillaba desafiante, a salvo en el alféizar. Las vacas de los campos vecinos habían pisoteado las vallas y pasaban en tropel por delante de la casa camino del estanque y del campo alargado, que, como ellas bien sabían, estaba listo para pastar en él. No tuve quien me ayudara a ahuyentarlas hasta horas más tarde; y el granjero no apareció. Unas cincuenta bestias se movían a sus anchas, y las gatas estaban angustiadas. Corrían de alféizar en alféizar, y luego hasta la puerta, en breves arranques de furia, y se quejaban con amargura, hasta que recibimos ayuda y se obligó a las enormes bestias amenazadoras a regresar a sus campos. Menos mal. Las gatas aprendieron que esa clase de animales no representaban ningún peligro. Porque a los dos días, cuando quedó abierta la verja y entraron los ponis del páramo, no se asustaron. Ocho ponis pequeños pastaban en el viejo jardín; y la gata gris se acercó cautelosa a ellos y se encaramó al muro de piedra para observarlos. No se atrevió a bajar; pero mostró interés y siguió contemplándolos hasta que decidieron marcharse.

Los gatos observan durante horas las criaturas, las actividades y las acciones que les resultan desconocidas. Si alguien hace una cama, barre el suelo, prepara o deshace una maleta, cose, hace punto..., lo que sea, ellos miran. Pero ¿qué verán? Hace un par de semanas, la gata negra y un par de gatitos permanecieron en medio de la habitación contemplando cómo yo cortaba una tela. Observaban el movimiento de las tijeras, el de mi mano, la forma en que yo amontonaba los retazos. Estuvieron absortos toda la mañana. Pero supongo que no ven lo que nosotros nos imaginamos. ¿Qué verá, por ejemplo, la gata gris cuando contempla durante media hora las motas de polvo en un haz de luz? ¿O cuando mira cómo se mueven las hojas del árbol al otro lado de la ventana? ¿O cuando alza la vista hacia la luna por encima de las chimeneas?

La minina negra, tan meticulosa en la educación de sus gatitos, no desaprovecha ninguna oportunidad de impartirles una lección o una enseñanza moral. ¿Por qué, si no, pasa una mañana entera, con un gatito a cada lado, observando el centelleo del metal en la tela oscura? ¿Por qué olfatea las tijeras, olfatea la tela, camina alrededor del teatro de operaciones y comunica luego sus observaciones a los gatitos, para que ellos realicen las mismas acciones..., intercalando, puesto que son gatitos, todo tipo de travesuras y juegos? Olfatean las tijeras, olfatean la tela, repiten lo que su madre acaba de hacer. Luego se sientan a mirar. Ella aprende a la vez que les enseña, qué duda cabe.



Capítulo 8

La gata negra no se encontraba bien antes de parir por segunda vez. Tenía una calva grande en el lomo y había adelgazado. Y estaba muy inquieta: durante la semana anterior al parto no quiso quedarse sola. Había mucha gente en la casa, por lo que resultó fácil procurar que tuviera compañía. El fin de semana quedaron tres mujeres, hacía mal tiempo y nos entraron ganas de ir a la costa a contemplar un mar frío y tempestuoso. Pero la gata negra no lo permitió. Estábamos todas con los nervios de punta; tensas porque habíamos decidido no dejarle más que dos gatitos, pues no se hallaba en condiciones de alimentarlos a todos. Es decir, tendríamos que matar al resto.

El domingo comenzaron las contracciones a las diez de la mañana. El parto fue lento y agotador. El primer gatito nació alrededor de las cuatro de la tarde. La gata estaba cansada. Hubo un largo intervalo entre la expulsión del animalito y el reflejo de la gata de girarse para lamerlo. El recién nacido era hermoso. Pero habíamos acordado no mirarlos demasiado, no admirar aquellos vigorosos pedacitos de vida. Por fin, el segundo. Ella estaba muy cansada y lanzó su lastimero grito de Socorro, por favor. Bien, dijimos, se acabó: Le dejamos estos dos y nos deshacemos del resto. Sacamos una botella de *whisky* y bebimos mucho. Después el tercero: Seguro, seguro que ya está, ¿no? El cuarto, el quinto, el sexto. Pobre gata negra, esforzándose, expulsando gatitos, lamiéndolos, aseando, poniendo orden...; toda esta actividad, en las profundidades del sillón. Cuando terminó, ella estaba limpia y las crías, limpias también, mamaban. Con el cuerpo estirado, la gata ronroneaba, magnífica.





Gata valiente, gata lista, gata bonita..., pero no sirvió de nada, teníamos que matar cuatro gatitos.

Lo hicimos. Fue horrible. Después dos de nosotras salimos con linternas a la

oscuridad y en el campo largo cavamos un hoyo bajo la lluvia tenaz y enterramos a los cuatro gatitos, entre improperios y maldiciones dirigidas a la naturaleza, a nosotras, a la vida; luego regresamos a la tranquila habitación alargada de la granja, donde el fuego ardía y la gata negra descansaba sobre una manta limpia, una gata bonita y orgullosa con dos gatitos...; la civilización había vuelto a triunfar. Y observamos con incredulidad a los gatitos, tan fuertes ya y enderezados sobre las patitas traseras, con las delanteras, rosadas y diminutas, apretando el costado de la madre. Imposible imaginarlos muertos, y sin embargo habían sido escogidos al azar; si una hora antes mi mano hubiera descendido sobre ellos, la mano del destino..., esos dos yacerían sepultados en la tierra mojada de un campo. Fue una noche espantosa; y bebimos demasiado; y decidimos que no quedaba más remedio que operar a la gata negra, porque de verdad, de verdad que no merecía la pena.



Y la gata gris se encaramó al brazo del sillón, se inclinó y alargó una pata para tocar un gatito; la gata negra la atacó con la zarpa y la gata gris salió de la casa a agazaparse bajo la lluvia.

Al día siguiente todas nos sentíamos mejor; y fuimos en coche a ver el mar, que estaba azul y en calma, porque durante la noche el tiempo había cambiado.

El orgulloso ronroneo de la gata negra resonaba en la sala grande.

Y la gata gris trajo varios ratones, que depositó en el suelo de piedra. A esas alturas yo ya había comprendido que formaban parte del deseo de exhibir su superioridad, que eran un regalo; pero daba igual; un ratón muerto es muy poco atractivo. En cuanto los traía, yo los tiraba; y ella me miraba con las orejas hacia atrás, los ojos llameantes de resentimiento.

Todas las mañanas, al despertarme, encontraba a la gata gris sentada a los pies de la cama y, en el suelo, un ratón recién muerto.

Oh, qué gata más amable. Qué gata más lista. Muchas gracias, gata. Pero tiraba el ratón. Y la gata negra iba a buscarlo para comérselo.

Sentada en el muro de piedra del jardín, observé cómo cazaba la gata gris.

Era un día de nubes tenues que se desplazaban veloces, de modo que sobre los campos, la casa, los árboles y el jardín se alternaban con rapidez la luz y la oscuridad; bajo la lila, la gata gris era una sombra entre las sombras. Estaba muy quieta; pero al mirar con mayor atención se distinguían movimientos sutiles de los bigotes y las orejas; así pues, no estaba más inmóvil de lo que era natural cuando las hojas y la hierba temblaban con una leve ráfaga de viento. Observaba, con rápidos movimientos de los ojos, el rastrojo que tenía a unos palmos. Mientras yo la miraba, avanzó con el cuerpo casi pegado al suelo, rauda, como una sombra bajo una rama que se balancea. Tres ratoncillos correteaban sigilosos en un montoncito de hierba seca. No la habían visto. Se pararon a mordisquear algo, siguieron adelante, se sentaron y miraron a su alrededor. ¿Por qué no aprovechaba la gata para abalanzarse sobre ellos? Los tenía a menos de cuatro pies. Me quedé donde estaba; la gata se quedó donde estaba; los ratones siguieron con su vida. Pasó media hora. La punta de la cola de la gata se movía, sin impaciencia; era la expresión visible de lo que pensaba: Hay tiempo de sobra. Una nube deslumbrante, que ocultaba el sol de mediodía, vertió una docena de goterones, todos de oro. Uno cayó en la cara de la gata. Se mostró molesta pero no se movió. Las gotas doradas salpicaron a los ratones, que se quedaron inmóviles y luego se irguieron y miraron alrededor. Vi cómo sus ojitos negros lo escrutaban todo. Un par de goterones cayeron en la cabeza de la gata. Se los sacudió. Los ratones se quedaron paralizados y la gata saltó: un rayo gris. Chillidos de pánico. Se incorporó con un ratón en la boca. El animalillo se retorció. La gata lo soltó; el ratón se arrastró unos pasos. Ella lo siguió. Estiró una pata, con las malvadas garras extendidas, e hizo un movimiento circular para acercárselo. El ratoncito chilló. Ella lo mordió. El chillido cesó. La gata se sentó y empezó a lamerse, con delicadeza. Después cogió el ratón con la boca y trotó hacia mí, lanzándolo al aire y asiéndolo de nuevo como había hecho con sus gatitos. Lo dejó a mis pies. Había sido consciente de mi presencia en todo momento; no había dado señales de ello.

Se marcharon todos y me quedé sola. Dispuse de más tiempo para mimar a las gatas y hablar con ellas.

Un día que estaba en la cocina cortándoles la comida y poniéndola en los

platillos, la gata gris saltó a la mesa y empezó a comer de uno de ellos. La gata negra esperaba en el suelo. Cuando bajé los dos platillos, la gata gris se marchó; no estaba dispuesta a comer en el suelo.

Al día siguiente, lo mismo. La gata gris pretendía que le pusiera la comida en la mesa, un lugar superior, y que la gata negra comiera en el suelo. No, le dije. Era absurdo; y pasó tres días sin probar bocado; aunque tal vez comiera ratones. En cualquier caso, no lo hizo cuando yo podía verla. Al cuarto día volvió a saltar a la mesa, y pensé: Bueno, es interesante, a ver qué pasa. Encantada, se zampó todo lo que había en el platillo; sin dejar de mirar a la gata negra, que comía en el suelo: Mírame, soy la favorita.

A los pocos días, la gata negra saltó a la mesa, con la intención de disfrutar del mismo privilegio. La gata gris, con las orejas hacia atrás, se encaramó al alféizar de la ventana, un poco más alto que la mesa, y aguardó a que yo le llevara el platillo. Decidió que, dado que la gata negra había obtenido la distinción de la mesa, ella quería una posición mejor.

Ante lo cual perdí la paciencia y les dije que eran un incordio y que, si no comían en el suelo, se quedarían sin comer.

La gata gris salió de la casa y estuvo unos días sin comer ni beber. Pasaba el día fuera; luego el día y la noche...; después se quedaba fuera dos o tres días seguidos. Llegados a este punto, en África habríamos dicho: La gata gris va a volverse salvaje. Y habríamos tomado medidas, le habríamos prestado mayor atención, la habríamos encerrado, le habríamos recordado su condición doméstica. Pero probablemente en la superpoblada Inglaterra no sea fácil volverse salvaje. Incluso en Dartmoor deben de divisarse siempre las luces de alguna casa a no mucha distancia.

La siguiente vez que regresó, cedí; le puse la comida en la mesa y la elogí; y desatendí un poquito a la gata negra..., al fin y al cabo, ella tenía los gatitos. Y la gata gris volvió a casa y pasó las noches a los pies de mi cama. Y cada vez que me traía un ratón yo pronunciaba un breve discurso laudatorio.

La gata negra se comía los ratones muertos. La gata gris no. Y resultaba interesante que la gata negra aguardara siempre a que yo los viera. Una vez aceptado el regalo y alabada la gata gris, bajaba del sillón y se lo zampaba, metódicamente, observada por la gata gris, que no intentaba impedirselo. Aunque sí procuraba dejarlos en la mesa, en el alféizar de una ventana, donde al parecer esperaba que la gata negra no los viera. Pero invariablemente ésta los veía: subía y se los comía.

Una mañana ocurrió algo extraordinario.

Me fui de compras a Okehampton. Al regresar vi, en el centro de la habitación, un pequeño mojón o más bien un montoncito de hierbas. Sentada al lado, la gata gris me miraba. La gata negra aguardaba con los gatitos en el sillón. Ambas querían que me fijara en el montoncito verde.

Me acerqué a mirarlo. Debajo de lo verde, un ratón muerto. La gata gris lo había cazado y lo había depositado en el suelo como regalo. Pero yo había tardado más de

la cuenta en regresar; por tanto ella había tenido tiempo de decorarlo... O tal vez se tratara de una advertencia dirigida a la gata negra: No toques el ratón.

Debió de realizar tres viajes al seto, segado hacía poco, a buscar tres ramitas de geranio silvestre, que colocó con sumo cuidado encima del ratón.

Mientras yo la felicitaba, ella no apartaba la vista de la gata negra...; una desagradable mirada de triunfo, de superioridad.

Me han contado que a veces los leones cubren con ramas las presas recién muertas. ¿Para señalarlas? ¿Para protegerlas de hienas y chacales? ¿Para evitar que les dé el sol?

¿Acaso había recordado la gata gris, después de miles de años, su parentesco con el león?

No obstante, me pregunto: si la gata negra no hubiera venido a vivir a nuestra casa, si la gata gris hubiera seguido siendo nuestra única reina, y la única dueña de los lugares donde vivimos, ¿habría hecho tantos esfuerzos por seducirnos y agradarnos al llegar a la madurez? ¿Habría adquirido este complejo lenguaje de autoestima y vanidad? ¿Habría cazado alguna vez un pájaro o un ratón? Sospecho que no.



Capítulo 9

Hora de regresar a Londres. La gata gris, suelta en la parte posterior del coche, volvió a proferir sus monótonos lamentos durante las seis horas de viaje. Una breve pausa mientras dormitaba. Después un maullido especialmente sonoro cuando despertó y se dio cuenta de que continuaba el sufrimiento.

Y el mismo fenómeno curioso de la ida: no le bastaban el ruido, el traqueteo, el malestar; se empeñó en ver cómo se acercaban, cómo se alejaban, las aterradoras masas de los otros vehículos. Juro que entonces maullaba con satisfacción. Como una persona neurótica, disfrutaba viéndolos.

La gata negra permaneció callada en la cesta con sus dos gatitos, los amamantó y ronroneó cada vez que yo metía un dedo para acariciarle la nariz; y no se quejó excepto cuando la voz de la gata gris se elevó de tal modo que ella la acompañó durante unos minutos; una competición de maullidos. Era como si pensara: Puesto que ella lo hace, será que toca. Pero no aguantó mucho rato.

Las dejé sueltas en casa y enseguida se sintieron a sus anchas. La gata negra llevó los gatitos al cuarto de baño, lugar donde le gusta que estén durante la quincena en que tienen la edad adecuada para recibir sus enseñanzas. La gata gris corrió al piso de arriba y tomó posesión de la cama.

Otoño. Las puertas del jardín cerradas debido a la calefacción; las cajas del serrín dentro, en la galería; las gatas salen cuando lo piden. No muy a menudo: al parecer con el frío son felices en casa.

La gata negra se puso en celo de una manera violentísima. Como de costumbre, entró en celo diez días después de dar a luz, en Devon. Fue la época en que la gata gris se dedicaba a cazar. La gata negra dejó a los gatitos en el sillón, al amor de la lumbre, y salió a buscar un macho. Pero, por la razón que fuera, no quedaba ninguno; seguramente la gata gris los había espantado a todos. Ninguno acudió a la llamada de la gata negra, a diferencia de lo que ocurre en Londres, donde cruzan los jardines y saltan las tapias cuando los llama. Tendría que aventurarse más allá, a los campos. Llevó los gatitos arriba, donde le pareció que estarían a salvo, salió y se sentó en la verja a llamar y aullar. Regresó corriendo para ver a los gatitos, puesto que para ella ni el sexo puede anteponerse a la maternidad; los amamantó, volvió a salir. Apenas comía, y a fuerza de aullidos y frustración se quedó casi en los huesos. Al despertarme por la noche la oía llamar junto a la verja. Pero no encontró compañero; y engordó y volvió a estar lustrosa.

Durante el par de meses que pasamos fuera de Londres, la población felina había cambiado. No quedaba ninguno de los gatos de antes. El atigrado había desaparecido; al igual que el blanco y negro de pelo largo. El blanco con manchas grises, que

llevaba menos tiempo en el barrio, seguía allí. No había otros gatos con que aparearse; por tanto el blanco con manchas fue el padre, y aguardamos con interés a ver qué jugada habrían hecho los genes esta vez.

Fue un otoño frío y lluvioso. Cuando salía al jardín, la gata gris y la negra me seguían; caminaban con fastidio sobre las hojas mojadas y regresaban a la casa persiguiéndose. Comenzaba una especie de amistad. Todavía no se lamen la una a la otra ni duermen juntas. Pero empezaron a jugar un poco; aunque la mayoría de las veces la que iniciaba el juego recibía un bufido de desdén. Siempre se acercan con cautela, se olfatean mutuamente la nariz... ¿Qué eres, amiga o enemiga? Es como el apretón de manos de dos rivales.

La gata negra engordó y dormía mucho. La gata gris volvió a ser la dueña, a hacer sus trucos, a exhibirse.

La gata negra parió otra vez en la habitación de la buhardilla y le permitimos conservar los seis gatitos. Todavía nos dolía demasiado el asesinato de las crías de la última camada y no queríamos repetirlo.

Cuando comenzaron a moverse, la gata negra decidió que deseaba una cosa, sólo una, y que iba a obtenerla: los gatitos debían estar debajo de mi cama. A menudo no había nadie en la habitación de la buhardilla, lo que la disgustaba sobremanera, pues quería compañía y cumplidos. La estudiante disfrutaba de una alegre Navidad en sociedad. La gata negra es tenaz. Bajó los gatitos a mi dormitorio. Yo los transporté en la falda al cuarto de baño de la planta baja. Volvió a subirlos. Los bajé otra vez. Los subió de nuevo. Al final ganó la fuerza bruta; cerré la puerta con llave.

Era el momento de mayor encanto de los gatitos y cuando más ganas tenemos de que se vayan. Gatitos a los pies allá adonde fuéramos, gatitos en las mesas, en los sillones, en el alféizar de las ventanas, gatitos destrozando muebles. Miráramos donde mirásemos, un adorable gatito negro..., porque habían salido todos negros, seis gatitos negros; el padre blanco y gris no había dejado ninguna huella en la apariencia física de su prole.

Y, entre ellos, la gata negra, infatigable, abnegada, responsable, al tanto en todo momento. Bebía litros y litros de leche, más de la que le apetecía, porque siempre que veía un gatito cerca tenía que enseñarle a beber. Comía cada vez que un gatito se encontraba cerca del platillo. He visto a la gata negra, claramente reacia a tomar un bocado más, dejar de comer en cuanto un gatito salía de la cocina, lamerse, prepararse para descansar. Volvía a entrar el mismo gatito, u otro. La gata negra se inclinaba sobre el platillo y comía, con el ronroneo grave que suele emitir para llamar la atención de los pequeños. El gatito se aproximaba, observaba con curiosidad cómo comía su madre. Ella continuaba comiendo, despacio, a la fuerza. El gatito olfateaba la comida, concluía que la leche caliente era mejor, se acercaba a las tetillas de la madre. Ella profería un sonido grave, autoritario. El gatito, obediente, iba al platillo y daba un par de pequeños lengüetazos; después, cumplido su deber, corría hacia la gata negra, que se dejaba caer de lado para darle de mamar.

O la gata negra y la caja del serrín. Acaba de regresar del jardín, donde ha hecho sus necesidades. Pero debe impartir una clase a un gatito. La gata negra se mete en la caja del serrín y se pone en la posición adecuada. Llama a sus hijitos: fijaos. Continúa en la misma postura mientras los gatitos corretean alrededor, mirándola o sin mirarla. Cuando está segura de que uno ha comprendido, sale de la caja, se sienta al lado y lo anima con ronroneos y maullidos a hacer lo que ella acaba de enseñarle. El diminuto gatito negro imita a la mamá. ¡Muy bien! El gatito se queda sorprendido. La mamá lo lame.

Las crías de la gata negra nunca han tenido fases en que ensuciaran la casa. De hecho, como los niños obsesivamente bien enseñados, se muestran demasiado angustiados por el asunto. Sorprendido por una necesidad mientras juega lejos de la caja del serrín, el gatito lanza un maullido frenético; realiza los movimientos para ponerse en la posición adecuada...; de nuevo, un maullido de desesperación: no está donde debe estar. La gata negra acude volando al rescate; lo empuja hacia la habitación donde se encuentra la caja del serrín. El gatito corre hacia ella, tal vez se le escapen unas gotas por el camino, maúlla. Una vez en la caja, qué alivio, y la madre al lado, con actitud de aprobación. Ay, qué gatito más bueno y más limpio soy, dicen la postura y la cara del pequeñín. Sale de la caja, y ella lo lame como premio, el lengüetazo espontáneo y distraído que equivale a un beso.

Este gatito está en su sitio; pero ¿y los demás? La gata negra va, afanosa, afanosa, a examinar caras, colas, pelajes. ¿Dónde se han metido? Cuando tienen casi la edad de marcharse, se mueven por toda la casa. La gata negra, frenética, corre de aquí para allá, sube y baja las escaleras, entra y sale de las habitaciones; ¿dónde estáis? ¿Dónde os habéis metido? Los gatitos se arraciman ovillados detrás de una caja, en un armario. No salen cuando ella los llama. Así pues, se deja caer cerca de donde estén y se mantiene en guardia, con los ojos entrecerrados por si aparecen enemigos o intrusos.

Acaba agotada. Los gatitos se marchan de casa, uno tras otro. Al parecer ella no se da cuenta hasta que sólo quedan dos. Los vigila, inquieta. Luego sólo queda uno. La gata negra vuelca en él su feroz instinto maternal. El último también se va. Y la gata negra corre por toda la casa buscándolo, maullando. Después se acciona un interruptor en algún lugar; la gata negra se olvida del motivo de su desazón. Sube la escalera y se echa a dormir en el sofá, su sitio. Como si nunca hubiera tenido gatitos.

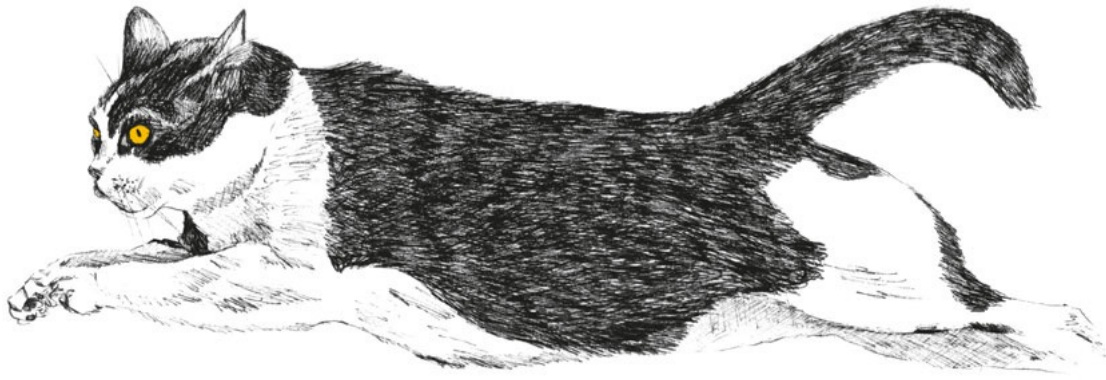
Hasta la tanda siguiente. Gatitos, gatitos, una lluvia de gatitos, plagas de gatitos. Demasiados; se convierten en el Gatito, como hojas que brotan en una rama desnuda, se vuelven fuertes y verdes, y luego caen, año tras año. Las visitas dicen: ¿Qué ha sido de aquel gatito tan adorable? ¿Qué gatito adorable? Todos lo son.

Gatito. Una diminuta criatura llena de vida, envuelta en su membrana transparente, rodeada de la suciedad del parto. A los diez minutos, húmedo pero limpio, ya pegado a la tetilla. A los diez días, un retazo de dulces ojos turbios, la boca abierta en un bufido de valiente desafío a la enorme amenaza que siente inclinarse

sobre sí. En este punto, en el monte, confirmaría su naturaleza montaraz, se convertiría en un gato salvaje. Pero no; la mano humana lo acaricia, el olor humano lo envuelve, la voz humana lo tranquiliza. No tarda en salir de su cobijo, seguro de que los seres gigantescos del entorno no le harán daño. Se tambalea, luego camina, luego corre por toda la casa. Se sienta en la caja del serrín, se lame, bebe sorbitos de leche, más tarde aferra un hueso de conejo, es suyo, lo defiende de las otras crías. Gatito encantador, gatito lindo, precioso animalito peludo, infantil, delicioso..., hasta que desaparece. Y su personalidad se formará bajo la influencia del nuevo hogar, del nuevo propietario, porque cuando está con su madre no es más que un gatito, aunque, por ser hijo de la gata negra, un gatito muy bien criado.

Tal vez, al igual que la gata gris, la pobre solterona, la gata negra, cuando la «esterilicemos», mire a los gatitos como si no supiera qué son. Quizá su memoria no le ofrecerá el conocimiento de lo que es un gatito, y eso que cuando los tiene les dedica todos sus días, sus noches, cada uno de sus instintos, y sería capaz de morir por ellos si hiciera falta.

Como aquella gata, de hace muchos años. No recuerdo por qué se volvió salvaje. Debió de librarse una batalla espantosa fuera de la atención de los humanos. Tal vez hubo un desprecio, una ofensa insoportable para el orgullo felino. El hecho es que la gata, ya vieja, se fue de casa y estuvo meses desaparecida. No era un animal bonito; una mezcla de manchas y rayas negras, blancas, grises y color zorro. Un buen día regresó y se sentó en el borde del claro donde se hallaba la casa, mirando a la gente, la puerta, a los otros gatos, a las gallinas: el escenario familiar del que había quedado excluida. Después volvió a la sabana. Al día siguiente, un silencioso atardecer dorado, se presentó de nuevo. Estábamos metiendo las gallinas en el corral. Dijimos: Quizá venga a por una; y la echamos a gritos. Ella pegó el cuerpo a la hierba y se esfumó. El día siguiente, a la misma hora, apareció otra vez. Mi madre fue hasta el borde de los matorrales y la llamó. Pero la gata recelaba, no quería acercarse. Estaba preñada; un enorme animal macilento, todo pellejo y huesos, con la abultada barriga a rastras. Tenía hambre. Era un año de sequía. La prolongada estación seca había aplastado y mermado la hierba, quemado las matas: todo cuanto se veía era puro esqueleto; la hierba, paja seca; y las diminutas hojas que revoloteaban en ella, meras sombras. Los arbustos eran palos; los árboles, con el follaje ralo y seco, exhibían el esquema del tronco y de las ramas. El veld era todo huesos. Y la colina donde se alzaba nuestra casa, que en la estación húmeda aparecía cubierta de un espeso manto de lozana hierba alta y suave, estaba pelada. Su forma —una leve hinchazón hasta una cresta elevada, seguido de un descenso abrupto hacia el valle— se divisaba bajo un fleco rígido de palos y ramas. Las aves, los roedores, quizá se hubieran trasladado a parajes más lozanos. Y la gata no era lo bastante salvaje para seguirlos, para alejarse del sitio que continuaba considerando su hogar. Tal vez estaba demasiado agotada por el hambre y el peso de la barriga para emprender el viaje.



Le llevamos leche y se la bebió, pero con recelo, los músculos tensos en todo momento, listos para la huida. Otros gatos de la casa bajaron a ver a la forajida. Tras beberse la leche corrió a su escondite. Vino todas las tardes a por comida. Uno de nosotros se encargaba de mantener alejados a los otros gatos, hostiles; otro llevaba leche y comida. Nos quedábamos vigilando hasta que terminaba de comer. Aun así se mostraba nerviosa: cogía los bocados con gesto de ladrona; a cada momento se apartaba del plato, del platillo, y luego regresaba. Se iba corriendo sin acabarse la comida; y no se dejaba acariciar, no se acercaba.

Una tarde la seguimos, de lejos. Desapareció en mitad de la ladera de la colina. Era un terreno donde en el pasado un buscador de oro había abierto zanjas y minas. Varios túneles se habían derrumbado; lluvias intensas habían empapado la tierra. Los pozos, vacíos, tenían quizá un par de pies de agua de lluvia. Muchos estaban cubiertos de ramas para evitar que el ganado cayera en ellos. En uno de esos hoyos debía de estar escondida la gata. La llamamos pero no salió, de modo que decidimos dejarla.

La estación de las lluvias comenzó con una aparatosa tormenta: mucho viento, relámpagos, truenos y lluvia torrencial. En ocasiones, tras la primera tormenta vienen días, semanas de calma. Pero aquel año tuvimos tormentas durante dos semanas seguidas. Brotó la hierba. Los arbustos, los árboles se cubrieron de verde. Calor, humedad, vida por todas partes. La gata vieja vino a casa un par de veces; luego dejó de acudir. Pensamos que volvía a cazar ratones. Una noche que cayó una fuerte tormenta, los perros ladraron y oímos un gato llorar fuera de casa. Salimos y las linternas iluminaron una escena de ramas fustigantes, hierba que temblaba con furia y grises cortinas de lluvia. Los perros, metidos debajo del porche, ladraban a la gata vieja, que estaba agazapada bajo la lluvia, con los ojos muy verdes a la luz de las linternas. Había parido. Era tan sólo un viejo esqueleto de gato. Le dimos leche y ahuyentamos a los perros, pero no era eso lo que quería. Permaneció bajo la lluvia, empapándose, llorando. Pedía ayuda. Nos pusimos los impermeables sobre las camisas de dormir y caminamos por el barro detrás de ella, en medio de la tenebrosa tormenta, con truenos y rayos que iluminaban las cortinas de agua. Al borde de los matorrales nos detuvimos a echar un vistazo: delante teníamos la zona de las zanjas, de los pozos. Era peligroso internarse en la maleza. Pero delante de nosotros la gata

lloraba, daba órdenes. A la luz de las linternas avanzamos con cautela entre la hierba, que nos llegaba a la cintura, y los arbustos, bajo aquel diluvio. De pronto la gata desapareció, la oímos gritar bajo nuestros pies. Nos detuvimos ante unas ramas amontonadas. Indicaban que nos encontrábamos al borde de un pozo. La gata había bajado. Bueno, en plena noche no íbamos a retirar un montón de ramas resbaladizas de un pozo a punto de derrumbarse. Iluminamos los intersticios entre las ramas y nos pareció ver a la gata moverse, pero no estábamos seguros. Regresamos a casa, abandonando al pobre animal y bebimos chocolate en una cálida habitación iluminada por una lámpara, y titiritamos hasta que nos secamos y entramos en calor.

Sin embargo dormimos mal pensando en la pobre gata y nos levantamos a las cinco, con las primeras luces. La tormenta había amainado pero todo chorreaba. Salimos a la fría luz del alba y unas franjas rojas en el este mostraban por dónde saldría el sol. Caminamos entre los matorrales empapados hasta el montón de ramas. Ninguna señal de la gata.

Era un pozo de unos ochenta pies de profundidad, cruzado en dos puntos por sendos túneles, uno a unos diez pies y el otro mucho más abajo. Dedujimos que la gata tendría los gatitos en el primero, de unos veinte pies de largo y un tanto inclinado. Nos costó levantar las gruesas ramas mojadas: tardamos un buen rato. Cuando la boca del pozo quedó a la vista, ya no era el nítido cuadrado original. La tierra se había corrido y habían caído ramitas y palos, por lo que unos quince pies más abajo se había formado una especie de plataforma. Sobre ella habían caído piedras y más tierra. Era como un suelo fino..., muy fino: a través de él se veía el destello del agua de lluvia acumulada en el fondo. Más arriba, a poca distancia de la parte de la boca del pozo que se había derrumbado, a unos seis pies, veíamos la entrada del túnel, un agujero de unos cuatro pies cuadrados, cuyos bordes también se habían desmoronado. Tumbados de bruces en el resbaladizo lodo rojo, agarrados a los arbustos para no caernos, distinguimos un tramo del túnel, un par de yardas. Allí asomaba la cabeza de la gata, apenas visible. Inmóvil, se destacaba en la tierra roja. Pensamos que el túnel se habría derrumbado con la lluvia y que la gata estaría medio enterrada, probablemente muerta. La llamamos: oímos un tenue sonido ronco, luego otro. No estaba muerta. El problema residía en cómo llegar a ella. Inútil colocar un cabrestante en aquella tierra empapada, que podía desmoronarse en cualquier momento. Y ningún ser humano podía depositar su peso en la precaria plataforma de ramas y tierra; costaba creer que hubiera aguantado el de la gata, que debió de saltar a ella varias veces al día.

Atamos una cuerda gruesa, con nudos grandes cada tres pies, a un árbol y la deslizamos por el borde del pozo, cuidando de que no se cubriera de escurridizo barro. Uno de nosotros bajó por ella con un cesto hasta la entrada del túnel. Allí estaba la gata, agazapada sobre la tierra roja empapada, con el cuerpo agarrotado por el frío y la humedad. A su lado había media docena de gatitos, de no más de una semana y todavía ciegos. El problema de la gata era que, con las lluvias de la última

quincena, las paredes y el techo del túnel habían comenzado a derrumbarse; la guarida, que le había parecido seca y segura, se había convertido en una trampa mortal, un lugar mojado que se desmoronaba. Había acudido a nosotros para que salváramos a los gatitos. Hasta aquella noche había temido acercarse a la casa debido a la hostilidad de los perros y los otros gatos, y tal vez también porque nos temía a nosotros, pero por los gatitos había hecho el esfuerzo de vencer el terror. Y nosotros no la habíamos ayudado. Aquella noche debió de perder toda esperanza, mientras llovía a raudales, mientras la tierra caía a su alrededor y el agua aumentaba en el oscuro túnel derrumbado que se extendía a su espalda. Aun así, había amantado a los gatitos y ellos estaban vivos. Gruñeron y bufaron cuando los metimos en la cesta. La gata estaba demasiado tiesa y aterida para salir por sus propios medios. Subimos primero a los furiosos gatitos, mientras ella esperaba agazapada sobre la tierra mojada. La cesta volvió a descender, y aupamos a la gata. Llevamos a la familia a casa, donde les ofrecimos un rincón, comida, protección. Los gatitos crecieron y encontraron otros hogares; y ella se quedó en casa... y seguramente tuvo más gatitos.



Capítulo 10

Primavera. Las puertas abiertas. La tierra huele a nuevo. La gata gris y la negra corretean y se persiguen por el jardín y se encaraman a las tapias. Se tumban bajo el tenue sol..., pero bien lejos la una de la otra. Se levantan y se acercan, con recelo, se olfatean, nariz contra nariz, ahora por un lado, ahora por el otro. La gata negra entra en casa a cumplir con sus deberes de madre; la gris se va a cazar.

La gata gris ha traído hábitos nuevos de Devon. Se ha vuelto una cazadora más rápida, más mortífera, más perceptiva. Agazapada en una tapia, observa el árbol durante horas, inmóvil. Al descender un pájaro, se abalanza sobre él. O bien, por sorprendente que resulte, no se abalanza. A los pájaros les gusta posarse en la azotea del teatro que da al jardín del vecino. La gata gris se tiende en ella, sin agazaparse, con el cuerpo estirado, la barbilla sobre la pata, la cola quieta. Y no duerme. Los ojos contemplan los estorninos, los tordos, las golondrinas. La gata observa. De pronto se levanta; arquea el lomo, despacio; estira las patas traseras, las delanteras. Los pájaros se quedan petrificados al verla. Pero ella bosteza, no les hace caso y camina con delicadeza por el borde de la tapia para entrar en casa. O bien se sienta a los pies de mi cama y los mira por la ventana. Quizá menee un poco la cola, pero nada más. En ocasiones pasa así media hora, una observadora neutral, o por lo menos eso parece. De repente algo activa el instinto de cazador. Olfatea, los bigotes se mueven; salta de la cama, baja las escaleras y sale al jardín. Avanza a rastras, animal asesino, hasta la tapia. Salta a ella con sigilo..., pero no sobre el borde, no; la gata gris, como los gatos de los dibujos animados, engancha las patas delanteras al muro, apoya en él la barbilla, con todo el peso del cuerpo sobre las patas traseras, e inspecciona la situación del jardín vecino. Está graciosa, hace reír. Pero ¿por qué? Porque por una vez no se trata de una pose, no piensa en su aspecto, no pretende que la admiren ni que le dediquen cumplidos. Tal vez se deba al contraste entre su total intensidad, su concentración, y la inutilidad de lo que se propone: matar un animalillo al que ni siquiera pretende comerse.

Mientras seguimos riendo, se encarama a la tapia, salta al otro lado, captura un pájaro y regresa con él por el muro. Corre de vuelta a casa con la presa..., pero, vaya, los incomprensibles seres humanos han bajado corriendo a cerrar la puerta. Por tanto, juega con el pájaro en el jardín hasta que se cansa.

Un día un pájaro descendió en picado, pasó volando a ras de un tejado, no vio a tiempo un saliente de un muro, se estrelló contra él y cayó al suelo sin sentido, o muerto. Yo estaba en el jardín con la gata gris. Fuimos juntas a verlo. Ella no se mostró muy interesada; un pájaro muerto, debió de pensar. Siempre recuerdo cómo la gata negra volvió a la vida con el calor de las manos, de modo que mantuve al pajarito en la mano cerrada. Estaba sentada en el borde de un parterre, y la gata gris, a mi lado, observaba. Le mostré el pájaro, que se movió, tembló; alzó la cabeza, con

los ojos ya no velados. Yo miraba a la gata. Ella no reaccionaba. El pájaro apoyó las frías garras en la palma y empujó con ellas, como un bebé que prueba la fuerza de sus pies. Dejé que descansara sobre la palma y lo cubrí con la otra. Parecía estar lleno de vida. La gata gris se limitaba a observarlo. Levanté la palma donde estaba el pájaro, que permaneció en ella un instante. La gata seguía sin reaccionar. El pájaro extendió las alas y echó a volar. En aquel último momento se despertó el instinto cazador de la gata, cuyos músculos obedecieron cuando se preparó para saltar. Pero el pájaro se había alejado, de modo que ella se relajó y comenzó a lamerse. Los movimientos que realizó durante este episodio poseían las mismas características que los que había hecho antes de su primer parto, cuando algo la impulsó, brevemente y sin resultados tangibles, a preparar una guarida para los gatitos. Efectuó ciertos actos; una parte de ella se involucró; pero en realidad no supo lo que sucedía; no hubo una participación completa de su ser.

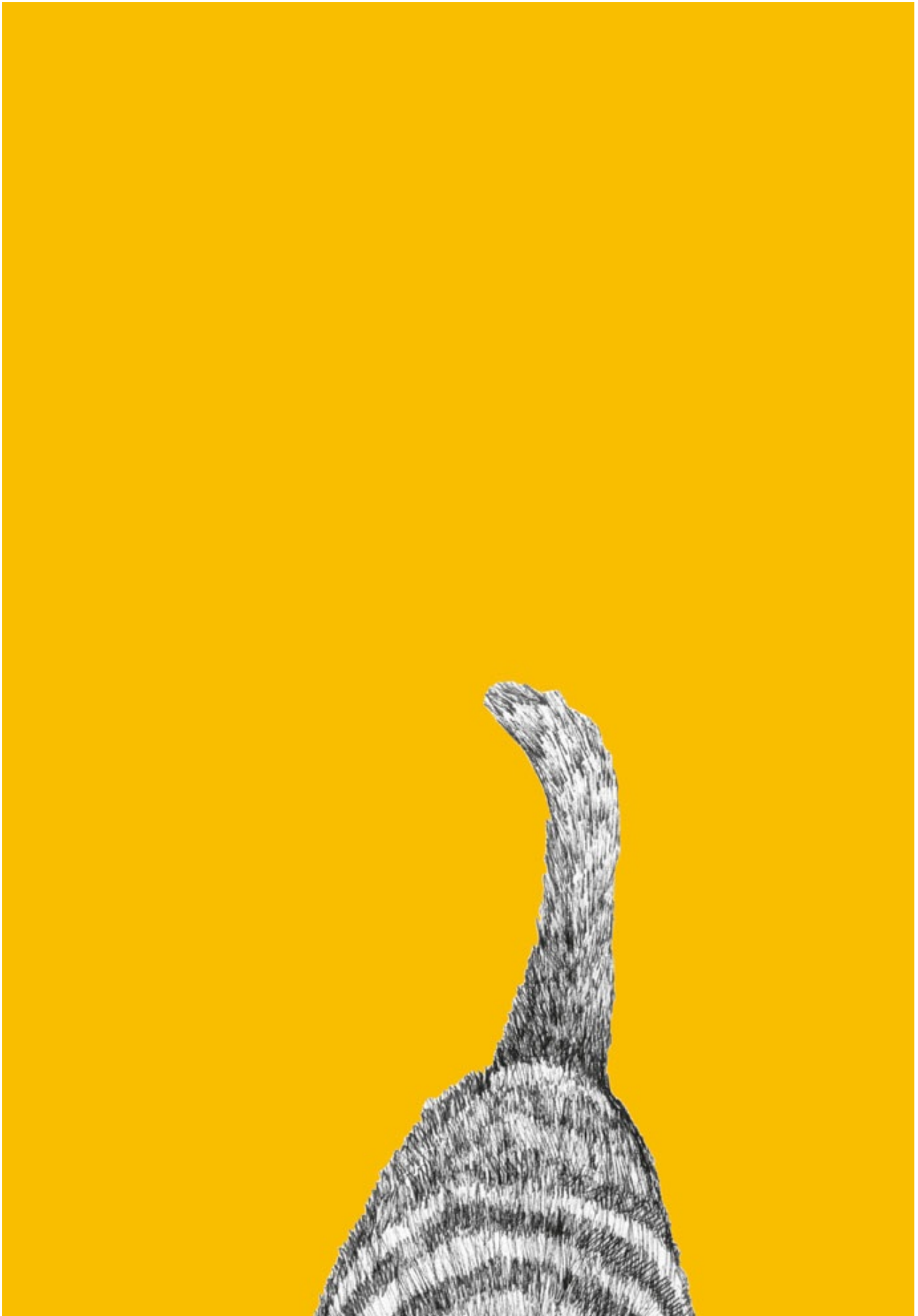
Quizá sea un movimiento concreto del pájaro, una señal determinada, lo que llama la atención del cazador que hay en el gato, y hasta que ese movimiento se produce el gato permanece indiferente, no tiene nada que ver con él. O quizá se trate de un sonido. Estoy segura de que el frenético piar de un pájaro atrapado, los chillidos de un ratón, despiertan en el gato el deseo de torturar y atormentar. Al fin y al cabo, los sonidos de terror suscitan fuertes emociones incluso en el ser humano: pánico, cólera, desaprobación: agitan las fuentes de la moral. Queremos salvar a la pobre criatura, pegar al gato o alejarnos del acto brutal, no verlo, no oírlo, no saber nada de él. Una minúscula vuelta de la tuerca, y clavaríamos las uñas, desgarraríamos la tierna carne.

Pero ¿qué tuerca? Ahí está el quid.

Quizá para los gatos no se trate de un sonido, sino de otra cosa. En el original y espléndido libro *The Soul of the White Ant* [*El alma de la hormiga blanca*], el gran naturalista sudafricano Eugene Marais describe cómo trató de descubrir el modo en que se comunica un tipo de escarabajo. Se trataba del escarabajo *toktokkie*, que no posee órganos auditivos; no obstante, toda persona criada en el veld conoce su sistema de golpecitos. Marais cuenta que pasó semanas observando el escarabajo, reflexionando, haciendo experimentos. Y, de pronto, el maravilloso momento de intuitiva perspicacia en que llegó a la conclusión, hasta entonces nada obvia, de que el escarabajo no se servía de sonidos, sino de vibraciones: una vibración tan sutil que los humanos no la percibimos. Y la sinfonía de golpecitos, chirridos, chillidos, zumbidos de que parece componerse, según nuestros oídos, el mundo de los insectos —durante una noche calurosa, por ejemplo— constituye para ellos una serie de señales muy diferentes, que nosotros no captamos por ser demasiado toscos. Sí, claro: es evidente. Cuando caemos en ello, sí lo es.

Ante nuestras narices, todos esos lenguajes complejos que no sabemos interpretar.





Podemos observar una cosa una docena de veces y pensar: qué bonito, o qué raro; hasta que un día, inesperadamente siempre, le encontramos el sentido.

Por ejemplo: cuando los hijos de la gata negra comienzan a andar, llega un

momento en que la gata gris, nunca en presencia de la gata negra, se acerca sigilosa a uno —y eso es lo raro— como si los gatitos fueran un fenómeno desconocido, como si ella nunca hubiera parido. Se aproxima por detrás o por un lado, lo olfatea, o le pone una pata encima, titubeante, como experimentando; incluso es posible que le dé un par de rápidos lengüetazos. Pero nunca jamás de frente. Jamás la he visto acercarse a ellos de frente. Si el gatito se da la vuelta y la mira, tal vez incluso con curiosidad amigable, sin animadversión, la gata gris bufa, retrocede con el pelo erizado...; se dispara un mecanismo que la advierte de que se aleje.

Pensé que sería un rasgo de la gata gris, que está desprovista de instintos sexuales y maternos y que es cobarde. Sin embargo, hace quince días un gatito de cinco semanas dio su primer paseo por el jardín: olfateando, mirando, aventurándose. Su padre, el gato blancuzco, se le acercó; exactamente de la misma forma que la gata gris, con cautela y sigilo. Olfateó al gatito por detrás. El pequeñín se volvió y miró a aquel nuevo ser, y al instante el macho grande retrocedió bufando, asustado, amenazado por aquel ser diminuto al que habría podido matar de un mordisco.

¿Es que acaso la naturaleza protege a un animalillo minúsculo de los adultos de su especie durante el período en que todavía carece de fuerzas para pelear?

Las gatas tienen ahora cuatro y dos años.

A la gris le queda poco para llegar a la mitad de su vida, si tiene suerte.

Hace poco nos fuimos a dormir sin que hubiera regresado a casa. No acudió en toda la noche. Al día siguiente tampoco apareció. Por la noche, como la gata gris no ocupaba su posición de prestigio, la gata negra la reemplazó.

Al día siguiente activé todos los mecanismos de defensa: Bueno, no es más que un gato, etcétera. Y di los pasos habituales: ¿ha visto alguien un gato siamés gris, con rayas negras y la barriga color ocre? No, nadie lo había visto.

Muy bien, pues cuando la gata negra vuelva a parir nos quedaremos un gatito y así tendremos en casa dos gatos que sean amigos y se diviertan juntos.

Cuando llevaba cuatro días desaparecida, la gata gris volvió corriendo por el borde de las tapias. Quizá nos la habían robado y había logrado escapar; quizá había estado de visita en casa de una familia que le había expresado su admiración.

La gata negra no se alegró de verla.

Alguna que otra vez los de la casa sermoneamos a las gatas cuando creemos que nadie nos oye: Tontas, bobas, ¿por qué no podéis ser amigas? ¡Con lo bonito que sería y lo bien que lo pasaríais!

La semana pasada pisé sin querer la cola de la gata gris; lanzó un aullido y la gata negra se abalanzó dispuesta a matar: un reflejo instantáneo. Debí de pensar que la gata gris había perdido mi favor y mi protección, de modo que decidió aprovechar la oportunidad.

Me disculpé con la gata gris, acaricié a las dos. Tras aceptar mis atenciones sin dejar de mirarse entre sí, se encaminaron, cada una por su lado, a sus respectivos platillos, a sus respectivos sitios de dormir. La gata gris se revuelca en la cama,

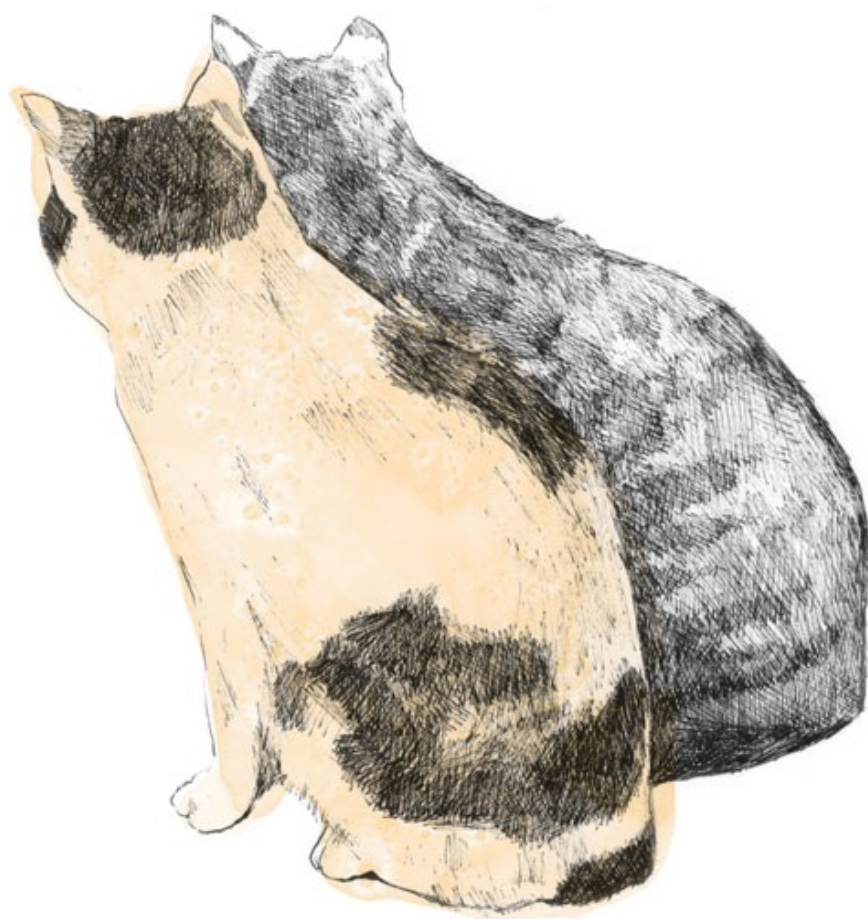
bosteza, se acicala, ronronea; la gata favorita, la jefa, la reina de la casa por el derecho que le otorgan su fuerza y su belleza.

Últimamente la gata negra suele acomodarse —no tiene gatitos, de momento— en un rincón del recibidor, con la espalda protegida por la pared, pues desde ahí ve a los invasores del jardín y observa a la gata gris cada vez que esta sube o baja la escalera.

Cuando dormita, con los ojos entrecerrados, se convierte en lo que en realidad es, en su ser verdadero, no arrastrada por los deberes maternos a una entrega obsesiva. Un animalito sólido y lustroso, un gato negro negro de perfil noble, curvo, distante.

«¡Gata de las Sombras! ¡Gata del reino de Plutón! ¡Gata de alquimista! ¡Gata de medianoche!».

Pero hoy a la gata negra le tienen sin cuidado los cumplidos, no quiere que la molesten. Le acaricio el lomo; lo arquea un poco. Ronronea a medias, una señal cortés de agradecimiento a esta extraña, y luego mira al frente, al mundo oculto que se esconde tras sus ojos amarillos.





Hija de padres ingleses, Doris Lessing nació en Persia (ahora Irán) en 1919 y a la edad de cinco años se trasladó con su familia a Zimbabue. Desde 1949 y hasta su muerte residió en Londres. Fue una de las escritoras más influyentes del siglo xx y obtuvo prestigiosos galardones como el Premio Príncipe de Asturias en 2001 y el Premio Nobel de Literatura en 2007. Autora prolífica, a menudo conflictiva en sus planteamientos y genial narradora, de entre sus libros destacan *El cuaderno dorado* (1962), *Memorias de una superviviente* (1974), *La buena terrorista* (1985), *El quinto hijo* (1988), *De nuevo, el amor* (1996), *La grieta* (2007), *Alfred y Emily* (2008) y sus recopilaciones de relatos, como *Cuentos europeos*.

Acompañan su obra narrativa varios libros de ensayo y tres volúmenes de talante autobiográfico, entre los que se encuentra *Made in England*.